

# SANTIAGO LEGENDARIO Y ARTISTICO

Graciela Illanes Adaro

## INTRODUCCION \*

**L**OS viajeros han dicho de Chile: «Aquella vecina república encierra, aun hoy en medio de su prosperidad económica, añejos y fragantes ejemplos de arquitectura hispano-americana.»

Este descubrimiento que hacen los extranjeros ha incitado nuestra curiosidad, y hemos sentido insistente el deseo de redescubrir esas joyas de arte antiguo. El verlas continuamente embota nuestra sensibilidad y sólo cuando la mano extranjera las señala, las admiramos y queremos comprenderlas y juzgarlas.

Estas calles santiaguinas, en su mayoría bien delineadas, descubren el alma de su pasado en casonas de espacioso patio o bien en algún templo de anchos muros que aun se asienta en los antiguos cimientos y que a través de todas las inovaciones de las épocas, ha sabido conservar su aspecto antiguo.

Esta ciudad, de apariencia moderna, mirada con este ánimo, nos descubre también otros aspectos, pues tan pronto nos acecha con la evocación de un momento colonial como con el aroma de una leyenda de las tantas que toda ciudad guarda desde su mocedad. Y es porque esta población que va con ánimo anhelante al encuentro del futuro, lleva en su meollo el

\* Esta obra, escrita en 1941, no se publicó entonces, porque los *Anales* preparaban las ediciones conmemorativas del Centenario de la Universidad. No ha tenido, por lo tanto, influencia de otras análogas publicadas al mismo tiempo o con posterioridad.

sacro perfume del incienso quemado en los pebeteros de los templos, de los oratorios privados y de las cuadras; los aromos, los jazmines y los tréboles, realzados con fervoroso sentimiento, exornan aún los retablos, los púlpitos, las pilastras, dándonos el perfume añorador de otros días; y la lámpara votiva que arde frente al Señor de Mayo trae, junto con el chisporrotear de su quemada pavesa, ecos de aquellos instantes que se fueron a lo intangible de los tiempos.

Con mucha atracción nos hemos situado sobre la sombra que proyectan los viejos muros; hemos palpado sus deterioros.

El aproximarnos a ellos ha sido provechoso, porque, mediante su presencia, hemos evocado la época en que resplandecieron plenamente y la hemos trazado con mayor o menor intensidad, según cómo nos ha surgido.

Junto a la muralla de adobes, pared de piedra o tabique de ladrillos, hemos presumido de la construcción perfecta en el tiempo remoto en que recién se hiciera. Y ceñidas a ésta, se han levantado otras y hemos formado todo un barrio unido a su época: se han animado las imágenes y han revivido los seres del pasado. En un principio se nos aparece todo difuso, sombrío, opaco; pero a medida que nos compenetramos del lugar y del momento cobran relieve y hondura sus rasgos típicos, y logramos verlo todo de nuevo con el encanto y la novedad que tienen las cosas definitivamente extraviadas. Es así como va surgiendo, en uno y otro capítulo, ese pasado que nos legó la historia, ese mundo desvanecido de la Colonia y la época que le siguió, tiempos en que creció y se desarrolló el germen de la esencia espiritual que nos trajo España y cuyo desenvolvimiento hace perdurar aún entre nosotros, a pesar del ajeteo e influencias de los años, el genio de la raza de origen.

Este estudio no es, pues, un episodio aislado de la era colonial: es un cuadro mal bosquejado, pero fiel y curioso de sus momentos determinantes y de los rasgos y distintivos de arte que los matizaron.

El verdadero espíritu de la ciudad está en los instantes de los siglos pretéritos. Lo hemos encontrado en aquel Santiago de la Real Audiencia y del «Cajón del Rey», junto a las moradas solariegas de las calles solitarias, contiguas a los claustros; en los «baratillos» de la plaza; en los corrillos de la Catedral después de la misa mayor; en sus callejuelas apacibles; en sus

casas de vida soñolienta, tejida de renunciamentos; en el toque de «queda», escuchado alrededor de la luz temblorosa de las candilejas mientras se narraba la leyenda de «la estampa volada».

Redescubriendo el espíritu de esta vieja ciudad, contribuímos, aunque sea en pequeña forma, a poner alguna luz en los sucesos históricos, haciendo contemplar aquellas épocas lejanas, su sentido de la vida, sus construcciones que son muestras que van graduando el sentido de los criollos en el arte arquitectónico.

Queremos, además de la evolución constructiva, dejar historiada en breve forma la evolución social en cuanto ésta influye sobre aquélla.

Mediante los esfuerzos de aguerridos españoles y de los criollos, se forman las primeras iglesias, ermitas, conventos y casonas.

Detenémonos en los orígenes de las modestas manifestaciones del arte primero, de su aspecto menos o más suntuoso después; admirar su estilo en cuanto a iniciativa y realización; levantar al amparo de las naves de los viejos templos o de algún rincón sombrío de recuerdos la vida de otros siglos en los que se vivió, se luchó, se amó; hacer revivir a aquéllos que modelaron el primitivo ambiente colonial, que tuvieron en nuestra tierra las primeras visiones de construcción, estimulados por su fe, su sentido de las cosas e impresionados por el medio que ellos mismos se creaban y por nuestros montes, llanos, quebradas y árboles; presentir los anhelos no alcanzados a realizar, ensoñados por la imaginería colonial: he aquí nuestro afán.

Debemos confesar, sin embargo, que este ensayo no tiene un valor complejo de minuciosa investigación científica en el aspecto arquitectónico; si así hubiera sido hecho, seguramente habría perdido su carácter literario para llegar a ser una monografía; hemos tratado, pues, de combinar lo más hábilmente que nos ha sido posible lo psíquico, lo sociológico, lo típico de cada época, juntamente con cuanto esta ciudad tiene en su desarrollo de urbe metropolitana.

Para realizarlo nos hemos ideado un plan en el que hemos tratado de bosquejar el largo peregrinar de las formas hasta que éstas logran libertarse de la creación génesis para dejarse influenciar de otras ideas y épocas.

Sin conocimiento científico, pero con mucho amor por lo poco de viejo que tiene la ciudad y con el firme deseo de seguir su transformación por el camino que nos dejara el tiempo, lo hemos emprendido.

Se cree que la existencia de nuestros antepasados fué como un letargo o un sueño, interrumpido sólo por el lloro quejumbroso o el rumor de las plegarias. Se nos figura como una vida de penas, de ensimismamiento, de afanes silenciosos, de dolores mudos, de espíritus apocados, serenada o mitigada por los rezos o las privaciones. Pero a medida que retrocedemos en el tiempo para posesionarnos, se levantan las épocas con sus predilecciones y entusiasmos, sus pasiones, sus hábitos, sus ensañaciones, sus heroísmos y sus cualidades.

Algo de todo esto está en estas páginas que las afirma una base de verdad; sobre ella la imaginación y la fantasía han construído, figurándose aspectos nuevos de lo ya conocido, matizando y delineando en forma más precisa lo opaco e incoloro e intensificando lo superficial. Pretenden, más bien, desentrañar, mediante la evocación de lo antiguo y su evolución hasta lo actual, ese algo de vivificante, eterno y emocional que está en todo lo que es manifestación del arte en cualquiera de sus múltiples fases.

## EL VALLE DEL HUELEN

Una cabalgata de osados que sigue al Pendón de Castilla que va delante desplegado al viento, marcha por un camino tortuoso, pero preñado de novedades. Valles, ríos, montes, bosques de plantas autóctonas, peñascos, agrupaciones menores de árboles aislados descubren a cada paso.

Muchos días ya que cabalgan cuando observan una isla entre dos brazos de un río que encabeza un montículo de mediana altura—y no lejos, otro cerro de mayor elevación.

No han sentido ni el cansancio, ni el peso de sus corazas, ni el hambre, ni las fatigas. Además todo esfuerzo queda redimido con el valle inmenso que ahora descubren. Valle de belleza anchurosa, apenas resquebrajado, pródigo, que muestra una campiña bravía, salvaje, nunca rota, que tiene una fuerza, un carácter, una hosquedad, una austeridad indómita,

rodeado de sus cerros y resguardado por ellos. El conjunto tiene una altivez, una dureza y un dominio que corresponde al anhelo de estos hombres, que son conquistadores, de estos guerreros con fe de místicos, con tesón de alma alucinada. ¡Paisaje hecho para estos seres de leyendas! ¡Magnífico lugar para poblarlo con una raza nueva, fuerte, emprendedora! ¡Valle espléndido para construir sobre él!

De entre todo este puñado de hombres, sobresale aquél más altivo, más genial, hecho de pasta de héroe y de dominador que los demás mentan «Señor Capitán».

Tiene la mirada aguda, mirada que revela decisión y acierto, figura apuesta, empaque arrogante. Severo y contundente, su voz no admite réplica; su vestimenta de acero sujeta un empuje de hierro. En sus ojos brilla pequeña chispa del pujante brío que lo anima. Sangre de conquistador lo alienta y vivifica, y la heroica gesta de domeñar tierra inculta, salvaje, intacta, y el peligro de luchar con indígenas fieros, valientes no lo amilanán. La tierra pobre, seca y árida de su suelo extremeño lo ha moldeado así con fiereza y arrojo. Erguido y apuesto, no manifiesta ni un solo instante laxitud o cansancio. Su energía y su fe son estimulantes. Su audacia y valor contagian y alientan a los demás.

Lleva en su mente de visionario una ciudad creada que trasplantará a esta tierra nueva. Es un caserío soñado que hará real y tangible en este espacio de la «Nueva Extremadura». Son imágenes que perduran, iluminadas por el recuerdo de aquel pueblo amado de la infancia.

Pero luego las visiones reales se le interponen a las que les suscita la imaginación. Las reminiscencias se apagan frente al paisaje soberbio y retador que cruza un río, y el espíritu se asombra por el descubrimiento. El apuesto soldado no deja, sin embargo, de avaluar las tierras y estimarlas en razón de su producción, fertilidad y regadío. Como capitán de la hueste piensa en apartarlas para sí, si logra cimentar en ellas. Manifiesta, de esta manera, su gesto ante las tierras nuevas, gesto de anhelo de posesión y dominio.

A medida que él y su hueste avanzan, ahuyentan el silencio que cae sobre el llano desde lo alto; el reposo se concentra en el valle; y la estaticidad de todas las cosas, en aquel peñón adusto que las domina. Tanto el reposo como el silencio pe-

san sobre aquel caballero cuyo brioso caballo no lo desmerece y sobre las demás figuras ilusas, fantásticas, que miran todo lo que las rodea con ojos de asombro y de curiosidad, y que hacia el peñón se dirigen. Aventuran pequeñas exploraciones y vuelven al grupo atravesados de ansiedad de conocerlo todo, de otearlo todo y con un mayor reflejo de pasión en los ojos.

Tienen premura por llegar al montículo para atalayar desde alguna altura todo el valle.

Por fin lo consiguen.

«Hemos llegado a las tierras que he denominado de Santiago de la Nueva Extremadura por el terminar de 1540.»

(Fragmento de la «Carta de don Pedro de Valdivia a S. M. Carlos V dándole noticia de la Conquista de Chile, de sus trabajos y del estado en que se hallaba la colonia.»)

Este terminar corresponde al 13 de Diciembre. A fin de hollar la tierra desconocida y con anhelo de la más extensa visión, Valdivia trepa a las duras aristas del Huelén mientras la hueste cerca el cerro.

Es un día magnífico, como todos los de Diciembre, suavizado por brisas de primavera aun no alejada completamente. Son las 2 de la tarde. A los encendidos resplandores del sol se hacen precisas todas las figuras, todos los colores, todas las distancias. En un fondo combinado por los más diversos verdes, se divisan, hacia la lejanía, inmensas campiñas que se pierden en el confín azul del horizonte; en otra dirección, sobre la tierra agrietada y reseca, hay manchones de verdes en profusión valiosa. Los montes más altos, los cerros de Carén, Conchalí, San Ramón se divisan más lejos, como asimismo las corrientes de los ríos, límites geográficos naturales entre valle y valle. Más distante aún, la imponente elevación de la cordillera, con vestigios de nieve, formada por caprichosas crestas y empinados peñascos. Cerca, entre el punto de observación y aquellas distancias, surgen vírgenes florestas, bosques seculares de aromosos espinos, peumos y maitenes que, apretados y confusos y mirados desde la cima del Huelén, muestran su ver-

dor intenso, oscuro y renegrecido por lo tupido del follaje, la trabazón de las ramas y el polvo.

Otros grupos homogéneos, robustos y feraces los forman quillayes, algarrobos y canelos. Menos unidas están las pataguas, pues se les ve diseminadas en todas partes. Estos árboles son señores de la tierra y su poderío llega hasta este momento.

Junto a ellos las tolderías indianas dan al conjunto un carácter pintoresco. Las rucas, al parecer medio deshechas, tienen el color del tiempo, de la tierra y de la selva; guardan mimetismo de color y forma con lo increado por el ser humano. El aspecto de estas viviendas da la idea que, tanto ellas como sus habitantes, han brotado de la tierra misma.

De aquí y de allá surgen cantos de aves que interrumpen ruidos armoniosos que se levantan de las soledades. No se sabe de dónde provienen, pero llenan todo el ámbito. A veces se precisa el rumor de una cascada o el vaivén de muchas ramas mecidas por el viento suave, pero luego los sonidos se confunden en un todo musical de ritmo suavísimo que hace sentirse insignificante al que lo escucha por esa expresión de armónica sinfonía.

Luego un vientecillo trae un perfume desconocido y tampoco se sabe qué es lo que lo produce. Parece que proviene, como el sonido, de la tierra toda en su conjunto multiforme y de cada uno de sus detalles.

Los colores son más precisos y definidos que el sonido y el olor; ya hemos visto el verde y el azul; nos falta ahora poner en contraste con la tierra ornada de árboles y montes el gris del río, a veces plateado, a veces dorado por el sol. Dividido en dos brazos, pretende también adornar la tierra.

Los ojos de Valdivia no discurren en vano por todo el dilatado panoramá. Le impresiona muy favorablemente el conjunto que es un extenso campo llano, cuya abundante población indígena habla de su fertilidad. Los árboles más altos — pataguas y espinos — no le quitan su estructura de extensa planicie. Y los tres cerros próximos, inmediatos, guardias del valle y del cacerío que aquí hará sembrar, lo atalayan y defienden. Lo escoge, pues, sin tardanza, en definitiva como base de esa ciudad quimérica que ya, gravitándole en la mente, siente indomable impulso de trazar.

Con su pie hace honda huella en la tierra nueva, sembrada de prístinos abrojos; extiende su mano con gesto arrogante y empaque hidalgo, y la nueva ciudad queda delineada. Mediante su imaginación la traza juntamente con dar la orden de su creación. Su gesto desafiante revela al paladín de los primeros horcones, base de la nueva población.

El alarife coge su mímica y se afana por comprenderla...

## LOS PRIMEROS CIMIENTOS

«Poblé en un valle que se llama Mapocho, 12 leguas de la mar, formando Cabildo e rejimiento i poniendo justicia.»

(Fragmento de la carta citada.)

Enclavada en medio de cordilleras, perdida en el inmenso territorio de Sud América, continente vasto e intacto de la España conquistadora, álzase a mediados del siglo XVI la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo.

Aquí una plaza; allá una cruz; al frente una insignia y un escudo. «Unas calles paralelas e anchas», la distribución de unos solares y unas chacras, dos ermitas, un molino «junto al cerro más mediano i próximo».

He aquí su primer bosquejo.

A este momento siguen los días de reconocimiento y andanza sobre esta tierra nueva y desconocida. ¡Qué vacilación y qué curiosidad frente a sus proyectos de caminos! ¡Qué temor de extraviarse y al mismo tiempo qué deseo vehemente de observarlo todo y hacer sentir bajo la planta la tierra fresca de rocío! ¡Cuánta novedad en cada cosa! ¡Qué de belleza en los árboles! ¡Cómo un suavísimo viento de atardecer da un poco de frescor a los ámbitos aun sin confines!

«Los indios nos hicieron nuestras casas de madera i paja, en la traza que les dí.»

La tierra colabora en esta obra, y se ofrece generosa en sus dones. Los árboles de madera firme y resistente sirven de tabiques y horcones; la arcilla de los fangos forma las tejas; las substancias minerales coloran y revisten las rústicas formas; la cal del suelo, la piedra de las canteras, la arena de las enseñadas, todo, en fin, va contribuyendo de un modo u otro para que estos hombres levanten aquí sus moradas.



El alarife Martín de Gamboa inicia las mediciones, y los demás reciben sus rústicos conocimientos en el arte de edificar. Así empieza, pobremente, a realizarse sobre esta tierra desconocida esa obra inmensa que lleva implícita en sus líneas ansia de eternidad: la arquitectura.

El arte penetra a este apartado lugar con la imagen de Nuestra Señora del Socorro. Puede decirse que es el símbolo místico que preside la hazaña de la Conquista. Sobre las tierras intactas brazos llenos de fé la ponen en firme pedestal. Es el estandarte de los nuevos cruzados que avanzan heridos unas veces por el frío viento cordillerano, acariciados otras por el perfume que desprenden nuestras plantas aborígenes. Es el emblema de su religiosidad y de su tradición.

Esta imagen preside sus afanes, suaviza sus deseos y se yergue siempre en medio de todos sus impulsos, ya para modificarlos, ya para encauzarlos, y espera el anhelo constructivo que no tarda en surgir en todos y en cada uno para afirmar, en esta forma, el dominio sobre la tierra.

Alrededor de la plaza mayor se ubican las primeras viviendas; junto a la cruz que indica la situación de la iglesia y que será destinada a María, según promesa previamente formulada, está señalada la habitación de Valdivia, y no lejos de allí hay otros solares sobre los cuales se afirman las techumbres de totora y paja. Los mejores son los situados en el lado norte del lugar destinado para plaza, pero no por eso menos modestos; apenas resguardan a estos rudos y esforzados soldados de la intemperie. Algún terreno está separado del contiguo por ramas y estacadas.

Este primer aspecto de Santiago es pobrísimo. Parece sólo un rústico campamento de gente que va de paso. Las sencillas moradas no han cambiado casi en nada el valle que hemos mostrado. Este conserva su prístino semblante, y los pajizos techos diseminados aquí y allá en trazados que pretenden ser rectos, apenas elevados sobre el suelo, tienen el color de la tierra con sus plantas y parecen producto de ella; sin embargo, alguna defensa le dan a esta gente que alienta y vivifica cuando mira la cruz y se ciñe la espada conquistadora.

A estas construcciones siguen otras... Los matorrales de espino siempre las rodean. Sin embargo, poco a poco el bosque se va reduciendo. La arboleda ciñe al poblado, pero el

poblado se va introduciendo entre los matorrales. Y los espinos se convierten en leños y los demás árboles en vigas, postes, tablas y muebles.

Deambulan por estos trazados, que aun no son calles, hombres de mediana edad. No hay ni viejos ni niños. Generalmente van del lugar que llaman plaza a las ermitas, ya a la de Santa Lucía, ya a la del Socorro. No es extraño aun encontrar al propio Pedro de Valdivia de pie sobre las breñas del cerro en oración junto al tablado consagrado a Santa Lucía. También va a pedir aliento y consuelo a la ermita del Socorro en los momentos de angustia y en las horas de peligro.

Alternando con el arrojo de hombre como éste, siempre sediento de lucha, poderío y dominio y de poner una cruz sobre nuevas tierras, franciscanos y mercedarios siguen casi desde sus comienzos la aventura de esta conquista. Llevan en sus aras la esperanza de un vivir de eternidad. Con este deseo, siempre presente, dulcifican la opresión de los vencidos y aminoran el despotismo de los conquistadores que, en lucha con el medio y con los indígenas, no siempre son clementes y piadosos. Pero no olvidemos que se trata de las bases de un pueblo y del deseo de afirmar su posesión. Sólo está trazado el boceto. Veamos ahora su realización algunos años más tarde. Observemos si el ensueño de construcción con simetría y orden se efectuó y qué colorido tiene.

## DIEZ AÑOS MAS TARDE

Hace poco tiempo que ha regresado Pedro de Valdivia del Perú. La colonia que él dejara más o menos cimentada, ha experimentado algunos cambios que la favorecen. Tiene, por este motivo, agradables sorpresas. Ahora un poblado pardo se apeñuca, con menos timidez y encogimiento que cuatro años atrás, junto a los sencillos muros de una iglesia que tiene una cruz de madera, aunque aun no un campanario.

Examinado de cerca, se ve que está formado por casitas febles, de pobrísima apariencia, pero habitables; han sido levantadas con esfuerzo. Son casas humildes; muy semejantes algunas a las rucas indígenas. Gruesos horcones afirman los techos de totora y tejas. En varias, tiras de cuero cubren las

puertas e impiden la visión del interior. Adobes y tejas forman las de los lugares más destacados. Los postes, horcones, estacas, madrinas y cornijales están hechos de troncos de espinos y de algarrobos. Madera de canelo forma el envigado de las techumbres y de patagua son las puertas y ventanas, pero aun son muy escasas las viviendas que las tienen.

De barro y paja en forma de adobes son estas construcciones que Valdivia contempla con tanto embeleso a su vuelta del Perú; algunas están recubiertas de esteras de carrizos. La mayoría no han sido construídas por alarifes. Pero, así y todo, sencillas, humildes y modestas, Valdivia siente sumo regocijo cuándo las contempla, porque ve que su obra se afianza.

Verdean los collados vecinos; hay praderas diseminadas aquí y allá; florecen los valles y las huertas y la pobre y escueta arquitectura se hermosea junto a la campiña feraz y pródiga.

Cada casa tiene su gran huerto, con cerco de empalizada el de los más diligentes; el de la mayoría está aún sin diseño, sin límite, con las malezas endémicas de la tierra, pero cada cual tiene una aproximación más o menos exacta de lo que le pertenece y es así como la simple y rústica morada y el huerto forman el solar de estos conquistadores, solar que cada cual dejó en la España nativa o soñó tener en una tierra extraña, sueño que se realiza en esta tierra de aventuras.

Son pintorescas estas casas sobre estas calles tan frescas, tan nuevas; unas aquí, otras allá.

El mayor número y las mejores están alrededor de la plaza; éste es el centro al cual convergen todos los caminos. La plaza mayor es un lugar predominante dentro del rústico poblado.\* Esta plaza tampoco es un jardín; sí un terreno cuadrado por el que atraviesa una gran acequia ancha y caudalosa. Este terreno no es ni siquiera parejo, pues grandes lagunas en invierno y hoyos secos en verano interrumpen el paso del traficante. Este lugar tiene el nombre de Plaza de Armas desde el asalto de Michimalonco, época en que le pusieron

\* El desarrollo de Santiago tuvo el mismo período evolutivo que nuestros pueblos. En ellos la plaza ocupa el lugar principal; situarse cerca o frente a ella es un gran lujo. Las propiedades se avalúan en razón de su mayor o menor distanciamiento.

algunas fortalezas que son su único lujo en este momento, diez años después de trazado Santiago.\*

En el costado del oriente se encuentra la única casa de dos pisos, propiedad de don Francisco de Villagra. La casa del gobernador está en la esquina opuesta a la de la iglesia. Esta a pesar del fervor de todos aun conserva su primitivo techo de paja. Sus sombríos muros están rodeados de un campo santo en cuyo centro una cruz recuerda a los mortales su finalidad.

El Cabildo aun no tiene edificio; funciona ya en una, ya en otra de estas casas de la plaza, propiedad de estos primeros conquistadores.

A pesar de la pobreza del conjunto este caserío ya no parece, como el de los primeros años, hecho para seres transeúntes. La teja firme, la pared ancha de adobón le dan a algunas moradas su sentido de cordialidad. Ya en varias casas hasta se presente el calor hogareño.

Algunas tienen el lujo de un «altillo» o «doblado» sobre su único primer piso. Les sirve de mirador y para guardar los granos de cada cosecha. Desde su ventanita se puede otear la visión parda y gris del valle. También se columbra desde allí la ermita de Santa Lucía sobre las rudas aristas del cerrito más vecino al caserío.

Mirada de cerca ésta, es tan feble como las viviendas más próximas. Cerca del cerro hay también otro santuario de rústica apariencia: el de Nuestra Señora del Socorro, cuya construcción fué obra de Juan de Segobia. Es más difícil llegar hasta él, porque hay que atravesar un extendido brazo del Mapocho. Este pequeño sacrificio estimula para ir allí a cumplir «mandas» y a hacer ofrendas. Tanto esta ermita como la de Santa Lucía no tienen más aspecto de templos católicos que el que les da una cruz de madera que corona sus techos, pero es símbolo suficiente para señalar que ya sobre estas tierras se ha erigido la cruz.

Los constructores de estos recintos de fe llevan nombres oscuros, lo que acredita su pequeño valor de edificación. Los guía en su arte cierta intuición sensible. Su constancia también influye en que al fin alcancen su realización. Es preciso

\* Las plazas de nuestros pueblos también se llaman de Armas por analogía con ésta, aun cuando en ellas nunca haya habido fuertes u otros motivos de defensa.

hacer notar esta cualidad para así apreciar mejor estas sencillas construcciones con miras de arte.

Los fundadores de este poblado oran y gimen frente a estas obras ingenuas, sencillas, fervorosas. Los toscos y áridos peñascos del Huelén son testigos mudos de todas sus preces.

Junto a la ermita de Santa Lucía, casi a sus pies, un molino da también algo de vida al lugar cuando tecletea su taravilla con sus golpes interminables. Lo demás está rodeado aún de salvaje naturaleza o de cercos de ramas que señalan vastos solares cuadrilongos que aun no hay interés en ocupar.

Las calles que circunscriben estos lugares se asemejan a los malos caminos: montones de tierra obstruyen el tráfico; altos y bajos hacen hacer proezas al que las transita.

Unos espinos se agrupan a la salida de la población por el lado oriente.

Junto al éjido hay bastantes bosques de plantas aborígenes y de matorrales. Detrás de ellos las hordas araucanas aun aguardan una ocasión propicia. Están atemorizados y curiosos, pero no deslumbrados ni vencidos. A veces hasta el reducido poblado llega el rumor de los árboles que circundan este llano, y el ruido de las algaradas indígenas; éstas hacen intimidar a estos rudos soldados que los cubre tosca vestimenta, y llevan a veces férrea armadura.

En el silencio albo de la mañana o en la paz celeste del medio día, se deja oír el canto largo, estruendoso de un gallo y luego los cacareos de las gallinas castellanas que ya aletean con brío en la nueva tierra en que han sido trasplantadas. Oírlas regocija el corazón de Valdivia aun cuando de pronto rasguen la diafanidad del ambiente, la suprema serenidad de algunos momentos. El sentido de vivienda, de crianza que ellas dan le produce gran contentamiento; también recibe grata sensación auditiva cuando balan las ovejas. Pero lo que más le deleita es el lloriqueo de los niños de los matrimonios que ha formado o facilitado su unión, que también interrumpen la paz augusta. Piensa, cuando los siente, que la nueva población tiene ya su base, que su afán está respaldado, que la conquista se proseguirá y sonrío confiado al mismo tiempo que coge, con gesto nervioso, el puño de su espada.

Los huertos constituyen parte de sus predilecciones por estos motivos animales que los animan y por las plantas euro-

peas qué ya fructifican en ellos junto a la noria silenciosa. En general son extensos.

Junto a Valdivia están sus compañeros, hombres que transitan por estas calles, que concurren a la sesión provisoria del Cabildo, que toman acuerdos, que a veces llevan pendones castellanos, escudos y lanzas negras.

En este momento sus figuras, sobre estas tierras, casi desiertas y extrañas aún, tienen una notoria influencia.

Recorren este caserío, que aun no se destaca, descuidados, indolentes, sin congojas, tal es su apariencia cuando se les ve ir a misa o a comentar el uno en la morada del otro.

A veces cuando se ha tenido noticias de un desastre, el conjunto toma la faz de un lugar de destierro, de desposeídos del suelo patrio que bregan aquí hasta que les llegue la hora de la huida. Pero estos momentos pasan pronto. Luego reviven y alientan; tal sucede cuando miran el símbolo cristiano; entonces cobran nuevos bríos y se ciñen con hidalguía la espada toledana. La cruz es el símbolo de sus esperanzas, la concreción de sus anhelos; la espada, el medio de realizarlos.

Vuelven entonces a sus cotidianos afanes. Piensan en sus moradas y en la tierra que les ha deparado un extraño destino.\* Surgen de nuevo los impulsos de edificación y pronto empiezan a distinguirse, en la tranquilidad diurna, nítidos, precisos, tarjando los momentos, los golpes de los martillos sobre los clavos que unen los entablados de viviendas que se edifican.

Les revive también la esperanza cuando ven los campos aledaños que ya están sembrados. ¡Sus campos! Estos aventureros, labradores de tierras desconocidas, ven la llanada cubierta con mieses y las tierras de cada uno, obtenidas como pago de su pujante esfuerzo. También contemplan con inquietude alegría los surcos recién hechos en los bancales.

Algunas mujeres, muy pocas aún, encienden luces a los pies de las imágenes que han traído los conquistadores. No

\* Los compañeros de Valdivia han tenido diferente suerte; unos han pasado a la historia y son notables; otros — más modestos — han quedado esfumados en el pasado. El tiempo los arrastró consigo sin dejar de ellos más que un levisimo recuerdo, que surge cuando leemos la nómina de los primeros pobladores de esta tierra. ¿Quién se imagina, por ejemplo, cómo eran Francisco Martínez, Marcos Veas, García Hernández, Antonio Bobadilla? ¿Qué premuras les afligieron sobre esta tierra en tiempos difíciles e inhóspitos?

faltan las fosforescencias temblorosas en el rústico altar de la Virgen del Socorro. Allí imploran por los guerreros y la cristianización de los indígenas. Preces fervorosas y lámparas votivas acompañan a los soldados que llegan y se vuelven tras de la guerra; algunos perecen; de otros determina Valdivia que se queden en las nuevas ciudades que va poblando; unos pocos vuelven ilesos de sus peregrinaciones.

También van los fieles por las tardes a rezar novenas y trisagios a la iglesia mayor en beneficio de los que han partido en nuevas exploraciones. La vuelta, en la hora del crepúsculo, tiene sus dificultades, porque hay que transitar por las calles pinas y tortuosas.

Cuando hay escasez de cera para las velas, no se va a la iglesia; se reza el rosario a la entrada de alguna casa y todos los vecinos se congregan ahí para hacer coro.

En los días borrascosos miran al cielo llenos de inquietud y entonces ruegan porque el tiempo sea clemente y porque las lluvias no sean copiosas ni dañinas.

En las noches gorgoritea el agua en las acequias; cantan en los huertos los pobladores de la noche: los sapos, en los charcos; los grillos, entre los matorrales. El agua arremansada de la noria con su pequeño ruido monótono quiere silenciar las voces de la noche.

## LA ERMITA DE MONSERRAT

Puestos nuestros ojos en el pasado de esta ciudad y en lo que lo ligó a la España pobladora y religiosa, descubrimos una de las primeras obras construídas en esta tierra y que, si no conserva su forma primitiva, por lo menos así lo aparenta: la ermita de Monserrat.

Esta iglesia pequeña, pulcra, limpia es una obra española con algunos matices lugareños y arcaicos.

Está, puede decirse, fuera de la ciudad. Con eso se ha favorecido esta vieja ermita, aislada de la vida presente, encerrada dentro del mismo cuadro de cielo y monte en que la concibieron primero, y luego la realizaron doña Inés de Suárez y don Rodrigo de Quiroga cuatro siglos atrás. ¡Cuántas cosas vetustas hay en ella! Y éste es casi su único mérito. Su

arte está en su simpleza y en la visión de cerro que la apoya. Es además un símbolo y un recuerdo: representa el anhelo fervientemente religioso de todos los conquistadores del siglo xvi.

La fe de estas poblaciones pedía ante todo edificios para sus imágenes, lugares de oración para conforte de su espíritu, de allí que la arquitectura sea la primera arte que se cultiva. Las ermitas y las viviendas son la manifestación de esta rama del arte en tierras del Mapocho.

En un principio son toscas más que elegantes y acabadas, pues buscábase en las construcciones aquello que diese satisfacción a las necesidades más urgentes antes que al buen gusto y a la perfecta comodidad.

Los conquistadores, primeros individuos que se ubicaron en la colonia, y los frailes misioneros que vinieron para la conversión de los indios eran, los unos, hombres rudos; los otros, pobres por principios, y ni éstos ni aquéllos pudieron levantar suntuosas construcciones ni desearlas.

La ermita de Monserrat es, pues, un prototipo de las edificaciones humildes que florecieron en el siglo xvi.

En Chile no hubo en este período muestras de aquel elegante estilo plateresco que florecía, en este mismo tiempo, en España y en algunas capitales americanas; sino, por el contrario, las construcciones son sencillas, toscas y en los templos más bien hay caracteres de la Edad Media que del Renacimiento. En construcciones muy posteriores aparece el adorno de la cúpula en los templos; ésta es ya creación del Renacimiento.

La ermita, junto al cerro Blanco, tiene un vasto sentido de evocación y es expresiva del sentir de su época y del consuelo que encontraban estos fervorosos cristianos en tener el mayor número de lugares en donde orar.

Fué levantada lejos del centro de la ciudad y al pie de un cerro para que siempre conservase su carácter de lugar de peregrinación. Acaso nunca se imaginó doña Inés que no sólo llegaría hasta allí la población, sino que sobrepasaría los lugares adyacentes.

Probablemente, esta iglesia no es la primitiva que allí se hizo que la leyenda asegura que estuvo sobre el cerro, pero en todo caso la construcción que hoy conocemos tiene los vestigios de aquélla; la imagen de la Virgen de Monserrat para la cual



se edificó, una serie de santos antiguos y varios decretos de indulgencias, de gracias apostólicas y otros favores concedidos a la iglésita en tiempos inmemoriales.

También la forma corresponde plenamente a las ermitas del siglo xvi. Al hacerse su reconstrucción en tiempos posteriores se le dió la misma ingenua y sencilla faz de otro tiempo; acaso semejante a la que tuvo la primitiva iglesia de Santa Lucía o el Santuario del Socorro que junto con la de Monserrat formaron un conjunto de tres.

Hemos visitado esta iglésita sub-urbana; hemos ido a buscar su prestigio de antigua que la hace atrayente y seductora. Su misma sencillez le da un poderoso atractivo que no poseen las iglesias suntuosas. La única nave que tiene está en la hora de nuestra visita inundada de una suave penumbra. El tésón y la religiosidad que pusieron en su erección manos llenas de fe es necesario destacarlos en mérito de la obra simple, ingenua como las almas que en ella han orado.

Su soledad y su aislamiento nos hacen sentir el eco de las oraciones que allí se han repetido y hasta presentimos la magnitud de las voces y la intensidad de la fe.

Su apariencia humilde y recatada hace que el espíritu caiga bajo la potestad de ese ambiente de místico recato que exhalaba gracia beata y cierto influjo bienhechor. En la paz letárgica de este templo nos penetrámos de emociones sugestivas y evocadoras, y luego sentimos el paso inaudible del tiempo como si todos los años pasados se hicieran presentes. El blanco pálido de sus paredes, el crepúsculo tempranero de junio que se adentra por una puerta que tiene al costado y que permanece abierta, los rezos monótonos de un grupo de mujeres de una hermandad que aquí se congrega, nos traen la evocación piadosa de las miles de personas que aquí han orado y suspirado. A la primera que vemos es a Inés de Suárez que encontró en esta ermita, apenas construída, un refugio de su espíritu atormentado, un amparo de su alma solitaria. Pero alejamos las evocaciones para mirarla en su realidad presente.

En el altar mayor sencillo, de determinadas proporciones, adornado de medios relieves dorados como el púlpito, está la imagen de la Virgen de Monserrat que, según algunos, fué traída por la propia Inés de Suárez. Esta imagen estuvo mucho tiempo en la Catedral; es tosca, hecha de madera casi sin

pulimentos. Ocupa una pequeña bóveda azul con reflejos de cielo.

Una reja de fierro de hechura antigua separa el altar mayor de la nave. Sus entrelazados y florones son de auténtica casticidad.

A ambos lados, en las paredes laterales, hay varias imágenes que parecen musitar aún silenciosas plegarias. Al lado izquierdo, cerca del altar mayor, hay una imagen del Rosario de Monserrat que tiene 350 años. Con ella se empezó la Cofradía del Rosario en la primitiva ermita. Ha recibido, pues, las oraciones de los santiaguinos durante este gran lapso de tiempo. Es de madera tallada.

Otra imagen venerable por su antigüedad es la de San Francisco de Paula.

Contemplándolas éstas y otras, se comprende todo el alcance de la arquitectura del conjunto, ingenua y simple, pero emotiva y eurítmica. En ellas encontramos huellas del genio español que poblaba sus templos de muchas figuras austeras más perdurables que los seres humanos de los cuales ellas son representaciones. La pátina que ha dejado el tiempo sobre sus fases contribuye a darles vaguedad. ¡Bastante de nuestro pasado colonial está en esas imágenes!

En rededor de la iglesia están los cuadros de la «vía crucis»; también tienen su sello de antigüedad y éste contribuye a hacerlos más expresivos.

Estas son las obras de arte de la ermita y si éste está ausente de ellas, aparecen, de todas maneras, embellecidas y engrandecidas por la piedad de los que en ellas han puesto sus ojos.

Una puerta del costado izquierdo da a un amplio corredor en el cual hay otras imágenes antiguas: Santo Domingo de Guzmán, San Francisco de Asís, Santa Filomena y un Crucifijo de muy dolorosa expresión, todas talladas en madera. Su aspecto venerable nos remonta al pasado como las de adentro. En un ángulo del corredor hay una representación de un santo que no conocíamos: San Juan Nepumuceno. Su apariencia es modesta. El arte único que pueda tener estriba en la intención con que se le hizo, y en la expresión de su mirada de la cual parece que se desprenden luces de amor y de consuelo.

El corredor de madera, con el envigado al descubierto, da al frente de una gruta. En este lugar la atmósfera es suave y serena.

Junto a la gruta, peñasco acaso tomado del mismo Cerro Blanco, hay una corriente de agua, simulacro de aquella otra real de Lourdes. Debido a ella se escucha de rato en rato un gotear pausado, lento, rítmico.

La imagen entre las peñas, el verde, las flores, las velas dan una sensación de paz, de sosiego interior. En esa gruta frente a la ermita y en las imágenes vetustas reside, acaso, toda la sugestión y la poesía religiosa de este lugarcito antiguo.

Frente al templo hay una pequeña plazuela con algunos símbolos. Al lado izquierdo hay un edificio con un segundo piso, coronado de tejas, con un balconcito rústico; al lado derecho está la pared lateral de la ermita, serena, desnuda, dando a la calleja la soledad y aislamiento de la época primitiva en que era la única construcción.

Mirada desde alguna distancia la iglesita en su conjunto, su sencillez aparece no desprovista de gracia e ingenio. Contribuye a ello la forma humilde de la torre del campanario. Algunas desproporciones que tiene, dan la idea que el alarife las hubiera dejado adrede para dar ese sentido místico y sencillo, serio y risueño, recogido y pródigo a la vez.

## SANTIAGO DE LA QUINTRALA

### 1. PANORAMA DE LA CIUDAD

¿Cómo es esta ciudad en el año 1601, 1608 o 1611?

Al observarla, puestos nuestros ojos en ese lejano pasado, se va tornando poco a poco precisa a través del espeso velo de los años que la distancian, y desaparece su inmutabilidad y su ceñuda apariencia para hacerse expresiva.

A medida que nos compenetramos — juntamente con imaginarnos la ciudad — de esta vida lejana que fué real y tangible, las puertas, los balcones, las esquinas, los ábsides de las iglesias, las cruces sencillas de las torres, los ruidos de los pasos de los que existieron en otro tiempo, el cuchicheo de sus conversaciones, los velones de los retablos, el olor intenso del incienso, todo, en fin, nos va sugestionando, desatando nuestra fantasía en anhelo de evocar completamente ese pasado con sus modalidades, su idiosincrasia, su sabor y colorido.

Para empezar, se nos ocurre estar sobre un altillo; el de una casa cualquiera nos sirve para nuestro fin.

Desde allí se ve que el pueblo se extiende, sin haber adquirido una mayor latitud en su más de medio siglo de vida, sobre el terreno que le destinara el alarife de Valdivia. El mismo río de antaño baña sus muros y sigue uno de sus cursos, inmutable, tan igual como antes que llegaran estos hombres que manejan armas de hierro; únicamente el desvío que se permitía tener se le ha suprimido, pero no está sumiso; a veces busca su antiguo camino y se burla de la vigilancia de los hombres e inunda todo lo que cree su posesión.

Después que cruza por el poblado, penetra en un verde y esplendoroso bosque; sus árboles ya están dispersos. Más lejos, una agrupación de árboles más abundosa, pero también ya muy mermada le da madera a los pobladores y separa las tribus indígenas.

El abundante verde que brota de aquí y allá no queda mal junto a las tejas pizarreñas.

Las callejas se ven desiertas; de tiempo en tiempo las transita algún soldado de Arauco. Parece que una soledad densa pesa sobre todo. Y en todas las cosas — casas, aleros, puertas, techos, rincones — se presiente un aire de inmovilidad, de reposo profundo, de resignación.

Entre las casas bajas sobresalen las tres o cuatro torres de los templos principales; también se ven precisos, nítidos los campanarios de los monasterios; adquieren, desde la distancia, cierta gracia, cierta belleza que le da un tono muy característico a todo lo demás.

Allá, al fondo, la cordillera con reflejos de fuego, y, encima, sobre la cúpula de la Compañía, sobre las torres, sobre las cumbres de los cipreses y álamos, sobre los altillos, la bóveda azul, celeste, plateada, gris — según el momento — acogiendo todas las miradas que buscan el ideal; que tienen una ansia recóndita, que anhelan... Y por ella, viajeros, cambiantes, marchan algunos arreboles fugitivos que luego se deshacen en la nada como las quimeras de más de una alma que, ante la quietud monótona que todo lo oprime, sigue el curso de sus mutaciones en vía de expansión, de ensueño vano.

Desde este lugar elevado se ven las chacras que rodean el plano urbano; algunas están plantadas de viñedos. Donde ha-

bía tupidos boscajes hay ahora plantíos. En algunas empalizadas brilla el agua que se reparte por todos lados desde el río. Seguramente éstas fueron las primeras tierras que cultivaron los conquistadores. No pocas de estas chacras tienen una casa de campo que puede considerarse la típica construcción chilena. (Este tipo de construcción ha perdurado en los fundos apartados, en los poblados rústicos.) Tienen un ancho patio con su motivo ornamental: una vasija de greda, copia de la de los romanos a través de España. (Tal vez algunas de las que hemos visto sean de aquellos lejanos años, de allí que «en sus panzas cante el tiempo su canción de soledad», como ha dicho Mariano Latorre.)

Algunas chacras se inician en la Cañada de San Lázaro. En medio de ellas se ven aún algunas tierras abandonadas, desiertas.

En la ancha vía, aun no poblada, unos árboles aislados sobre montículos de terreno disparejo se perfilan en el horizonte. Estos arbolillos solitarios traen al espíritu con su aislamiento y con su belleza en medio del terreno descuidado, tranquilidad y calma, y también dan cierta idea de esta vida queda y apacible.

## 2.—DESENVOLVIMIENTO DEL ARTE Y EDIFICIOS PRINCIPALES

El poblado toma su carácter más austero al atardecer y es, entonces, cuando los monasterios con sus templos y campanarios adquieren una definición precisa. Algunos como la Merced, San Francisco, Santo Domingo, Las Agustinas, los Jesuitas circunscriben el límite urbano; otros, como San Agustín, están en pleno centro.

Este templo atrae a numerosos fieles, además de por su situación, por tener bajo sus naves la imagen del Señor de la Agonía, de cuya cofradía es el jefe Fray Pedro de Figueroa que tiene gran nombradía como orador y beato.

Las construcciones jesuitas se alzan aquí y allá. El hermano Francisco Lázaro Iturri pone su afán y su arte en los vastos claustros que levantan en San Pablo y la Cañada, y en la famosa iglesia de la Compañía, en la cual ya se ponen los últimos retoques.\*

\* 1608 más o menos.

En las obras de cantería, trabaja con igual empeño el maestro Iñigo de Arana.

El arte que había penetrado a esta apartada tierra mediante la pequeña imagen de la Virgen del Socorro, adquiere su desenvolvimiento merced a las órdenes religiosas.

Casi tan antiguas como la conquista misma las órdenes de los franciscanos, de los mercedarios, de los dominicos alternan en la influencia del desenvolvimiento artístico, ideológico y social de esta colonia. Estas órdenes, que traen las tradiciones españolas, logran mantenerlas en tierra de Chile con gran pureza, pues la influencia nuestra y la americana en general fué pequeña en esta tierra. También introducen aquí el sentido del arte hispano.

Al finar el siglo XVI las primeras hermandades son ayudadas por los agustinos y jesuitas que, poseedores de una cultura muy superior a su época, logran infundirla y trasplantarla.

Sin embargo, en cuanto a arquitectura y escultura Chile fué un reino pobre para ofrecer atractivo a imagineros y entalladores, ensambladores y oribes de los que florecieron en Andalucía a fines del siglo XVI y principios del XVII. Prefirieron ir a Lima y a Santa Fe de Bogotá, entre otras ciudades más atractivas.

Lo que aquí se hizo, modesto en general, a semejanza de lo de la península fué sólo obra de imitación.

Nuestros santuarios, ermitas, templos están llenos de una espiritual sencillez; sólo uno que otro adorno, una fina talladura en los confesionarios, en los púlpitos, en la puerta de una sacristía, en la sillería de un coro, adornos en su mayoría de estilo plateresco; pero estos detalles de ornamentación no alcanzan a quitar al conjunto su aspecto austero y desdeñoso de lo terreno y material. Pero, con todo, el lujo de la ciudad está en sus iglesias.

Todos los templos tienen una sola nave y a cada costado hay capillas, especie de mausoleos de familia. La presencia de estas tumbas hace que la gente se familiarice con los despojos humanos. Estas capillas con un ensanchamiento más o menos grande; según el caso, dieron después origen a las naves laterales.

Frente a algunos templos hay plazuelas. Por decreto de 1593 debía haber cuatro plazuelas en Santiago. Se ha cum-

plido este decreto y se les ha ubicado frente a los templos. San Agustín y Santa Ana cuentan con dos de ellas. Esta última está adornada con soportales a imitación de la Plaza Mayor.

Por este tiempo la iglesia matriz, poco tiempo convertida en Catedral, mira a la calle de este nombre y un costado da a la plaza. Es la única iglesia que tiene tres naves terminadas; las de los lados, de adobe; la del centro, afirmada por arcos de piedra de fino pulimento. Su sacristía tiene un lujo especial: pinturas de Lima. En la torre de adobe, sobresale su campanil, y en el interior de la iglesia, la imagen de María que, puesta en su altar mayor, preside las ceremonias y tiene una actitud maternal y acogedora para el que penetra en el templo.

En el costado norte de la plaza hay tres edificios de cal y ladrillo; son de dos pisos. Uno de ellos, recién inaugurado, recibe el título de Palacio: el de la Real Audiencia. Este es de corte tan sencillo como los demás, pero se le distingue con este nombre pomposo, porque así corresponde al orgullo de los Oidores. Es la primera construcción que recibe el nombre de palacio en tierras del Mapocho. Don Cristóbal de la Cerda y Sotomayor construyó estos edificios.

Tal es el Santiago que gobierna Alonso de Ribera entre otros. Este es también el escenario de doña Catalina de los Ríos y Lisperguer; son sus tiempos.

Si comparamos esta ciudad con la que alcanzó a ver Valdivia, no es mucho el progreso anotado si se deja de considerar la erección de templos y monasterios en lo cual ha progresado.

El conjunto es más pintoresco — eso sí — y también se nota mayor estabilidad en las viviendas; éste ya no es el poblado rústico de gente trashumante; contribuye a esa nota de mayor cimentación el verde derramado de las huertas, las tejas, los tinajones de greda, los campaniles de los conventos, los soportales de las plazuelas y los patios que comienzan a ser ajardinados.

### 3. AMBIENTE SOCIAL

¿Habéis vivido alguna vez en los pueblos provincianos?

Si así ha sido, habréis conocido de cerca o de lejos el egoísmo de sus moradores, sus hipocresías, sus adulaciones en algu-

nas circunstancias, sus desatenciones en otras, sus fatuidades, sus comentarios baladíes; y estáis preparados para acercaros a un poblado disperso que os interesa conocer. No es más que esto la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo en los primeros años del siglo XVII: una aldea de alguna extensión, plantada de hermosos árboles, en que el verde de las frondas contrasta con el pardo-gris de las techumbres; es tan silenciosa y apacible que el extranjero la cree deshabitada. Es un lugar bello dentro de la América por su clima y su feracidad, pero, con todo, no se desea vivir aquí, no tanto por su apartamiento, sino por otros factores de desventuranza de que se le ha rodeado. De allí entonces que sobre esta tierra hospitalaria, fértil, sana, deleitable vivan los desventurados, los tristes, los descontentos y apagados mientras la naturaleza es bella, los árboles hermosos, el agua borbotea en los arroyos y en sus bordes crecen las plantas fragantes. Toda esta belleza natural no es estimulante, sin embargo, para atraer mayor número de vivientes a estas tierras. La capital, lugar en que se concentran los más, es un poblado casi sin seres humanos. Hay momentos en que todo está completamente desierto y entonces flota sobre el ambiente un inmenso tedio y un severo silencio oprimente. Estas horas — la mayoría — de suprema apacibilidad crean una vida de ensueños, de desvaríos, de fantasmagorías. La imaginación se lanza frenética a volar, y encuentra como impedimento la cordillera, pero a veces la traspasa. Surgen en las mentes visiones, quimeras, fantasías alocadas y malsanas. Es la época de la Quintrala, la época de los sortilegios, de encantamiento, de filtros bebedizos y manjares dañosos que amantes despechadas, novias abandonadas hacen tragar a sus amantes, los soldados del rey, a veces falaces y siempre enamoradizos.

El tiempo transcurre lentamente mientras las inteligencias dormitan; las viejas hablan de apariciones; las jóvenes ensueñan o preparan sortilegios; los hombres se creen embrujados o brujos de verdad; y todas las fantasías se lanzan hacia lo irreal.

De este conjunto resulta esta vida en que se da gran incremento al desvarío y a la superstición. Se cree en encantos, brujos, maleficios, duendes que se aposentán en las diferentes moradas; y hasta el diablo, si se le solicita, puede venir a poblar esta tierra y a hacer pactos con los vivientes.



Para el que ha conocido otro mundo, el ambiente social y religioso de este pueblo le resulta de un cansancio abrumador, cansancio que está en los semblantes que revelan conformidad inmensa con los hechos; ésta aumenta en resignación después de algún desastre: inundación, epidemia, terremoto, y no hay pocas tragedias de esta índole en este tiempo.

El viajero que recién llega, muy luego comprende este sentir. Se entristece mientras mira las callejuelas deshabitadas, las casas polvorientas, las puertas juntas, el agua derramada de las acequias. Siente que en esta calma e inacción se pierde la idea del tiempo y del espacio. Se da cuenta que este ambiente es el reflejo de una vida lenta, apacible, soñadora, porque rumia por dentro sus inquietudes, desasosiegos y pasiones. En verdad es así; hay trastornos, preocupaciones, afanes, que casi no se aparentan, entre los cuales no son los menores los tiquis - miquis de la etiqueta y las falsas demostraciones ante la jerarquía de cada cual. Nadie manifiesta sus sentimientos en la realidad e intensidad verdaderas. Los deseos que no riman con este medio sólo pueden colocarse más allá de estos límites a modo de evasión. La torre de un templo, la cruz de una ermita es muchas veces la concreción de intensos anhelos oprimidos. También los suspiros modulados en las más diversas formas y con los más variados tonos hablan de la opresión de corazones lacerados, de sentimientos inhibidos: ¡Ay, Jesús!; ¡Todo sea por Dios!; ¡Ay, Señor! Buenas mujeres, vestidas de negro, con rostros beatos profieren blandamente estas expresiones. ¿Qué quieren significar con ellas? ¿La recordación de un amor de antaño? ¿Es el desahogo de una pena por lo que ya dejó de ser? ¿Es la certidumbre del imposible? ¿Añoran un tiempo ya distante?

Sea por lo que fuere, estas quejas profundas, estos suspiros hondos que, al proferirlos, parece que se arrancaran un alfiler incrustado en la carne ya marchita y estéril, son muchas veces las únicas notas de sonido que se escuchan en largos momentos.

La vida de este tiempo está hecha de pequeñísimos detalles determinados, de pormenores concretos. Es compleja dentro de sus simplicidades e inspira incertidumbre, no por ser queda, de visión reducida, sino porque dentro de su aparente sencillez hay inmensa complicación y menudencia y porque el

ambiente aplasta a los seres y las cosas y es imposible desprenderse de él. En meses enteros se comentan hechos insignificantes. Si sucede algo de notoriedad, tiene enorme trascendencia y dilación, pero hasta un chismecillo cualquiera sirve de pábulo a todas las tertulias. Polémicas, discusiones, rencillas, en general nimiedades, absorben por completo la mente de las personas de más saber y respeto y de las instituciones más superiores. Es una sociedad sin afanes que sólo deja su inacción para comentar una baladí incidencia de carácter social.

Las costumbres se cambian algo en invierno con la venida de los soldados que llegan en busca de víveres y de forraje; vienen a tomar un refrigerio y un descanso. También con ellos llegan ancianos capitanes a quedarse en definitiva, a reposar de sus andanzas por tierras de infieles; cansados y viejos, vuelven a este sitio ameno y tranquilo a vivir en paz con Dios, a esperar el final que no se ha obtenido guerreando.

Los soldados jóvenes retornan a Concepción en primavera; allí está el centro de sus exploraciones. Con su alejamiento se acaba la poca vida social que ha habido y se ha manifestado en saraos, torneos, viajes en carretas a los alrededores.

Vuelve entonces la monotonía de las horas lentas, eternas en un ambiente de tristeza, de soledad, de calma.

Lo religioso es más ostensible que lo social; aquél, en parte aspecto de éste, se hace sentir en todas las cosas y afanes durante todas las estaciones. Nada influye lo suficiente para que se despeje la atmósfera de la niebla que forma el humo del incienso y cese la preocupación de los capítulos conventuales, de las novenas, de los trisagios. Empiezan a ser las procesiones fastuosas, y siguen en su tránsito la vía oficial, que es la calle del Rey. Este detalle muestra la preponderancia que ha adquirido esta vía. Al finar el siglo XVI aun éstas dan solamente vuelta por la plaza, entonces el centro de mayor valor de toda la ciudad.

Además de las procesiones son solemnes las recepciones oficiales y las sesiones del Ayuntamiento; tienen importancia por ser los primeros ensayos de vida política y social.

La mayoría de las pocas mujeres que pueblan esta villa, que aun no tiene mil habitantes, empiezan a desear ser monjas.

Las celdas de los monasterios, lánguidas y misteriosas bajo las enramadas de jazmines y azahares,\* cobijan cada día a nuevas doncellas que avivan la llama de sus amores espirituales en el apartamento claustral.

Por lo demás, hacerse monja no es un sacrificio ni una condenación a cautiverio. Lo habitado son los conventos; lo desierto, las calles y el resto del poblado. Los monasterios son refugios místicos dentro del convento grande, apacible y tranquilo que es toda la ciudad.

Este mundo grato y sereno ofrece algún contraste con el que crean los soldados cuando aquí permanecen, pues vienen ahitos de revivir después de sus largas jornadas épicas. Se abren, entonces, las famosas pulperías y la casa de «trucos». En las primeras se vende toda clase de menestras, pero especialmente vino; allí aprende a beber el pueblo. Su número y situación está estipulado, y sólo pueden existir legalmente las situadas alrededor de la plaza.

La casa de «trucos», propiedad de Narváez está ubicada en la calle del Alférez Real,\*\* en ella se da importancia al juego y existe clandestinamente en la trastienda que este señor tiene. Los noctívagos se reúnen ahí, a escondidas de la autoridad, afrontando la soledad posterior a la «quedada», iluminados por la luz insignificante de un candil.

Este es el primer salón de vida nocturna que existe sobre esta tierra.

A pesar de la opresión espiritual, del sentimiento triste de la vida que prevalece sobre los demás, de la timidez religiosa, de los reducidos límites que tiene toda expansión, la idea de nobleza aparece en este tiempo con la creación del mayorazgo de Sierra Bella y con la venida de los señores de la Audiencia, llenos de orgullo y fatuidad.

Este ambiente social se va intensificando a medida que avanza el siglo, y llega a agrandar algunos de sus caracteres o a transformarlos sólo después del terremoto de 1647.

#### 4. LAS VIVIENDAS FAMILIARES, SUS ADORNOS Y SU MOBILIARIO

En este tiempo en que el ambiente enlaza a los espíritus con un cordón invisible y forma con ellos un haz, las casas,

por los andaluces al terminar el xvi.

\* Los naranjos fueron trasplantados, con éxito,

\*\* Calle 21 de Mayo.

igual que los espíritus, parecen enlazadas en un haz invisible y todas tienen algo entre sí que también podría considerarse como una mancomunidad espiritual.

Casi todas están afirmadas sobre anchos y gruesos cimientos que les dan un aspecto de consistencia y firmeza. Además puede observarse en ellas cierta calidad dentro de su sencillez; sobre todo en las que se han construído últimamente en la plaza y en la calle del Rey. Estas tienen alguna ornamentación sobre la cual puede hacerse una apreciación estética.

En primer lugar las puertas adornadas con clavos de bronce y mascarones, primeras copias de los de Pamplona. En otras, la puerta es torneada y las jambas sostienen el dintel que a veces es de piedra. En éste una reja pequeña, salediza, remata en una cruz o una estrella. Bajo el alero suele haber ventanitas que le dan luz al zaguán largo y obscuro. Esta es una nueva moda en la arquitectura, traída de Castilla y para precisar más de la Mancha Castellana. Al lado adentro de la puerta hay un cuartito en que pernocta el negro portero. En el centro hay un farolón con una vela de sebo en su interior.

Estos zaguanes dan a patios, rodeados de anchas cámaras, que, a veces, parecen pequeños claustros: una galería corre en lo alto; ocho columnas o pilastras de madera — muy rara vez de piedra — sostienen las zapatas alabeadas, musgosas.

Este primer patio empieza a dedicarse a jardín. Hay en él hermosos árboles y plantas de flores, traídas algunas del Perú y otras de España, como el clásico jazmín.

Algunos patios están empedrados de menudos y blancos guijarros y también los zaguanes; resuenan entonces con el hierro de las espuelas de los zapatonés de los militares.

Otras casas nuevas — dos o tres — tienen un lujo desconocido en los patios: galerías repechadas por barandillas de madera.

Las espaciosas estancias que rodean el patio están casi desamobladas. En la primera habitación no hay más que un cañizo con una manta.

En invierno un hálito de humedad se exhala de las extensas estancias, apenas habitadas. Ninguna tiene muebles tapizados. Las paredes son blanqueadas; muy rara vez penden del techo paños o tapices.

Cuando se cierran las puertas o ventanas, queda todo completamente obscuro, obscuridad que en la noche se subsana mediante una vela de sebo o de cera puesta en candelabros, ya de plata, ya de bronce, según el destino de la habitación y la riqueza de la familia.

En esta época se introduce el tallado en madera. En los salones se colocan algunos muebles sencillos e inútiles que lo presentan, tal como mesas ratonas o rinconeras y vargüenos. En otras estancias hay cujas y arcas finamente talladas.

Por este tiempo también braserillos, pebeteros y mates lucen minuciosos y profusos adornos de manos del orfebre. En pocas casas hay una «espineta», instrumento de cuerdas antecesor del clavicordio y del piano.

Los salones, a más de los santuarios íntimos, se adornan con imágenes de santos, en mayor o menor número, a medida que las circunstancias lo permiten; entre éstas hay algunas imágenes talladas por Fray Pedro de Figueroa, lo que significa gran honor para su poseedor por la nombradía de santo que tiene este agustino tallador de «esculturas».

El mayor número de imágenes son, sin embargo, quiteñas y están pintadas con tanto recargo de colores sus caras de palo que más bien parecen embadurnadas. Frente a la imagen preferida o de devoción de toda la familia se hace un altarcito en el cual se encienden candelas; la luz macilenta de éstas le da ciertos resplandores a la inexpresiva imagen venerada.

En las estancias, especialmente en los dormitorios, hay un crucifijo que preside las escenas familiares, ora tristes, ora alegres.

En las paredes de algunos salones, en panoplias, se ven algunas toscas armas; probablemente su origen es de las forjas toledanas. Revelan que aun se está en guerra de conquista o que los antepasados de esa mansión han guerreado en Arauco.

En los dormitorios no se usan los veladores. Los enfermos tienen a su cabecera una mesita que después da origen a aquéllos.

En el segundo patio hay una despensa con muchas cosas; estas mantenencias y golosinas han sido traídas del campo. En este patio suele estar el corral en el cual hay una subdivisión de cañas para las gallinas. A continuación viene el huerto plantado con hortalizas y árboles frutales.

La gente vecina puede comunicarse por el interior de estos solares, porque en la mayoría no hay tapias divisorias, aun cuando se han dictado decretos con este fin, sino ramas o empalizadas como en los tiempos de Valdivia, que separan los unos de los otros y los rodean; en muchas casas una arcaica noria soñolienta resuena quedamente con una lentitud sedante de años y años.

Hay gran silencio en las casonas señoriales como en todas las del poblado rústico. Todas son hechas como para que se aposente en ellas el reposo. Si se escucha con mucha atención, los únicos ruidos que se oyen son el del telar que marcha con rítmico son hábilmente manejado, el goteo de un filtro sobre una ancha tinaja de greda o el chirriar repentino y alborotador de la grasa en la sartén.

A ratos un mendigo — si es Viernes — llama en el zaguán; en el corral relincha un caballo o un gallo canta con voz estridente y sonora.

Estos son los rasgos o distintivos de una casa señorial en los comienzos del siglo XVII; puede ser la de la Quintrala, situada en la medianía de la calle del Rey, junto a San Agustín y los muebles nombrados los de sus salones, unos de los más elegantes de este tiempo.

A pesar de los ruidos campestres y de la sencillez primigenia, es algo novedoso para el que viene de lugares suburbanos penetrar a esta ciudad hecha a sombra de tejados.

## 5. UN DÍA DE 1608

Apenas comienza a clarear, una bandada de aves trina, chilla, grita en el ancho corral que todas las casonas tienen. Los gallos, por encima de las otras voces, elevan su metálico cacareo.

A través del lienzo blanco que cuelga de los bastidores para cubrir las ventanas sin vidrios, entra una claridad cernida en los cuartos. Es el albor del amanecer que todo lo inunda. Contribuye, a pesar de su color mate, a que se destaquen los colores, y hasta la recia estera de esparto blanquizco de los pisos toma su tonalidad precisa.

En tanto las campanas ya han comenzado a lanzar sus sones. El aire se llena de ellos. También es una bandada de

campanas que se lanza al espacio. Los días se inician siempre acompañados por sus sonidos metálicos en la ciudad tapiada de adobes. Las primeras que se escuchan son las de la Catedral, luego las de Santo Domingo y las de la Merced; en el alba ya han resonado las de San Francisco, las de las Claras, las de la Compañía; los vecinos no han alcanzado a oír las.

Si se escucha con mayor atención, se entremezclan con estas graves y solemnes de los conventos grandes, las campanaditas cristalinas y diáfanas de los otros más pequeños y modestos.

Los diferentes sonidos adquieren nitidez en este día claro y radiante. Llamán a misa con premura. Las mujeres se colocan apresuradas su vestimenta para tal ceremonia que consiste en un rebose terciado con cierto aliño no exento de gracia. A las damas ricas las sigue su mulatilla con la alfombra de hincarse; el paso de estas mujeres es menudo y discreto; al encontrarse las unas con las otras en la puerta de la iglesia se hacen un cortés saludo de etiqueta. También los Oidores asisten a la ceremonia religiosa matutina cubiertos con su «garnacha»\* de paño negro que lucen con hidalga apostura. Saludan a las damas linajudas con el severo gesto de los mosqueteros a la salida de la Catedral. Luego se dirigen a la Audiencia, frente a la plaza; allí en anchas estancias, sentados en toscos sillones con armas grabadas en el respaldo, ante mesas firmes y sencillas, pasan largamente estos señores «hijosdalgo»; escriben sus enormes infolios y decretos, y toman acuerdos relacionados con la próxima festividad y comentan la venida que hasta esta lejana tierra hará, en tiempo próximo, «el correo mayor de Indias»,\*\* suceso de gran preponderancia; también es digno de grandes comentarios el último incidente acaecido en la frontera, y luego vienen los «pelambres» y asuntos urbanos.

Después de misa las mujeres han formado junto al templo un pequeño corrillo que luego se ha deshecho para ir a hacer algunas compras al Portal de Sierra Bella, lujo nuevo en esta ciudad que en medio de sus 200 casas simples, modestas adquiere especial importancia. Allí también hay tertulias;

miembros de la Real Audiencia.  
tiempo.

\* Especie de capa que sólo podían usar los

\*\* Este personaje vino a Chile por este

pensemos que ya ha terminado el «pleito» por ser las diez y media; entonces, acaso tropecemos con los mismos señores Oidores que han encontrado más entretenido que sus acuerdos decididos sentados sobre inmensos sillones con armas grabadas en el respaldo, venir a observar el paso menudo de las damas al flamante portal. A este lugar concurren, asimismo, otros hombres más jóvenes o de menos representación a comentar la última comunicación del rey, la próxima ida a la chacra, la participación en algún negocio nuevo del portal y los últimos «decires sociales» e indirectamente a observar a las escasas transeúntes.

No sólo por el portal deambulan éstas, pero, de todos modos, es un tránsito obligado; también trafican por la calle del Rey que posee tantas prerrogativas como la Plaza Mayor y se jacta de tener un lucimiento de igual preponderancia, por eso también es muy concurrida. Los vecinos más acaudalados están situados en esta calle, junto al convento, iglesia y colegio del «Señor San Agustín». Esta calle es el núcleo del comercio, y el sitio de más honor de la ciudad está en su centro y medianía.

Se ve que esta es la hora de mayor movimiento, porque a más de las señoras que han salido a buscar alguna fruslería para tener motivo de andar un poco, las mulatas van y vienen de los conventos a las casas y vice-versa; de aquéllos salen con dulces monjiles y de éstas llevan a los claustros algunos «chismes» mundanos que es imprescindible hacer llegar hasta allí.

En el centro de la plaza se ven también tumultos; se trata de la gente que va a la recova, lugar muy visitado un día como éste que, por ser sábado, tiene mayor mercado. Con el pretexto de comprar sus «faltas» no dejan las «chinas» y los negros esclavos de «comadrear» un poco; divulgan las intimidades de sus patronos, y los que han comprado su libertad ofrecen sus servicios.

Tanto las caras de éstos, como las de los orgullosos hijosdalgo, oidores de la Audiencia, de las damas empingorotadas, de las que no lo son, de algún emisario del Santo Oficio que también ha pasado, no son frescas ni lozanas en su mayoría; tienen la expresión sombría y monótona de todo el conjunto pueblerino; en cada una se notan las mismas huellas. Más que semblantes, parecen caras inmóviles, apagadas, petrificadas.



Algunos tienen la apariencia de misántropos que desean apartarse de los demás seres, porque no tienen ni desean consuelo ni esparcimiento; en algunas mujeres se nota algo semejante; aparecen fatigadas por extraño soñoliento y se dejan llevar por la vida; el ambiente las fatiga y pesa sobre ellas; se observa esto a través de sus rostros, a pesar de ser ésta la hora de mayor lucimiento y entusiasmo.

Con el angelus de mediodía se acaba todo movimiento matutino.

Este pueblo en formación tiene su ritmo acompasado y monótono. Es tanta su repetición que todos los días en idénticas horas ocurre lo mismo. Cada momento está marcado por lo que se hizo el día anterior y todos los que precedieron a éste. Las campanas dejan caer sus campanadas siempre por motivos semejantes y a horas señaladas. El angelus divide el medio día de la tarde y el crepúsculo de la noche. La misma oración es modulada en estos momentos. Los sábados se establece la recova. El pescado se expende los jueves. Y los jueves también se llama a la «Escuela de Cristo». Lo imprevisto y lo pintoresco no hacen jamás variar esta repetición y semejanza.

Pasado el mediodía, vienen las horas quedadas, interminables de la siesta. Hasta las casas cesan de irradiar su tenue vitalidad diurna. ¿Qué se puede hacer a estas horas lentas, inacabables? ¿Salir a la calle y caminar a la aventura? Si así se hace, ésta no está rodeada de sorpresas ni de casualidades festivas, sino que se va por aquí y por allá sin encontrar novedad alguna en medio de la ciudad desanimada; las casas de variados tamaños, pero la mayoría simétricas y hechas en un mismo molde, puestas en hileras en callejas más o menos semejantes, silenciosas, desiertas, conducen a la plaza solitaria, casi desahogada, de terreno no completamente parejo; la tierra sacada para hacer adobes aun hace falta en los hoyos. En frente el portal de Sierra Bella, a esta hora casi sin movimiento alguno, luce su arquería de ladrillo con cierta ostentación de lujo nuevo.

El sol irradia en anchas vías que adquieren fosforescente luminosidad; están en perfecta concordancia de soledad y placidez con los anchos, largos y aplastados caserones, cubiertos de polvo, con aspecto de temprana vetustez que no manifies-

tan vitalidad alguna: ni un leve movimiento, ni se ve a nadie; parecen moradas de encantamiento. A estas construcciones ya se les puede entonar una canción de antigüedad. Algunas guardan recuerdos de medio siglo. Hasta este momento no tienen belleza arquitectónica mayor que la que les da los vestigios del tiempo, y su caparazón de anchas y toscas tejas que cubre a la mayoría, porque muy pocas y pobres conservan techo de paja.

El sol reverbera sobre las paredes de color ocre o gris; las puertas están cerradas; los portones están cerrados; no dejan ver el interior que se presume lleno de plantas. Se juzga esto por las largas paredes de los corrales y sitios que corresponden a las calles atravesadas sobre las cuales cuelgan los zarcillos de las parras y las ramas de los árboles. Su línea siempre igual; está interrumpida, a veces, por una puertecita. Esto es en las calles muy principales, porque en las demás sólo hay cercos de ramas para los sitios, lo que facilita la visión del solar y su arboricultura.

¿Qué hace en estos momentos la gente de esta aldea con miras de ciudad? ¿Quién habita en estos despoblados caserones con aire de campo? ¿Cómo se llaman estos nobles hidalgos que han traído el Real Sello y se han visto en la mañana, luciendo sus capas con tanto orgullo? ¿Qué se han hecho a esta hora?

De tarde en tarde interrumpe la ostensible tranquilidad un mostranquero que lanza su pregón en la calle desierta, sin pensar que es difícil que pueda ser oído, o un lego que pide limosna de puerta en puerta con voz lastimera: «Den una ayuda para los cirios, una ayuda para la cera.» También se deja oír con vibraciones sonoras el relincho de un caballo en algún corral vecino.

La cordillera, el río, el cielo, impasibles, reflejan esta somnolencia de la siesta pueblerina.

Los escasos transeúntes que deambulan por estas calles solitarias, en estos momentos, dan la idea que no tienen deseos ni alientan recuerdos; tal vez porque sus días son siempre lo mismo; los minutos suceden a otros minutos idénticos. En el rostro de estos colonos que les toca en suerte vivir una hora de una siesta en un día como éste, hay una conformidad inmensa; parece que no abrigan esperanzas para un futuro próximo ni

remoto. Algunos — los menos — manifiestan que sienten un tedio mortal.

Cuando la tarde cae, el conjunto se uniforma más aún; es más grato salir a las afueras orillando los nuevos tajamares que ha construido Jinés de Lillo. En camino hacia el oriente, la presencia del San Cristóbal le da a nuestra visión una impotencia severa que se hace grandiosa al observar los cerros del fondo. Junto a él, el molino de Rodrigo de Araya con sus aspas detenidas a esta hora, contribuye a la apacibilidad del conjunto.

En esta andanza contemplativa, nos coge el crepúsculo, momento en que suenan las campanas de siempre, entremezcladas las graves con las agudas, recordando que «el ángel del Señor anunció a María...».

El trémulo y vibrante campaneó nos hace mirar al cielo, en un afán devoto, y lo vemos enrojecido por los últimos resplandores de uno de los largos crepúsculos primaverales.

Con el «angelus» se asoma la hora más patética del día colonial; junto con ensombrecerse el cielo se puebla la imaginación de fantásticas quimeras y ensañaciones.

De lejos viene un agradable olor de resinas, producido por plantas quemadas, medio secas. ¿Por qué en la hora intensa de la tarde es cuando se siente este perfume con mayor realidad?

Luego, después de este momento indeciso, único, comienza el silencio más profundo, más condensado, más lleno de estaticidad, que ha de enseñorearse durante la noche de este pueblo. Parece que las sombras nocturnales sumergieran el día colonial en una especie de sopor y de irrealidad. En las anchas casas se adentra la noche en forma intensa. Aquí las tinieblas son más oscuras que en las calles. Reina en ellas la penumbra. Ni una luz ni un ruido en largos momentos. Los muros desaparecen esfumados en la negrura. Hay que palparlos para sentirlos. Los escasos velones de sebo en grandes habitaciones hacen más densa la obscuridad. En la calle ésta no se ve interrumpida, sino muy rara vez por el reflejo macilento de las velas que sale a través de los resquicios de la madera, mientras dentro se reza el rosario alargado por repetidas letanías. De repente se oye un estruendo sordo, formidable. Es una carreta que viene a la ciudad cargada de mantenencias, desde el campo, y que los malos caminos han hecho retrasarse.

Hace momento que ya ha pasado la queda...

La ciudad se ha convertido en una morada de espantos; produce tanto temor como un desierto o como un campo santo. Es medrosa la pálida luna de Septiembre que alumbrá trechos de las calles blancas de casta soledad; el vuelo de las aves nocturnas que pasan sobre los tejados, sibilantes y agoreras; la suave ventisca que recorre todas las calles y hace gorgear a las tímidas avecillas — que han formado sus nidos recientemente — cuando tiemblan las ramas nuevas de los árboles y el obscuro enramaje de los cipreses. Todo es medroso de noche. En el interior de las casas, los espíritus de los muertos llenan de pavor a los vivientes mientras crujen las maderas de los toscos y escasos muebles.

En las horas densas del anochecer se oyen aullidos de perros que, por la obscuridad y soledad, se sienten lastimeros y dolorosos y más bien producen angustia que tranquilidad. Hay en ellos extraño y fúnebre presentimiento. Atraviesan el silencio de las horas calladas y acongojan a los que están en insomnio. Traen inquietud y producen ondas de terror que cruzan la soledad para depositarse en el ánimo de los que lo escuchan. «¿Estarán viendo a algún espíritu maligno?», se preguntan angustiados. «¿Andará el diablo por este barrio?», conjeturan medrosamente. Con tímido fervor lo conjuran, entonces, con salmodias vulgares y especiales para tal efecto: «Santa Ana parió a María; Santa Isabel, a San Juan; por estas santas palabras, los perros se han de callar.»

Y así siguen hasta que en el silencio absoluto oyen el cántico reposado y rítmico con que el sereno anuncia la media noche: «¡Ave María Purísima! ¡Las 12 han dado y... sereno!»

\*

Así termina un día colonial; a uno como éste suceden otros que luego forman una unidad de tiempo; los años se completan; en primavera trascienden los jazmines y los alicantos desde los amplios caserones; en verano el vivo resplandor del sol llena la plaza, las plazuelas de los templos, las calles y los cerros; en otoño los árboles quedan ateridos y desnudos; los huertos se tapizan con sus hojas; en invierno la cordillera se adorna con nieve y el cielo se torna más gris que azul.

En Marzo, iniciada la cuaresma, se preparan para los oficios de Semana Santa. Estos días tienen alguna variación entre los demás. A los cantos de los pelaires se mezclan en las horas de la mañana las salmodias de los penitentes. Todos saben sus súplicas y oraciones que dicen con voz férvida y sonora mientras recorren las calles. Imploran al Señor de la Misericordia y a la Virgen de los Dolores. Las calles se ven más concurridas; pasan por ellas los frailes de los diferentes conventos con sus estameñas blancas, negras, pardas, café. La campana de la Catedral lanza más a menudo su triple repiqueteo. Todos se aprontan para participar en las diferentes fúnebres ceremonias.

En Junio se alista la mayoría para recibir a la oficialidad que viene desde Concepción, algunos hijos y nietos de los primeros conquistadores.

En Julio capitanes y soldados preparan su próxima campaña, ya recuperados de todas las pérdidas en la capital del centro. Hay algunas diversiones y saraos que rompen la monotonía; se piensa en matrimonios y en noviazgos; algunos se realizan; se sienten y se viven emociones.

En Agosto se hacen preparativos para las fiestas septembrinas en honor del apóstol Santiago y del alférez real, quien luce toda su apostura en tal ocasión por ser el día de la ciudad. Entonces se pasea el estandarte real, símbolo de la majestad del rey. Las calles se adornan en forma especial.

Pasado Septiembre y asegurado el buen tiempo, vuelve la vida santiaguina a replegarse. Además, muchas mujeres esconden entre pliegue y pliegue intensos recuerdos que mantienen encendida votiva lámpara de espera.

En Diciembre se hace la fiesta de los aguinaldos; son nueve días que tienen un significado especial; culminan las celebraciones en el último, que es el 24 de Diciembre. Todas las casas tienen «nacimientos». Lo nuevo está en que se va de una casa a otra, y se hacen comentarios en medio de música y cantos litúrgicos, y hay mayor traqueteo por el intercambio de «adherezos».

Estas son las épocas sobresalientes en el calendario colonial mientras en España gobierna Felipe III. Iniciada ya la campaña de Arauco, de tarde en tarde se tienen noticias de estas hazañas y de algunos encuentros con los indígenas; más

de tarde en tarde, del Perú y de la Península. La vida es igual en un año y otro... La acompasó siempre el mismo ritmo.....

## EL SEÑOR DE LA AGONIA, UN MILAGRO DE LA FE

El convento de San Agustín se aduerme al sol que cae de plano sobre las anchas tejas. Ya las campanas de la Catedral han dejado caer sobre la noble ciudad las sonoras y lentas campanadas de las 3. Ha pasado la hora de la cruz. Todo es silencio y paz en derredor. Nada quebranta la paz de la siesta, en largos momentos, ni en la calle del Rey, ni en la plazuela que hay frente al templo ornada con sencillos arbustos, ni en la de Pero Martín. No se sabe si las calles inundan con su silencio las celdas claustrales o éstas lo transmiten a aquéllas. De tarde en tarde, viene de las callejas el lejano grito agorero de un vendedor; torna luego más preciso, más profundo, el reposo.

El ancho zaguán del claustro agustino herméticamente cerrado guarda la sombra de sus gruesas paredes de adobes y el patio, un ancho patio de naranjos, parece una gran hoguera con el calor intenso del momento. Allá en lo alto, fulge el cielo de perlado azul.

La mayoría de los monjes, en su hora de recreación, se han recogido a su celda para hacer la lectura y meditación espiritual. Pero no todo es quietud absoluta en el ancho claustro. Un leve ruido, como el que hace el ratoncillo al roer la madera, se adivina cercano. Viene de una celda, transformada en taller, que está frente a la azotea. Por la puerta entreabierta, perdido en sus sueños, como un visionario, se ve a un fraile agustino. Pálido y cenceño, su escuálida y severa figura contrasta con el brillo y luminosidad que hay en sus ojos que tienen fulgores intensos y reflejos de un inquieto y atormentado misticismo.

Su gesto, en general, revela el desasosiego que siente por el anhelo de un sublime modelado, por el afán de llegar a un arte superior de expresión ultraterrena. Presiente que la madera a medio desbistar está ávida de ser dotada de una forma bella y convertirse en algo más precioso y eterno que un leño.

Este monje que ensueña y medita, parece complacido por el silencio absoluto de aquella hora, sólo turbada por plácidos y tenues rumores: zumbar de abejas en la canícula, runruneo de moscardones, murmurio de viento en las vastas y desmobladas estancias. En su pobre taller está como en una ardiente cumbre de inspiraciones en la que el abrasado hálito del estío le quema el rostro. Afuera, en el amplio patio, vuelos de golondrinas acompañan su esforzada labor. Alguna vez una de ellas, atraída por el levísimo ruido penetra hasta el taller y conoce de la obra inconclusa.

\*

No sólo fray Pedro de Figueroa ha estado aquí en momento como éste. A veces ha rimado el latir emocionado de su corazón con el tintineo de la lluvia.

Encorvado sobre el gran banco que sostiene el madero informe, parece uncido por aquel símbolo que quiere crear con sus manos laceradas por las toscas herramientas, que le sirven para tallar la rústica madera. Pone en su humilde obra de leño, anhelo de perfección, entusiasmo fervoroso. Hunde en la madera lenta y amorosamente la gubia y la va modelando esforzándose por acomodar sus anhelos de perfección sublime a los escasos medios que tiene para realizarlos.

Trabaja sumido en altos designios, gravemente, como si ante la imagen que modela su fe, ya viera las muchedumbres a sus plantas.

Y a la par que va desbastando el trozo de árbol, implora. Su arte primoroso es una larga y continuada elegía, una simbolización de las tristezas que anostalgian su espíritu, consumido en ansias de excelso destino. Se refleja en su mirada la angustia del ser de que está compenetrado: unos ojos agónicos, un rostro atormentado y un rictus amargo que expresa todo el sentir de la humanidad heredera del dolor.

Traspasado de este sublime misterio, saborea el doloroso y supremo placer que experimenta desangrándose, consumiéndose por lograr una forma bella, por hacer de la madera una cosa tan maleable como el yeso o el mármol de los escultores, por dotarla de una parte de su alma y convertirla en la figura de Cristo Redentor.

Otra pequeña compensación que tiene es aspirar el olor de la madera fresca, que al ser herida despidе fragancia y sangra, y le salpica de virtudes encrespadas. El cielo azul se ve por la puerta entreabierta; por él pasan las nubes rizadas semejantes a las hojas que se desprenden del leño basto.

\*

Su pertinacia y su tenacidad consiguen, en lo largo de los días, lo anhelado, y el modelo que tiene en su mente va trasplantándose al madero informe.

Calmadamente surge la obra de este genio taciturno y enfebrecido en anhelo de darle forma y transubstanciación. El tronco desnudo se va llenando, poco a poco, de bellas y prolifas labores, de pulcros atributos. Debido a su afán, florece de nuevo la rama cortada del árbol de inúmeros frutos más perdurables que los que entrega, por generosa donación, en la breve época del verano.

Afuera el estío quema las plantas y la naturaleza se tiñe de colores vivos. Las moscas ronronean, los pájaros trinan de alegría, pero el monje no siente ni esto ni aquello, sino deseo intenso de compenetrarse de la imagen humana con expresión divina que presidirá, una vez terminada, bajo las bóvedas del modesto templo de San Agustín, la Cofradía de piadosos ejercicios que ha fundado.

Siempre hay en su semblante ese reflejo del anhelo de apurar toda la belleza y el dolor del arte.

No siente el cansancio de herir la madera una y cien veces, fervorosa, apasionadamente, con incansable tesón.

Permanece en su celda consagrado al trabajo, encorvado sobre el tabor de madera, donde está colocada su obra, lleno de fervor en su entusiasmo, desprendido de todo deseo que no sea su creación de fe.

Su única distracción es hacer por las tardes un largo paseo junto a las riberas del gran río, extendido, anchuroso, soberbio aún de su posesión. Luego vuelve a su obra.

A medida que avanza ésta, se llena de hendiduras y de surcos como tierra hundida por el arado. Nada habla de ello,



pero su pensamiento está lleno de la imagen que ya contempla idealmente, y en la cara se le ve una expresión de júbilo misterioso, de gozosa expectación.

\*

Ya el rostro está formado. Ha logrado que el semblante del Cristo exprese toda la majestad del dolor divino. El fraile ha transfundido todo su dolor y comprensión del sacro misterio de la Redención a la imagen como si se hubiese visto en ella mientras la tallaba con la gubia torpe.

Poco a poco, lo que antes fuera un tronco informe toma la delineación de un cuerpo cuya carne está lívida y macerada. El hombre que ejecuta esta obra, sufre. La imagen que forma, resulta tan expresiva en su tortura que lo hiera a sí mismo y lo hace pedir piedad para todos y para sí, gemir y decir oraciones puestas en tierra las rodillas y frente a las rústicas paredes de la celda. De su plegaria sale confortado, y de nuevo con el Cristo sobre las rodillas como otrora María en el Calvario después del descendimiento, sigue modelando y dando a su figura esa impresión que se transmitirá a todos los hijos de este pueblo, de generación en generación, y que hará decir a voces: ¡Perdón, oh Dios mío, perdón y piedad!

Y el pobre artista imperfecto que, sin ser ensamblador, logra esta escultura, ante su obra que tiene la belleza sombría y triste que puso en ella su sentimiento de piedad y fe, se retuerce las manos laceradas por las herramientas que día tras días manejó hasta alcanzar su ideal.

\*

El rostro del monje se ha extenuado también; su magra figura avanza como una sombra. El anhelo de escultura que siempre lo torturó, se ha cumplido tanto en él como en su obra, que ya está terminada. Le ha puesto fin en ese momento en que representa a un Hombre que ha superado el límite de lo que se puede sufrir; está en aquel hórrido instante previo a la muerte; de cinco llagas le vierte abundante sangre; sus costillas se marcan en su costado con precisión como si la piel sólo fuera un tenue cendal y, según la espantosa frase evangélica, se pueden contar todos sus huesos.

## A TRAVES DE LOS FAROLITOS DE SAN BORJA

Un tranvía que, en su trayecto, traza innúmeras líneas rectas y curvas, nos trae desde Nuñoa, lugar en que hemos recorrido varias avenidas para poder apreciar el Santiago nuevo, su extensión, sus caprichos de ciudad, sus proyecciones.

Después de pasar por la Plaza de Baquedano, nuestros ojos se enfrentan con el Hospital de San Borja. Inmediatamente se borra toda la visión que traíamos de unos viales arbolados, de unas calles recién trazadas, para dar lugar a otra que ha venido estimulada por dos farolillos colgados en cada puerta del antiguo noviciado de jesuítas. ¡Qué evocadores! Su sola presencia ha bastado para poblar la antigua y ancha Cañada de cosas lejanas; la vemos cercada de huertas y edificios sencillos semejantes a los de algunos fundos que están distantes de los centros urbanos; la iglesia de San Lázaro se destaca en medio de un paraje poblado; el convento de San Francisco con su gran iglesia «de piedra blanca hecha de sillera y una torre a un lado de lo mismo» orienta a los que «entran de fuera».

Sentimos el aire fresco y apacible de los días estivales; los grandes sauces junto a un arroyo que corre al pie de ellos, le dan a toda la Cañada una graciosa verdura que hace que se le considere una plaza continuada.

Contribuye a intensificar este cuadro de otro tiempo la *Histórica relación* de Alonso de Ovalle que, hace pocos días, hemos terminado de leer.

\*

Pasan los días de un verano de 1628 o 1632. Los pobladores están en las puertas de sus casas; unos vecinos se reúnen con otros; comentan los hechos caseros y urbanos: la semana sacra que se aproxima; los preparativos que ya se hacen para santificarla.

Entre estos «moradores» hay uno que se ha quedado aislado; está sentado en el umbral de una casa de achatadas tejas en una silla de totora del valle; su actitud de meditación coincide con el declinar de la tarde.

No es éste sólo el que reflexiona en momento tal: un jesuíta, Alonso de Ovalle, tiene una actitud semejante en estos

momentos de profundo silencio en que las beatas avanzan con quedos y medidos pasos, después de atravesar con alguna dificultad el arroyo de los sauces, en dirección a San Francisco. El jesuita piensa en innúmeros problemas que le preocupan y que le harán volver a Europa en un tiempo próximo: la lejanía de este reino, la falta de hermanos de su orden para aumentar el número de misioneros entre los indígenas, los malos tratos que reciben éstos, la necesidad de catequizarlos, la prolongación dolorosa de la guerra que sangra las vidas y sangra los erarios reales. Mientras éstos y otros pensamientos lo mortifican, la tarde serena y suave, peinada por la ramazón copiosa de los sauces, frente a la cordillera imponente, se adentra en su corazón. (En un momento como éste echa en su mente el primer germen de su *Histórica relación del Reyno de Chile*.)

Su mirada va de un extremo a otro en la espaciosa Cañada. A medida que se pasea frente al convento coge todo lo que su visión alcanza. Mira al cielo; da gracias a Dios por depararle momento tan generoso, y luego detiene su vista en la cordillera lontana y allí deja sus ojos embebidos en los tonos rojizos y cambiantes que pone sobre ella el crepúsculo. Toda su presancia es de mesura y observación que, a veces, llega al éxtasis, pero éste no perdura; la realidad que surge de las cosas materiales, se le impone.

No sabríamos calcularle la edad a este monje, pero por su agilidad, vigor, entusiasmo, fe, el vasto alcance de los proyectos que elabora en este instante de la tarde, podemos creer que aun no pasa de los linderos de la juventud. Su estatura es medida; sus ojos son luminosos; su temperamento vibra fuertemente a los contactos del mundo exterior, porque ve en él un reflejo de la bondad de Dios.

Lentamente las sombras se van ciñendo en torno a las cosas; una calma casi religiosa lo invade todo; se escuchan unos rezos lejanos; las campanas llaman a la oración de la tarde; los vecinos de la Cañada se han retirado al interior de las viviendas o han ido a la iglesia. Fray Alonso de Ovalle, calmadas un tanto sus inquietudes y con la gestación de una vasta obra histórica en su mente, se ha retirado a hacer su examen de conciencia cotidiano. El angelus ha sido entonado con voz profética por la mayor parte de la gente. Frente al convento de paredes y arcos enladrillados, los árboles susurran su melo-

día prenocturnal; contribuyen también a poner rumores que-  
dos en el momento colonial; mas, por sobre todo dominan los  
farolillos del gran portón de entrada, encendidos ya, cuya luz  
iridiscente y temblona penetra en las sombras y hace más obscu-  
ros los espacios sin luz y más negra la noche plateada de Fe-  
brero. Las campanas de San Francisco desde «su torre de  
tres cuerpos y el último en forma de pirámide» dejan caer so-  
bre el poblado somnoliento sus últimas vibraciones. Y es  
espectáculo vivamente expresivo de la religiosidad ambiente  
ver a esas horas, en esa soledad inmensa, en ese reposo inque-  
brantable en que sólo rumorean los árboles, cómo se deslizan  
apagadamente, precedidas de un farol, unas mujeres vestidas  
de oscuro con su «china» detrás, y a algún pelucón con su  
capa que también ha ido a rezar a la Virgen del Socorro.

Tarde ya las lechuzas que completan el cuadro nocturnal,  
lanzan, desde alguna de las torres, agoreros resoplidos. La  
gente que las escucha en hora posterior a la queda — marca  
divisoria de los afanes del día y de la noche — ahuyenta los  
malos presagios que ese resoplido estridente estimula. Luego  
el sereno, también con deseo de alejarlos, dice con voz que em-  
pieza plañidera: ¡La noche está serena! ¡El cielo está estrellado!  
¡Las 11! ¡Jesús, José y María!

\*

Desde la puerta, sin tragaluz, entreabierta de la celda se ve  
el patio del espacioso claustro. Los arcos sostienen simétrica-  
mente el ancho corredor con sus muros de ladrillo al descubier-  
to. Dentro en la celda blanca, pequeña, con una ventanita  
para la luz como tantas otras de los conventos españoles y ame-  
ricanos, un monje escribe; también como muchos otros en tier-  
rás de España y de América. ¿Sobre qué escribe? Sobre  
«varias y curiosas noticias del Reyno de Chile». (Lo vemos  
evocando sobre el vasto papel las sensaciones que ha sentido,  
mejor la sensación que le han proporcionado las cosas que ha  
visto.)

De vez en vez mientras escribe, levanta la cabeza y suspende  
el rasgueo de su pluma; medita en el alcance grande que tiene  
que tener su obra: dar a conocer este lejano país en tierras de  
Europa para ganar prosélitos e interesados en conocerle y en  
ejercer en él el santo ministerio, ayudando en esta forma a los

hermanos de la Compañía que no pueden por su número reducido, hacer todas sus obras.

Ahora se halla describiendo la ciudad de Santiago, su ambiente, su psicología.

Emplea palabras sencillas y vernáculos para mostrar la ciudad que admira. No es un abstraccionista, por el contrario, observa la vida diaria y reuniendo pintorescos detalles, que va anotando, indica sus fiestas, sus instituciones, sus calles y plazas, el lujo y abalorios de sus moradores. ¡Cómo se ha compenetrado de su ambiente!

Desde lejos viene hasta la celda un rumor levísimo que tal vez lo forman el susurro de las hojas de la huerta; en otro momento el viento trae un coro de voces que entona una salve. Allá, a alguna distancia, se anima el centro de la ciudad. Aquí puede decirse que ya se aspira una paz lética de campo. Una tranquilidad inmensa, tranquilidad que favorece las reflexiones, el estudio, el análisis es el que rodea este lugar. Este silencio reina en este convento donde mora, tiene sus meditaciones, resuelve sus problemas y escribe este monje sencillo, comprensivo y observador. En su celda, apoyado en su tosca mesa de trabajo, en la que también se alinean cuatro libros teológicos, escritos en latín, anota atenta y minuciosamente. En la tranquilidad de la estancia se percibe el vago rasgueo de la cortada pluma de ave sobre el tosco papel de color mate; de cuando en cuando, por la puerta entreabierta, llega también el cercano son — lejano, pero preciso — de unas campanitas, cernido por la distancia.

Ya a estas horas — 9 de la mañana — fray Alonso de Ovalle ha dado un paseo por los lugares más poblados; lo ha mirado todo con fina curiosidad; ha contemplado las construcciones hechas por Juan de Lepe, el arquitecto de Santiago de 1630 y años posteriores; ha ido por esas calles «anchas en las que pueden haber tres carrozas en fila», de casas bajas, de color grisáceo o terroso, con las puertas entornadas, más bien bajas, pues guardan relación con el conjunto en que domina la anchura, de zaguanes silenciosos, con ventanas de tosco enrejado de madera o con barandillas de este material, de portones claveteados con agudos y amplios chatones; ha avanzado meticulosamente mientras el sol mañanero bañaba las fachadas y se oían los llamados de las primeras misas.

A esa hora temprana le ha parecido que todos los edificios expresaban un solo pensamiento; luego les ha encontrado su particularidad a cada uno, especialmente a los lugares del Santiago más antiguo: «el lienzo que cae al norte de la plaza que está todo de sóportales y arcos de ladrillos»; el costado poniente que lo ocupa primero la iglesia Catedral «que es de tres naves, fuera de las capillas que tiene a la una y otra banda.»

En este tiempo hay algunos templos importantes que él admira; fuera de los ya nombrados están los de San Saturnino, Nuestra Señora de La Merced, Nuestra Señora del Rosario, Santa Ana, la Iglesia de la Compañía. Estas son las obras de arte. Todas están dedicadas al servicio del culto. (Esto las favorece, porque el sentimiento religioso favorece la inspiración, y porque sin haber estado las artes al servicio de las creencias, apenas se habrían podido realizar en una sociedad en vías de formación, preocupada de la guerra, y constantemente necesitada, por este motivo, más de construir fuertes y campamentos que monumentos artísticos y grandiosos.)

Si la curiosidad y el deseo de admirarlo todo ha llevado a este oficioso jesuíta hasta Santa Ana, ha admirado de pasada la iglesia de «su religión», la de la Compañía, «la mejor de todas las demás, fuera de la Catedral», hecha de piedra blanca y la «fachada de la puerta principal, muy lucida y airosa, con sus pilastras, molduras y pirámides, y en medio un Jesús de relieve sobre la cornisa principal, todo de admirable arquitectura».

De la iglesia de Santa Ana ha elogiado su plazuela con sóportales y su reducido jardincito. Siempre admira, como en este paseo matutino, los pequeños rasgos de la naturaleza hasta en sus gestos más humildes. En general ama las pequeñas cosas; ve en ellas algo del alma del universo. Siente mejor que nadie en su tiempo interés por lo menudo, cotidiano y vulgar. No sólo ha estimado los detalles arquitectónicos de las fábricas y los adornos de las pequeñas placetas de los templos, sino que también le han preocupado el quitasol y «lo popular que se ha puesto», los lujos que tienen los interiores de las moradas, la acequia desparramada del centro de las calles, los cercados de cañas y tablas que guardan las gallinas y que evitan que éstas salten a la vecindad.

En la tranquilidad de su celda es donde desmenuza sus datos con paciencia no igual y allí escribe acerca «de las plazas, edificios y templos de la ciudad de Santiago» y «de su gobierno civil, eclesiástico y secular y de las propiedades de sus naturales».

\*

Hubiéramos creído que el ambiente apacible y sencillo de nuestra tierra en el primer medio del siglo XVII le prodigaba su calma a Alonso de Ovalle para escribir esta larga y menuda crónica y el tiempo su largor de eternidad, pero no fué así en efecto; hace su obra en medio de múltiples ajetresos y la mayor parte en Italia. Nos agrada, sin embargo, verlo en el noviciado de San Borja escribiendo los capítulos relacionados con esta ciudad mientras unos árboles susurran en la huerta del convento, unos novicios entonan una salve y las campanas de San Francisco llaman a oración.

### 13 DE JUNIO DE 1647

No se percibe el más leve rumor. Se ven los muros agrietados, ruinosos. Hasta los hechos de noble piedra tienen rasgaduras y desniveles. La sensación de abandono y de muerte que un mes atrás sobrecogiera a la gente de esta apacible villa, se ha acentuado por modo doloroso a medida que un día sigue al otro; lo observamos esto a medida que vamos recorriendo estas calles y aspirando este ambiente. ¡Cómo se respira aún el aire enervante de los malos presagios!

Casas anchas, grandes se han derrumbado completamente o a medias y los restos de sus gruesas paredes de adobes, en los lugares más céntricos, han sido cubiertos con apellucados y pardos tejadillos; entre ellos ha salido musgo verde que han regado las primeras lluvias invernales. Otras están convertidas en rústicos galpones.

Aparecen desmoronadas paredes rellenas de toscas piedras; pedazos de recio y venerable muro de cal y ladrillo — material de que estaba hecha la iglesia de los dominicos — están aún a un lado de la calle entre otros escombros terrosos; la

Merced, construcción de humilde adobe, tiene remóvidos hasta sus cimientos; una fachada con su enorme mojinete está entre algunos deterioros; para humillación y vencimiento de los orgullosos, la mayoría de los pocos recién adquiridos blasones que ya figuraban con despotismo en las fachadas, han caído destrozados, escarnecidos.

Seguimos caminando lentamente por las callejas; no nos encontramos con persona alguna; nadie pasa por ellas; nada rompe el silencio.

Y si llegamos hasta la plaza, la encontramos espaciosa, desierta; en el centro gorgoritea el agua de la ancha acequia que la atraviesa; a una banda se destaca la Catedral medio derruida; de sus tres naves, conserva solamente la del centro; no se derrumbó por estar afirmada por arcos de piedra; también está erguida casi toda su torre de adobes con su campanilla. De las otras dos alas edificadas de adobes y formadas por 15 capillas dedicadas a la veneración de los santos, quedan restos informes, pobres imágenes quebradas y sólo medianamente en pie aquella dedicada a San Antonio que había sido una de las mejores y más suntuosas.

El palacio de los gobernadores que lo habitaba don Martín de Mujica, el de la Real Audiencia y el del Cabildo, construcciones de ladrillo y de dos pisos, están completamente desmoronadas. ¡Y eran el lujo de la ciudad!

La visión de tanta ruina da la idea que es inmovible lo poco que ha quedado de pie. ¿Se podrá imaginar una tristeza más honda y descorazonadora que toda la que siente este pueblo después de este cataclismo?

Avanzando siempre por el lado de la iglesia y frente a la plaza, se descubre el primitivo cementario; está casi completamente en ruinas la pequeña ermita que le servía de entrada, pero ha quedado levantada su cruz de madera casi sin labrar, a pesar de estar desportillado el tapial que la sostiene; a su derecha se ven los muros en pedazos del caserón solariego del obispo Villarroel.

Si seguimos avanzando hacia el sur, observamos los esquinazos desmoronados, las tejas saltadas, los paredones derribados, las solanas dobladas. A una cuadra de la plaza, una ancha extensión de campo, en medio de lo que antes estaba construido, está cubierta de piedras grises, de muros rotos, de



vestigios de cimientos: un páramo de escombros donde antes había habido viviendas.

A medida que observamos nos compenetramos más de esta soledad que ha traído la destrucción. A ratos parece que se ha solidificado el reposo. Tendríamos que acercarnos a los muros agrietados de un convento para oír murmullo de rezos. A lo lejos se siente el deslizarse del caudal de las aguas. Ya el río no se anuncia a las criaturas ofuscadas con esa frescura y buen augurio que hacía pensar en campos ubérrimos, sino que ahora su murmurio ronco tiene sentido de catástrofe.

Ha ido cayendo la tarde. A esta hora más triste es la visión de lo que dejó de ser tal cual era. Las sombras nocturnales, al extenderse sobre la villa, la cubren como otro duelo.

Para recibir en una forma más completa la sensación de paz, de abandono inmisericorde, de temor y de horror en que estas gentes han quedado sumidas, volvemos junto a su iglesia mayor, junto a su plaza, junto a su cementerio, y nos detenemos allí un breve instante. Tras un pequeño tiempo de contemplación, nos abruma la tranquilidad inmutable de todo lo que nos circunda, inquietud y estupefacción que se presienten en las almas frente al firmamento infinito, mudo y trágico y a la cordillera lejana e inaccesible.

En el cielo ceniciento, lívido, opaco, hosco se ha abierto una ancha grieta que esparce una radiante claridad. ¿Un nuevo signo de destrucción? ¿Una señal de lo alto? ¡Horror sobre horror!

Surgen por esta grieta vislumbres rojizas del crepúsculo. La gente mira al cielo absorta, arrepentida, trémula, gemebunda ante el extraño signo que la imaginación tiñe de siniestros presagios.

Y nosotros que sabemos del terror pintado en los rostros y del cielo plumizo y frío, nos contagiámos y comprendemos la hendidura que ha hecho este dolor en las almas al ver en ruinas este pueblo joven ni con un siglo de existencia.

Luego, volviendo la mirada en torno de la iglesia, del palacio derruido y del cementerio, tropezamos con el follaje obscuro, tenebroso, funerario de dos cipreses, los primeros que exornan sencillamente este lugar y dan sombra a estas rústicas tumbas.

Echamos, en derredor de la plaza, sobre estos restos, una última mirada; ya las sombras de la noche están cercanas; pron-

to la queda redoblará el silencio y hará herméticas las horas obscuras y tenebrosas; las campanas de las torres que quedaron levantadas o pueden hacerse oír, dejan caer sobre el poblado sus trémulas vibraciones que hablan de oración, de ruego, de súplica... Pero son los cipreses, perfilándose en el crepúsculo de junio, por sobre el muro ruinoso adosado a la capillita, los que completan la impresión...

## SANTIAGO, UN GRAN CLAUSTRO

### LA RELIGIÓN, MÓVIL PSICOLÓGICO DETERMINANTE

A medida que avanzamos en la reconstrucción de estas épocas distantes, se animan los cuadros y se vivifican las imágenes del pretérito, y pasan por nuestra mente una tras otra. Es así como llegamos a la época en que Santiago entero es un gran claustro; no se oye más murmullo que el de los rezos; no se entonan más himnos que los religiosos. Ha contribuído a ello poderosamente el terremoto de 13 de Mayo de 1647 que vino a dar mayor terror a esta gente que vivía en continuo temor del castigo del cielo. La ciudad entera es ahora una vasta sepultura, y en cada casa, convertida en santuario, se ora y se reza en el oratorio que cada cual ha hecho construir, pareciendo poco aún el templo cercano a cuya sombra se cobija la mayoría de las viviendas santiaguinas.

La religión en estos casos es un consuelo, pero no un esparcimiento del que está sereno y libre de preocupaciones, sino del tímido y atormentado. Una obra de arte simboliza toda esta época: el Señor de Mayo. Continuamente en su altar se encienden luminarias de fe y de amor, a más de dos velones que deben arder perpetuamente, según disposición de doña Catalina Lisperguer.

La devoción por esta imagen adquiere límites inauditos. Parece que fray Pedro de Figueroa al esculpturarla en 1606 se hubiera adelantado a la época en que es el símbolo de todo su sentir. El gesto de sombrío dolor que puso en ella está de acuerdo con el concepto ultraterreno de este tiempo, basado en el temor y el sufrimiento y no en el ensueño y la bienandanza.

El Señor de la Agonía que, desde el horrible terremoto de Mayo, es el protector de estas techumbres, muy fáciles de sacudir con brusquedad, está pues, más unido a este período que a los demás; porque representa el espíritu lúgubre y aterrador que preside las concepciones religiosas. Su mueca de sublime tragedia en el trance final es una expresión del sentir que tienen de la vida los que viven en estos años, o sea el pensamiento constante de la muerte. La obra en sí, inspiración de doloroso y atormentado amor, da un deseo imprevisto de religioso fervor que, en esta época de temor a lo sobrenatural; se acentúa con creces y se expresa en forma de rigores ascéticos, de maceraciones y austeridades.

Nuestro pueblo está en su infancia y como tal pasa por los sentimientos que tienen todas las sociedades en su desarrollo: es supersticioso y fanático a consecuencia de su ignorancia. Su impotencia le hace anonadarse frente a sus desgracias y ver en todo signos inequívocos de destrucción y castigo. De aquí el terror de vivir en el mundo y el fervor temeroso con que se pueblan los claustros en deseo de congraciarse con la Divinidad. Es el tiempo en que hay mayor número de religiosos. Antes de nacer los hijos muchas veces ya están destinados al sacerdocio: las niñas han de vestir un día el cándido velo de las novicias y los hombres, traje obscuro y las doradas dalmáticas de los sacerdotes.

Las mujeres, sin una vocación mayor que la que les proporciona la influencia de su época, vagan por los claustros sostenidos por grandes columnas que son troncos que nunca florecen, pensando, sin nostalgia, en el hogar abandonado y que apenas han conocido.

Hay algunos colegios para las pre-novicias, tal el de las Agustinas. Allí viven transidas de éxtasis místicos; desfallecen en amor divino ante los sencillos y enflorados altares. El pío de los pájaros en las huertas se une a las dulces y severas cadencias de la espineta que acompaña las voces juveniles. Luego, después de este escape un tanto festivo, retorna la monotonía de los rezos, de los salmos y de las ensoñaciones.

Es una época de abstracciones religiosas, dentro y fuera del claustro, aunque a veces para hacerlas comprensivas se expresan en símbolos materiales, nutridas por las pláticas de los monjes y por los largos soliloquios en las horas de labores

y oración. Producto de este estado de ánimo son muchas santas e iluminadas mujeres que se precian de tales y que los demás, asimismo, le dan esta nombradía.

Los monasterios no sólo cobijan a personas con léticos ensueños de amor divino, sino también a aquéllos que los sufrimientos dados por el mundo, los hace huir de él. Las celdas no representan únicamente la vida ordinaria de Santiago en este período, sino que son también partícipes de un drama. A cobijarse bajo sus muros van los que llevan un anhelo imposible a buscar la compensación y la paz que les niega este mundo, al parecer, tan plástico y sereno.

Otras veces ni el convento mismo se escapa a los contratiempos mundanales y hasta él llega la inquietud de la vida, del mismo modo que llega a los oídos el ronroneo del colmenar cuando se está a corta distancia de él. No siempre son, pues, el remanso de ensoñación y paz en la intensidad deseada, aunque desde fuera susciten el anhelo de vivir bajo sus muros protectores y se presienta que allí únicamente está la serenidad, el consuelo de toda pena y la alegría espiritual. Este sentimiento alcanza hasta a las casas vecinas de conventos o iglesias, pues éstas tienen un mayor valor sobre las que están distantes por la unción que les da el lugar religioso contiguo.

Los grandes conventos proyectan sus sombras en la ciudad, sombras que la llenan de ambiente silencioso y triste, y predisponen el espíritu a meditar y a ahondar en lo de más allá de los límites de la existencia.

La muerte corporal y la vida del alma son la constante preocupación y antes que alentar para vivir, viven para alcanzar el bienmorir. No es raro, entonces, que con esta visión de tristeza que todo lo empaña, que la muerte esté señalada con el más fúnebre color. Los responsos, la aspersion, los cantos de las cofradías, las lúgubres teas de cera custodiadas por mujeres gemebundas, la mortaja, el tosco ataúd clavado a martillazos; y junto con todo esto los agüeros, las sospechas, los comentarios del purgatorio y del infierno, de su buena vida y de su santo terminar hacen de la muerte una especie de fantasma que vaga por días y días donde ha sucedido el episodio fúnebre. Pasan las horas y traen un relativo alejamiento de ello, pero no falta una persona imbuída de su presencia que lo recuerde: «Ha estado aquí la muerte; no lo olvidéis.» Brotan estas pa-

labras en momento en que alguien, que recobra su ánimo, se deja llevar de alguna ligera alegría que queda inhibida inmediatamente.

En la época anterior había sido el egoísmo el que les negaba a las personas la expansión de sus sentimientos; ahora es el temor al castigo divino y el pavor que inspira lo que está sobre las humanas fuerzas.

Todas estas ideas tienen un significado social de inmensa trascendencia. Temerosos del fuego eterno, olvidan a los demás seres por beneficiar a su propia alma, y viven en un ambiente de tristeza y de poquedad. De allí que, mes a mes, durante la medianía de este siglo, no se oiga más que misas por los muertos, y las campanas no toquen a júbilo, sino a responsos. Los «dobles» de cada día forman gran parte de la campanera sinfonía matutina.

Cada templo, ermita o santuario enciende en los lugareños fiebre de perfeccionarse y las pequeñas torres, pobres, sencillas, tímidas de elevarse, quebrantan el cielo como símbolos de fervor, y una cruz en el extremo indica que en esta tierra ya se ha entronizado en definitiva el símbolo de los cristianos.

Las preocupaciones esenciales también están en relación con el sentimiento fanático-religioso y son las preferencias eclesiásticas, las rivalidades de las autoridades y las fundaciones conventuales.

No debemos olvidar, para comprender mejor estos móviles y afectos, que estamos en aquel mundo de emisarios del Santo Oficio, de oficiales reales y capitanes generales, de expedientes y órdenes que llevan un sello monárquico. Corren los tiempos de Felipe IV. A través de lejanos virreinos vienen las noticias de España. De allende los mares vienen también los priores de los conventos y los gobernadores de esta tierra. Don Juan de Henríquez es el último que ha sido enviado. Y él, como todos los que lo secundan, propicia la construcción de monasterios y la reedificación conventual.

Todos estos personajes y sus hechos, no muy variados y sujetos a normas fijas, contribuyen a destacarnos el escenario de su época.

Los días se alargan monótonos, eternos en la repetición cotidiana y en la intensificación de la piedad ardorosa.

Entre estas semejanzas de días sempiternos sobresalen aquellos dedicados a conmemoraciones religiosas; en los cuales hay procesiones que salen de los conventos en homenaje a los santos de la orden. Entre todos se destacan los de Semana Santa. En ellos se siguen los pasos de Cristo a lo largo de la Vía Crucis.

Las primeras emociones recibidas en la vida de todo ser humano son, pues, las que producen estos asuntos sagrados. Todos van a los oficios religiosos llevados de su gran piedad y atraídos también por la imponencia de los templos que, aunque sencillos, son muy superiores a sus pobres moradas. Les atrae también la elocuencia y solemnidad de las ceremonias litúrgicas. Generalmente se exageran las formas externas del culto en deseo de poner una mayor expresión real delante de aquellas almas sencillas e ignorantes. Aspiran con deleite aquella fragancia que viene de los pesados incensarios humeantes como hogueras; se extasían ante las bellas imágenes resplandecientes de santificación; escuchan las armonías de los cántos y los coros, y vuelven a sus moradas de bajas paredes, disminuídas por la visión de bastante mayor altura del claustro cercano, con el descontento de no poder pasar todo el tiempo cantando los fervorosos salmos. Y así siempre. El espíritu religioso alienta en todo momento a los pobladores de esta ciudad, hechura de claustro, que, cual un cuerpo vivo, late y vibra, aunque con lentas pulsaciones para entregar toda su energía, su fe, y esperanza a la gloria de Cristo. Este es, pues, el sello predominante del siglo XVII y con él quedan señalados hasta sus detalles.

#### ASPECTO DE LA CIUDAD Y DESARROLLO URBANO-ARQUITECTÓNICO

Hemos querido dibujar con rasgos suscintos y escuetos, pero expresivos, la personalidad psicológica de los santiaguinos en esta época; es necesario que penetremos ahora en sus mansiones y veamos la relación que éstas tienen entre el frontis y su fondo y el nexa que hay entre los sentimientos y la arquitectura.

La piedad ardiente de criollos y españoles se prolonga, en este tiempo más que en ningún otro, en ermitas, iglesias, monasterios para hacer de ellos preciosas arcas que habrían de conservar las pocas joyas de nuestro arte colonial. Estofadores, pintores y forjadores las llenan con su arte en el que cada cual pone todo su empeño.

Monjes, legos y hasta moros confesos y judíos conversos que llegan a buscar la paz en extraña tierra, son los maestros mayores, alarifes y «maestros de jometría» que construyen y reconstruyen por este tiempo nuestros templos iluminados por devota inspiración; dan vida en la apacibilidad claustral a la sencilla transformación histórica que tienen las formas constructivas españolas, especialmente el plateresco, en tierras del «nuevo extremo».

A Santo Domingo, aunque lentamente como todo en estos años, se le coloca, día a día, ladrillo sobre ladrillo hasta obtener tres naves de este material.

En San Francisco se hacen pequeñas refacciones, pues no necesita de más: se había mantenido erguido durante el gran terremoto.

San Agustín, iglesia muy modesta en 1647, toma vastas proporciones de grandeza.

Más rápidamente que las demás se repara la Catedral y con esto se da impulso a otras construcciones.

Al mismo tiempo que se consolidan estas fábricas, se construyen colegios y recoletas. Muy principal entre éstas es la franciscana situada en la Chimba, porque imprime un carácter nuevo a todo este barrio muy insignificante entonces.

La iglesia de esta Recoleta comienza a elevarse en medio de pequeñas agrupaciones de modestísimos caseríos frente a una plazuela en la que hay un ciprés y algunos espinos. Es para este lugar una luz de esperanza, de fortificación y de fe. Mediante su influencia se logra la construcción de un puente sobre unos tajamares, cuyos cimientos los había levantado Jinés de Lillo a principios del siglo, y que el presidente Henríquez logra hacer terminar.

El barrio sub-urbano de la Chimba adquiere algunas proporciones, pues este nuevo lugar de oración lleva de este lado a hacer peregrinación o a «cumplir mandas» a innúmeros devotos que tiene la nueva Recoleta desde un comienzo.

El colegio de San Diego, ubicado en lugar muy principal de la Cañada,\* es otra fundación de este tiempo. Su situación allí da desarrollo e impulso a esta arteria urbana.\*\*

sidad de Chile.

\* La manzana que ahora tiene la Univer-

\*\* Más tarde recibe el nombre de San Diego cuando ya no existía ni el colegio, ni el claustro, ni la iglesia.

Pero donde se hizo más visible la irresistible inclinación de los espíritus al misticismo es en el desarrollo de los monasterios de reclusas. Se destaca entre éstos el «Real Monasterio de Nuestra Señora de la Victoria». Está ubicado en una manzana anéx a la plaza y junto a una iglesia espaciosa de su propio dominio. Estas «monjitas» dan su nombre a la calle y son queridas a juzgar por el diminutivo con que se las nombra.

Santa Teresa de Jesús, la mística española, ha sido recientemente canonizada y gana en tierras de América innumeradas adeptas a la Orden por ella fundada. Se hace sensible también en Santiago su influencia, y el Presidente Garro propicia la construcción del Carmen «alto», secundado por Francisco Bardesi.

Este claustro adquiere también una capillita muy humildé.

La aldea tranquila y devota, que es por estos años la capital del Reino de Chile, ve poco a poco levantarse una tras otra estas moradas de fe y recuperarse las espaciosas fábricas de la destrucción con una pausa y con una lentitud increíbles dada la intensa religiosidad.

Por estos días de 1651, 1668 o 1682 el tiempo no se mide por los grandes relojes de las estaciones de los ferrocarriles, cuyas agujas avanzan por sacudidas bruscas, sino más bien por el horario de aquéllos diminutos en los cuales el movimiento es casi invisible. Continúa el tiempo en su devenir inexorable; pasan los días, los meses, los años, pero para esta ciudad, hecha de calma, todo sigue igual aparentemente. Al parecer, nada cambia entre un día y otro, entre un mes y otro, pero se sabe de su avance y de una actividad callada, silenciosa, porque un nuevo grueso maderamen tiene Santo Domingo o La Merced, y las plantas que ayer estaban en germen, aparecen brotadas.

Lento, imperceptible, monótono es el ascender del tiempo o descender en estos años posteriores al gran terremoto (¿qué sabemos de la línea que traza?) y podemos compararlo a un trazo compuesto de puntitos sin dimensiones que sigue formándose secretamente, en forma activa, sin soluciones de continuidad, pero sin influir sobre el espíritu de los seres y de la ciudad toda.

Lentas, como todo lo de este momento, graves, solemnes caen sobre el poblado ingenuo y timorato las campanadas del



primer reloj, construído por estos años sobre la torre de la Compañía, y pretenden hacer la separación ilusoria en esta línea del tiempo de prolongación ilimitada. Pero no logran, marcando el avance de las horas, inquietar a los serenos colonos, sino es en ansia de acercarse más y más a Dios a medida que se creen llegados a su fin terrenal.

En medio de este espíritu de piedad y recogimiento que pesa sobre el poblado, los sones metálicos destruyen el silencio de tiempo en tiempo. Los producen los martillos sobre los clavos que afirman la viguetería y los maderámenes de las recoletas y conventos que abarcan cuadras y cuadras. Son ciudadelas de santificación en las cuales se pretende el reino del espíritu sobre la materia. Se asientan sobre columnas de piedra labrada en nuestras canteras, columnas que son los arranques de los arcos de medio punto que tanto se prodigan en esos largos corredores, inspirados en los viejos solares castellanos. Ellos dan a los anchos patios claustales sobriedad que llama al silencio y a la disciplina. Su aspecto más significativo parece concentrarse al atardecer, momento en que se tiñen de penumbra; las sombras de las columnas se alargan infinitamente y los pasos lentos de los monjes — vestidos con un pardo sayal, con toscas sandalias y con un breviario entre los dedos y el espíritu más allá de lo humano — resuenan con ahuecado son.

Los arcos de medio punto son una especie de símbolo del sentir monacal de la época y, dispersos fuera de los monasterios en innúmeras construcciones domésticas, convierten la ciudad toda en un recinto conventual. Uno de los lugares en que se ostentan, con cierto lujo, es en el costado sur de la plaza en donde hay algunas tiendas bajo los pilares de cal y ladrillo que forman los arcos. Entre ellos se destacan el de la esquina de la calle de los Mercaderes\* y el de la esquina de San Agustín.\*\*

Las iglesias y los conventos son los monumentos de la ciudad y los únicos lugares públicos de reunión. Su arquitectura, en esta era de reconstrucciones, es aún muy simple, y los artificios que los habían engalanado no han sido reconstruídos. De todas maneras tienen suntuosidad y lujo en comparación

\* Calle Ahumada.

\*\* Calle del Estado.

con las demás construcciones. A través de ellos surge el alma de esta sociedad herida en sus fibras más íntimas por el sentimiento del miedo, el terror y el castigo del cielo. Los seres que la forman están poseídos de un espíritu de debilidad e impotencia, de timidez, de temor a lo sobrenatural: todo lo cual los empequeñece. En relación con ellos, con su sentido y tono de la vida, con la conciencia absoluta de la humana insignificancia de que están imbuídos, se hallan grandiosos los templos, los claustros inmensos, las celdas innúmeras.

Todos estos complejos explican el que estos seres dediquen los templos para pasar en ellos gran parte de sus días sin importarles sus casas ni la construcción de éstas, cuya edificación después del terremoto se reduce a hacerlas siempre de simples adobes; algo más firmes — eso sí —, pero de una sencillez rústica; siguen temerosos de verlas doblarse por nuevo terremoto. Así es que puede decirse que conservan en gran parte el aspecto que tenían: cubren las tejas los anchos murallones. Muy pocas son aún las de cal y ladrillo y logran destacarse de entre las demás junto con los palacios de Gobierno.

Un lujo que se introduce por esta época son las rejas de fierro, pero sólo las mansiones más suntuosas se adornan con ellas. Estas rejas son de una sola pieza, aunque forman innúmeros dibujos, porque sus elementos son soldados a la fragua entre sí.

Si a través del zaguán se penetra en una de estas casas, se encuentra que en ella se destacan el oratorio y la cuadra. La primera de éstas es una pieza que se crea con posterioridad al terremoto para tener un lugar especial dentro de la vivienda destinado a rezar el rosario y las novenas de cada mes. En él se venera la imagen de los santos preferidos y el principal lugar lo ocupa el altar en el cual a veces puede decirse misa; estos altares toscamente tallados son generalmente una imitación del retablo mayor del templo más próximo o preferido.

Como se ve, no sólo es mística la influencia de la iglesia. Sus motivos y ornamentaciones adornan, por imitación, las habitaciones y el frontis de los edificios; en éste hay decorados y estilizaciones tomadas de un púlpito, de un confesionario, de una cúpula o del retablo mayor.

Otra pieza privada dentro de la casa es la cuadra; ésta tiene los derechos del oratorio cuando no lo hay y pasa a ser el

templo del hogar. Se penetra a ella con solemnidad y dentro debe tenerse cierta compostura y recogimiento religiosos. Para que éste sea más evocador de un santuario se le adorna con alguna tosca imagen de bulto o con cuadros de arte quieto de gruesa pintura. Sobre la mesa principal, entre las rinconeras, se coloca el zahumador de plata, de allí el olor a incienso que se mantiene en estas piezas de ordinario poco ventiladas. Al penetrar en ellas se siente además cierto hálito de frescura y humedad.

Las cuadras son, generalmente, estancias espaciosas con escasos muebles y éstos colocados con rigurosa simetría y orden, según un modelo establecido como perfecto; a nadie se le ocurre darse el gusto de variar algo ya demasiado estereotipado. Estas cuadras revelan el ceremonial y etiqueta de la época y la falta de gustos personales o bien una personalidad y un gusto generales y colectivos.

Las calles que pasan frente a estas casas se alargan en una luenga soledad monástica por la ausencia de edificios y por la presencia de anchos paredones únicamente; su silencio produce extraño sopor; son polvorientas y con calzadas empedradas con guijarros del río. La mayoría no están empedradas. Las acequias, como en el tiempo en que molestaban al Padre Ovalle por los continuos charcos que formaban, siguen a cauce abierto en medio de la calle y como otrora también se rebalsan.

De trecho en trecho un estribo afirma el murallón a otra parte principal de una fábrica, ya ésta sea iglesia o morada humilde; se destaca el de la esquina y en esta colocación abundan para darle más firmeza a los ángulos y también para defenderlas de los golpes de las carretas. Delante de las esquinas se coloca con este mismo objeto un macizo de piedra.

La pieza de una esquina sirve, por tener dos puertas, para depositar y expender los productos de la hacienda o de la chacrita.

Si de camino por sus calles se llega hasta la plaza, se encuentra que ésta también tiene una nueva adquisición: una hermosa pila que trae al vecindario el espléndido beneficio de las ricas fuentes de aguas naturales que abundan en las cercanías, pero, cuya agua, posesión privilegiada, había que ir allí a beberla. Hay otras dos más: la una está en las Claras, la

otra, en San Francisco. La pila de la plaza, además, en los cálidos días de verano refresca el lugar y las calles adyacentes.

Esta ciudad poblada de claustros, de calma y de silencio, de límites urbanos muy reducidos aún — pues detrás del cerro Santa Lucía sólo hay alguna callecita angosta, tortuosa y asimétrica que se cruza con algún camino vecinal—, empieza a perder su modestia en el último cuarto de siglo en el sentido de que muchas puertas se engalanan con el tosco mojinete, y las ventanas de las casas más suntuosas se adornan con un balcón en que aparecen los maderos trenzados en forma de bizcocho combinados con balaústres torneados. Este es, aplicado a la arquitectura doméstica, el más perfecto hecho en madera hasta este momento.

El mojinete, por su parte, indica que los colonos empiezan a desprenderse de la idea que el cielo había de ganarse sin orgullo y vanagloria. Colocado ya algún tiempo atrás en las primeras mansiones de «nobles», adquiere en este tiempo alguna profusión debido a que aumenta la adquisición de blasones y a que aquellos que no los poseen también gustan de adornar su frontispicio con él y colocan allí en una urna el santo protector de la familia. En el primer caso los lados del triángulo que forman el mojinete, cercan un escudo que representa unas armas que sus poseedores nunca han esgrimido.

Al finar el siglo Santiago tiene, pues, el orgullo de sus mojinetes. Los techos encorvados achatan las casas y les dan un conjunto de pobre apariencia del cual sobresale este festón triangular de madera.

En este ambiente y sobre este escenario vemos traficar a dos tipos muy peculiares. Uno de ellos, el buhonero o trocador de estampas, tiene pasos cortos y hablar gemebundo. En las procesiones usa traje de penitente. Conoce todos los santos que pueblan la patria de los bienaventurados y sabe qué es lo que concede cada uno de ellos, qué es lo que más le agrada que le pidan. No ignora, por ejemplo, que San Benito evita que produzcan efecto los malos deseos que se tienen para con algún prójimo.

De tanto hablar de asuntos ultraterrenos, su faz y sus gestos tienen una expresión no material; hay en ellos algo así como un beatífico resplandor. Es un producto de esta época de

claustros y de monjes, de milagros y de santos, de éxtasis espirituales, de fervientes penitencias y de revelaciones.

Más de acuerdo con las necesidades materiales está el aguador, otro de los personajes típicos. Nace muy luego de colocarse la pila en la plaza. Diariamente parte de este lugar con sus enormes barriles de agua fresca. Es popular y característico y llega a ser a poco de su aparecimiento un personaje que integra necesariamente la visión de estas calles en determinada hora cotidiana.

Marcando los pasos ya del buhonero, ya del aguador, está el tic-tac del reloj jesuíta, diciendo siempre a estos colonos que el tiempo ya ha dejado de estar en reposo para ellos. Señala, asimismo, sus alegrías y tristezas; a unas y a otras les da la campanada final; muchos se quedan atrás, y él sigue marchando con su tic-tac impasible, inexorable. . . .

## UN JUEVES SANTO EN EL SIGLO XVII

Días sacros de Semana Santa. Un jueves del año 1655, 1673 o 1692. Las 3 de la tarde, o sea a 24 horas del momento funerario de recordación de la expiración de Cristo. Silencio lúgubre de oración hasta este momento en que empieza a oírse por todas partes el pavoroso alarido de los penitentes, los golpes de las disciplinas de rosetas y el movimiento de todos los que van de iglesia en iglesia. La mayoría de ellos llevan cordeles con algunas espinas grandes en la punta que han sido arrancadas a los naranjos del huerto. Se azotan de tiempo en tiempo, ya rítmica, ya descompasadamente.

Estas amonestaciones coinciden o se alternan, produciendo una nota sostenida de clamor, con el lúgubre canto de los frailes y de los gremios; a todo esto hay que agregar los gemidos y sollozos de las mujeres que, seguidas de su servidumbre — mulatas e indias — van de un templo a otro a hacer las estaciones, renovando aquellos lugares en que Jesús se detuvo en el camino sobre el Monte Calvario.

En las calles, y siempre camino de las iglesias, se cruzan estas procesiones de penitentes con las de sacerdotes que exhortan al pueblo a una mayor penitencia y al arrepentimiento.

Los semblantes se ven transfigurados por la piedad religiosa; las muecas de dolor contraen los rostros demudados.

Si alguien no siguiera esa corriente de fervor, su actitud parecería descomedida y extraña. Se le consideraría la personificación de un demonio. Pero, por un momento, podemos distanciarnos del tráfago procesional con el objeto de observar más.

Desde cierta atalaya vemos que los grupos no son heterogéneos. Van muchedumbres de plebeyos unidos bajo la advocación de alguna imagen. Separadas van las cofradías y asociaciones de nobles.

Las diferentes castas de esta sociedad nueva ya aparecen desligadas en las funciones religiosas.

Este movimiento continuo, este ir y venir no cesarán ya ni por un momento hasta la media noche. Se ve que cada cual marcha presionado por un fenómeno de psicología colectiva que influye en sus determinaciones y actos. Cada uno aporta su sentir fervoroso al grupo, intensificado a su vez recíprocamente por el de todos.

Algunos se aíslan de la multitud para exagerar el martirio de la carne pecadora; están poseídos de fanatismo heroico que desfigura sus facciones y les imprime muecas de locura.

La ciudad, antes dormida e inmutable, tiene en esta tarde de jueves «santo» tráfago que parece constantemente renovado. Desde una distancia cualquiera se oye el piadoso clamoreo que concreta en forma auditiva el ansia infinita de rezos y súplicas y de manifestar las culpas cometidas. Pero, por el hecho de tener muchos el mismo deseo, nadie se ocupa de las ajenas en afán de decir las propias.

Adondequiera que se vaya se encuentran los mismos lutos y crespones. Y a pesar del febril deambular, el ambiente está ceñido por una atmósfera de soledad, soledad y asentimiento que cada uno lleva en su alma.

A cada momento se intensifica más el dolor de haber pecado, y el deseo de hacer penitencia y expiación hace realizar sacrificios que produzcan mayor martirio. Extenuados y sudorosos los congregacionistas y cófrades sacan, no obstante, bríos de su flaqueza y cansancio.

A medida que la noche apaga las suaves luminarias del crepúsculo, este «jueves santo» de abril, cobijado ya por un otoño opaco y griseo, todo en conjunción solemne con los días de recogimiento y penar conmemorados por la iglesia, se pone más lleno de aspecto lúgubre que se transmite a todo y a todos.

Las horas ya nos aproximan a la media noche, y aún no cesa el clamoreo, el llanto, la penitencia y el ir y venir de los viandantes. Empero, de repente, los grupos antes dispersos y contrarios, como cogidos por un alud, van en dirección a la iglesia de la Merced.

El templo se destaca en la opacidad de la noche oscura, escasamente iluminado por uno que otro farol de sebo y algún hachón encendido, con aspecto tétrico y amenazador. Su porte grandioso se empina sobre las otras casas de muros anchos y chatos y sobre su convento y sitio adyacente, también bajos. Sus torres adquieren enorme prolongación en el tenebroso espacio apagado por las nubes.

De repente, la muchedumbre muy apretujada ya junto a la Merced, que en ese momento tiene aún más severo continente, ha caído en postración solemne. Son las 12. Las puertas del templo se han abierto con formidables crujidos. Nadie ha dejado oír el más leve de ellos. Han semejado, por un instante, que eran las puertas de la noche que se abrían en el tiempo para dar paso a una luminosa claridad, precursora de voces que modularían el más severo de los juicios. Pero nada de eso ha sucedido. Un espectáculo más funerario, más doloroso, más cruento que los que ya hemos presenciado, va a verse desde este momento. Es la procesión de la Vera Cruz que saldrá de este templo que ahora con su gran puerta abierta deja ver sus magníficas bóvedas, apoyadas en dos órdenes de arquería, y algo de la suntuosidad interior que, en lejanos tiempos, ayudó a poner allí Rodrigo de Quiroga y que todavía perdura en parte. A los pies de los altares arden trémulas, pálidas, vacilantes, tenues luces, y todos fijan sus grandes ojos desencajados en el semblante fraterno del Nazareno moribundo.

El fúnebre y lúgubre cortejo va a comenzar, y todos se aprontan a participar en él. Los sesenta y cinco cirios alumbrantes,— pues éste era el número establecido.— ya han sido repartidos entre los religiosos y los nobles. Ellos inician la procesión que en la noche lóbrega adquiere caracteres singulares de hórrido verismo. El cuerpo de Cristo exhausto y martirizado descende hacia el sepulcro, de los brazos de la cruz. La gente llora y gime, y cada cual se considera causante del cruento dolor del Mártir del Gólgota. Todos marchan aterrados y arrepentidos, y nuevos grupos de penitentes se maceran

las carnes pecadoras. Las andas son llevadas por los miembros más destacados de esta sociedad, que son los que pertenecen a la Audiencia y al Cabildo. Todos con anterioridad han conseguido,— pues a grande honor tienen participar en forma activa en esta ceremonia,— llevar algún objeto de representación simbólica. De allí que entre los «copetones» estén repartidos la toalla que enjugó la frente de Jesús, los látigos con que lo azotaron, las candelas de la Virgen y cada uno de los emblemas de la Pasión. Entre los alumbrantes llevan un lugar de preferencia los que van junto al altar de la Madre de Cristo y que recuerda su «soledad». Pasan los pasos lenta y gravemente, al ritmo de un seco redoble de tambores.

Los demás, el pueblo en general, que ya han participado en otras procesiones a mediodía, van detrás de las andas: asisten, ahora, como espectadores y se azotan de vez en vez. Algunos van ceñidos con el místico disfraz de los Nazarenos. Con su mudo pesar contribuyen a dar el conjunto aterrador a esta fúnebre ceremonia de tan honda repercusión en los ánimos, en que cada cual ve descender al sepulcro el cuerpo del Redentor empujado por la incomprensión de los hombres; todos comprenden, asimismo, el dolor infinito de su Madre, simbolizado en ese altar que llevan los cofrades de la Vera Cruz.

«¡Pobrecito!»— suspiran las mujeres.

«¡Miren como está espirando!» «Y su angustiada madre, ¡qué cara tan dolorosa tiene al ver morir a su hijo!»

Y frente al altar de la soledad plañen:

«¡Qué solita ha quedado la Virgen!»

«¡Ay! ¡Parece que llorara!»

Entre nubes de incienso pasa el Cristo sangrante y escarnecido, tambaleándose en la alta Cruz, cuyos brazos, traspasados por gruesos clavos de plata atados con los del Cristo, semejan en cada mano llagas casi vivas.

Las mujeres sobrecogidas de religioso espanto, se arrodillan y alargan sus manos, ya en deseo de alcanzar los maderos de la Cruz, ya en actitud de súplica.

Todo este sentir, motivado por la visión casi real de los hechos, unido a la noche oscura, silenciosa, lóbrega, iluminada solamente por los velones de fosca apariencia que contribuyen a entenebrecer más las tinieblas; a los rezos agoreros de los oficiantes encapuchados; al toque insistente y cadencioso de la



matraca que se alza sobre el murmullo continuo de gemidos; a la voz de los confesores que llaman a la oración y a la penitencia; al conocimiento absoluto que cada uno tiene, bien instruido ya por las «misiones», de los pasos que Cristo dió en Jerusalem, y a la visión pavorosa y real de la muerte aciaga, hacen que éste espectáculo sea el más triste, funéreo y melancólico y de más intensa recordación entre todos los de esta Semana Santa colonial, renovada año tras año durante el siglo XVII con la misma vehemencia emotivo - religiosa.

## LENGUAJE DE LAS CAMPANAS

Ya ha alboreado el día. Tilín, tin, tin, tin han sonado finamente las campanas de las Clarisas.

Es un campaneó menudo, cristalino, tintilante que cae como gotas de rocío sobre el tenue claror del alba.

Tin, tin, tirín, tin han contestado las de las Agustinas un momento después.

Parece ahora que lágrimas de cristal se desprendieran de la gran comba perlada del cielo y trizaran las horas blancas del amanecer.

Estas mañaneras religiosas que comienzan los maitines con la primera luz del día, son las que más temprano dejan oír los sones vibrantes y claros de sus campanas.

Más bajito, más quedo, más solemne hablan un momento después las de las monjitas de la plaza.

Luego vienen sonoras y repiqueteantes las de Santo Domingo. No tienen mayor modestia las de la Compañía de Jesús. A éstas han seguido otras y otras. Parece que las unas despertaran a las demás hasta que al fin todas juntas forman una momentánea algarabía. A poco se hacen precisos, distintos y claros los sonidos de las unas y de las otras en medio del consorcio que aparentan.

\*

Así como éste amanecen los días coloniales: precedidos y anunciados por suaves y tímidas campanitas seguidas de grave y ceremonioso campaneó.

Los colonos oyen entre sueños, todas las madrugadas, estas campanadas melodiosas; a veces las escuchan como sonidos clamorosos; otras como melopea suave.

Pero no sólo tienen este lenguaje de amanecer. El oficio de las campanas es múltiple y variado. Puede decirse que forman parte importante en la vida de la ciudad.

Son oportunas y precisas para anunciar diferentes momentos del día. Los colonos acomodan sus afanes a los intervalos de tiempo que dejan sus toques.

Toman un sonido y otro ritmo según los varios oficios y funciones religiosas. Su expresión es variada y multisonora y se comprende perfectamente a poco de estar algunos días en esta tranquila y reposada villa. ¡Cuánta elocuencia hay en sus sones! Ellas contribuyen a que haya un sentir colectivo en el ánimo de los habitantes, y pueden estimarse como las mensajeras de las noticias ciudadanas.

—«Una campana suena a lo lejos. Dos... Tres... Son muchas las campanas que se oyen conjuntamente.»

—«¡Ah! Son las de la Catedral! Hoy hay allí entonces un óleo de sonada.»

Así comentan los sucesos los pacíficos colonos, cuyas transportadoras son las campanas.

Acompañados del esquilón de la iglesia matriz, nacen todos los potentados, por eso cuando se le escucha ya se supone que el bautismo es elegante.

Cada época de la vida de un ser humano tiene una ceremonia o sacramento que ellas señalan. Tañen o plañen sobre la quietud y monotonía de los largos días coloniales. Hablan con voz de eternidad, pero dan angustias y alegrías temporales. De su expresión depende el regocijo o condolencia de los vecinos.

Su lenguaje de bronce y hierro se hace suave y melódico cuando anuncia bodas o bautismos. El repiqueteo vibra anhelante y musical, y llena los ámbitos de refulgencias alegres; de sus vibraciones armoniosas se hace eco el viento.

A veces son mensajeras de himnos distantes y pueblan la imaginación de fantásticas ensoñaciones a dondequiera que lleguen atravesando el espacio.

En otras ocasiones tocan a júbilo, tal cuando hacen eco a las preces que se entonan en las procesiones. Y en su cam-

paneo envían bandadas de palomas que llenan el aire de místico alborozo.

¡Con qué contento resuenan cuando un rey nace o festeja su natalicio!

Pero no toda su expresión tiene sonido de encantamiento. Ya hemos dicho que saben también tornarse lúgubres y llorosas.

En conjunción con la congoja dolorosa de un ser que termina sus días, quedadamente las campanas anuncian, con remedo de oración, su fin próximo. Primero tres campanadas largas, clamorosas, tristes indican que el viático ha sido llevado al domicilio de un cristiano moribundo. Estas tres campanadas, queda de los agonizantes, contribuyen con su sonido lúgubre alargado en el silencio, a que los demás piensen en el tránsito de la vida a la muerte. Todos acompañan con su pensamiento al que silencia su voz para siempre.

¡Ay de la agonía prolongada! ¡Talán... talán... talán...! dicen, entonces, las campanas. Las mujeres rezan el rosario y las letanías de la buena muerte por el alma del agonizante; los hombres se aprontan para ir a su velorio y a su inhumación.

No es éste, sin embargo, el quejido más triste que tienen las campanas. Funestos tañidos piden al pueblo que ore por las almas de los que van a ajusticiar o ya han terminado su vida en la horca.

Momento de más cruento dolor aún es aquel en que indican que el obispo ha puesto en «entredicho» a la ciudad. Esto da pavor a todos. Lo difunden en primer lugar las campanas de la Catedral; en seguida continúan las de los demás templos. Todas dejan oír, en el mayor tono que pueden, lastimeros sonidos.

No obstante, no son estos últimos los instantes más repetidos en la vida cotidiana santiaguina sobre los cuales hacen su audición las campanas; más comunes son los en que, con su lenguaje de bronce y hierro, llaman con lético alborozo a orar en la serenidad del templo, a reconfortarse en el transporte místico de los cánticos, a zahumarse en el incienso quemado en los pebeteros argentados.

¡Qué época de silencio!

¡Cuánta grandilocuencia tiene la voz de las campanas!

## SIGLO XVIII. EVOLUCION SOCIAL

Para poner en evidencia este comienzo del siglo XVIII y medir sus consecuencias posteriores con relativa intensidad, es necesario detenerse un instante en el umbral de la era pasada y arrojar sobre sus días una última mirada.

Hecho esto, comprenderemos mejor el periodo que se inicia, pues el uno con el otro tienen esa trabazón lógica, necesaria, independiente de la abstracción ficticia de años, lustros y siglos.

La vida en la colonia es más o menos la misma desde hace 40 años. Parece que el tiempo hubiera sido tan abstracto, tan sutil que no hubiera alcanzado a influir con su existencia en el desarrollo material y moral de las cosas y seres.

Pero esta calma, esta inacción sólo se mantiene inalterable sobre nuestro Santiago en el primer decenio de este siglo. Caserío de modestas proporciones primero, va tornándose en ciudad con ímpetus de permanente superación. Empieza a aderezarse y a la par que el rumor de las plegarias y rezos se deja oír, llevado hacia afuera, desde los santuarios íntimos o desde las inmensas naves de los templos, el susurro de una vida nueva que tiene sus raíces españolas, pero sus flores y ramajes americanos, lo pregonan el ambiente.

Contribuye a ello el comercio de exportación con el Perú que trae dinero en cambio de trigo.

La riqueza ejerce su influencia sobre los ánimos, aun más que sobre las viviendas. En los espíritus hay alegría; con el aporte de cada cual resultan unas costumbres más amenas y un mayor afán de ornato y de recreación; se tiende a una relativa expansión comunicativa, eso sí, dentro de límites más o menos estrechos aún.

Una era de comparativa opulencia se inicia, pues, para la Colonia, de aquí la notoria y profunda transformación que se observa. Empieza en las costumbres esa amenidad que es el resultado del trabajo con fortuna. Influye también en ese cambio de las modalidades y del carácter lo francés interiorizado ya en este medio. Ello interviene de una manera muy decisiva en la gente colonial sumergida hasta entonces en la ignorancia y postrada en el abatimiento y el desconcierto en que sumergen los horizontes limitados. Los franceses con su

chispa y su ingenio avivan la imaginación y la mente de los colonos que es un campo estéril de ideas. La vida social se intensifica; se estila en las reuniones sociales una atención y una galantería fina y discreta; surgen los juegos de salón, los pasatiempos sociales y en los programas oficiales de festejos, a más de lo ya conocido y estereotipado, se agregan comedias autorizadas por Felipe IV.

Estos entretenimientos bulliciosos tienen honda repercusión. El cambio se hace muy notable en una sociedad antes tan conventual y monótona. Pero todo ello no quita que las preocupaciones continúen siendo íntimas; no pierden su carácter intrínseco. Las dificultades de comunicación con el exterior que siempre subsisten, hacen que los problemas de los colonos tengan todavía carácter muy particular y privativo. Siguen preocupados de sus propios afanes, y lo ajeno a ellos lo consideran algo tan lejano como de existencia en otro planeta terrestre, de allí que no le den la más mínima importancia.

A medida que el tiempo pasa y el siglo XVII se destiñe en el pasado con su lúgubre cortejo de fantasías, de calamidades y de infortunios, el monasterio también pierde su atracción y algo de su influencia. En su lugar surge el sacerdote que enseña desde su cátedra, el que hace propaganda social - cristiana, el evangelizador.

Aquel antiguo fervor por la soledad y la penitencia desaparece lentamente de los ánimos; entran a ocupar el lugar de aquellas ideas e impresiones otras, acaso, de sentido opuesto.

Las mentes empiezan a torturarse por resolver dudas terrestres y de progreso material.

El sentido religioso de fervorosa contemplación y éxtasis místico, en este siglo, se torna en un deseo de piadosa civilización y de mejorar en esta tierra en cuanto es posible el mal de los demás en una forma eficaz y activa, sentimiento que se sintetiza y se concreta en obras de beneficencia como la Casa de Recogidas. Se hacen también donaciones a los pobres o a instituciones benéficas: la virtud de la caridad comienza a poseerse.

Es en este siglo en que sufre Chile y en especial Santiago una transformación radical en sus antiguos elementos fundamentales como raza, como pueblo y como tradición, debido a la inmigración vasca. A los valientes y a veces ambiciosos

conquistadores que se hicieron encomenderos en los primeros siglos coloniales, suceden estos labriegos de Navarra y mercaderes de Vizcaya, hermanos de mayorazgos.

Con este conjunto vasco, que trae los fueros de su linaje, nace la verdadera sociedad de clase. La anterior no pudo considerarse como tal, porque pertenecían las generaciones que la formaban a una época flotante; eran, puede decirse, tras-humanantes como los rebaños en la tierra de la mayoría de los conquistadores.

La época toda era de cambio, de mutabilidad. Ahora, apaciguada la guerra de Arauco, hay una mayor fijeza, mayor estabilidad. El anterior había sido el período de adolescencia de esta tierra. Y si lo comparamos con un árbol, era aquel tiempo en que a éste se le ha puesto el muñón para que fructifique allí otra planta. El injerto español en indígena sólo ahora se afianza, por lo menos el orden de las cosas da ese aspecto.

La sociedad de otro tiempo estaba establecida sin organización y sin base; no pudo, por lo tanto, ejercer una influencia decisiva, además de ser en sí misma enteramente heterogénea y versátil.

Debido a la recompensa que obtenía alguno de los miembros de una familia por haber servido en las guerras o en la administración, adquiría cierta preponderancia e independencia económica para él y los suyos. Algunos las perdieron en medio del desarrollo y multiplicación del conjunto y otros logran mantenerla, formando la clase superior del siglo XVII y principios del XVIII. Cuando se establecen los vascos, es, entonces, este patrimonio el que entregan o defienden hasta afirmarlo junto al que ellos logran obtener.

Estas grandes familias oligárquicas del siglo XVIII — navarras y vascongadas — viene a la América por no poder soportar coyunda extranjera, y están la mayoría emparentadas entre sí, de allí su unión desde un principio.

Forman un grupo compacto amarrado tanto por la sangre como por la homogeneidad de hábitos, tradiciones y tendencias.

Luego, instalados aquí, trabajan con ahinco para enriquecerse y pronto las posesiones de los antiguos conquistadores pasan a ser suyas. Mediante un trabajo constante y una economía exagerada consiguen el patrimonio de aquéllos. Desde entonces las ideas caballerescas y desinteresadas de los con-

quistadores que aun se mantenían, comienzan paulatinamente a desaparecer.

Estos elementos nuevos que se incorporan en esta sociedad no definida, pronto logran hacerle entender a los demás su superioridad; tienen también un concepto preciso de la nobleza de su linaje, concepto que va infiltrándose en la sangre del uno a los otros. Y pronto para afianzar este concepto, mediante su dinero, obtienen títulos de Castilla o adquieren la posesión de mayorazgos. Las familias que logran un título ya consiguen una importancia social definitiva.

Con estos sentimientos y adquisiciones titulares comienza una separación muy grande de clases, separación que no había sido tan determinada en épocas anteriores. Ahora en toda ocasión ocupará el primer plano esta aristocracia basada en la oligarquía de la familia y del apellido que a menudo despreciaba el saber y el arte, según Vicuña Mackenna.

Todo esto, unido a influencias naturales de evolución y revolución sociológicas, determinó el ambiente especial que caracteriza a este siglo y que subsiste hasta mucho tiempo después de establecida la República.

## EVOLUCION ARQUITECTONICA

Durante el siglo XVIII hay varias modificaciones arquitectónicas. Este es el período en que las comunidades reciben algunos donativos que les sirven para reconstruir y adornar los claustros y templos. También la riqueza que trae a muchos la exportación del trigo, hace que se emprendan algunas construcciones; se restauren los edificios que el transcurso del tiempo había deteriorado; se reedifiquen aquéllos que no corresponden al lujo de la época, y se levanten nuevos en consonancia con el gusto reinante, llegando la arquitectura a tener cierto esplendor, no tanto por la calidad de sus obras como por el número de ellas.

De este siglo datan la mayor parte que, del período colonial, conservamos.

Las grandes casas siguen llamándose solares y por lo espaciosas dan el aspecto de quintas; la gran mayoría está cubierta de tejas lo que hace un conjunto gracioso. Aunque siempre

predomina el tipo de construcción ya descrito para otras épocas, hay algunos cambios que contribuyen a darle a la ciudad poco a poco una visión más variada.

Estos se introducen particularmente después de 1730.

Las nuevas construcciones, devastadas las anteriores por el terremoto de ese año, tienen balcones, aleros, mojinetes de forma nueva en la arquitectura santiaguina. Parece que la ciudad empezara a desperezarse y a sentir interés por los oropeles de las vestimentas elegantes, pues comienza a lucir algunas aparatosas fachadas de mansiones con escudos; las rectas calles ya no arrancan despobladas; se destacan en ellas los pretilos al aire, los portales y los balcones corridos cristiano-musulmanes, que ostentan algunas casas.

Este adorno, motivo ya usado en Lima e introducido en España por los árabes, daba un aire oriental a las callejas en que se prodigaba; era una especie de veladura sobre las paredes desnudas, un «charjaf» sobre el rostro. Aquí no se obtiene ese aspecto, como en algunos lugares de Lima, porque no hay profusión de ellos.

El alero volado, también de corte morisco, armoniza con el balcón en las construcciones que lo presentan.

Otra novedad, pero ya de la segunda mitad del siglo XVIII, es el color. Los tonos tétricos y sombríos se empiezan a cambiar por pinturas alegres, tanto en el interior como en el exterior. No hay duda que influye en este cambio el verdor de nuestras campiñas, el cielo muy azul y el color tan definido de las flores. Estos tonos, aunque tardíamente, matizan y suavizan el opaco y serio estilo español, y las murallas ocre, bermejas y pardas pasan a rojas y blancas. Los muros de las casas enjabelgados en contraste con el verde de las huertas dan un aire de frescura y comodidad opulenta.

Los patios de mansiones distinguidas se adornan con lozas azulejas; también éstas se colocan en los cupulinos de los templos. Otras veces la combinación se hace de ladrillitos rojos y blancos a imitación de los azulejos de los monumentos árabes. Este estilo de origen morisco, introducido aquí por esta época, influye más en los elementos decorativos que en las estructuras.

Empero, el elemento que adquiere especial difusión como adorno arquitectónico es el hierro. Antes algunos zaguanes y



ventanas estaban aherrojados, mas sin el arte de que ahora empiezan a disfrutar. En este tiempo las casas e iglesias presentan multitud de adornos de este material. En grandes cantidades llegan desde Vizcaya aldabones, cerrojos, boca - llaves, rodela, chatones, rejas y otros muchos elementos de hierro decorativo.

El lujo de las casas lo constituyen las cancelas, rejas bajas de los zaguanes, que dejan la visión del patio cubierto de plantas verdes y a veces de flores, con un alero y pilastras, con pájaros y enredaderas. El conjunto es perfectamente andaluz, aunque estas rejas, verdaderas obras de arte, sean importadas desde las ferreterías de Bilbao. Ahora los grandes portalones están abiertos, de allí que se pueda aprehender al pasar, a través de la verja, el encanto del patio.

Estas verjas son de planchuela y rizos batidos al martillo; forman florecillas en grandes ramadas con una atadura de lazos y cintas. Algunas son tan complicadas y finas que forman encajes de entrelazados haces de hierro. Otras tienen un múltiple trenzado que dibuja figuras simétricas que se repiten.\*

No sólo de Vizcaya son los mostrarios de herrería que hasta aquí llegan; también vienen en gran abundancia desde Castilla y Andalucía. De estos lugares son los que sirven de adorno en los herrajes, arquetas y baúles y los recios aldabones de las iglesias. Estos aldabones representan escudos nobiliarios, emblemas monásticos, entre otros asuntos.

Los mascarones de bulto muerden herraduras o argollas trenzadas o escupen un pequeño monstruo de lengua afilada.

En este siglo, siglo de cimentación de clases sociales, es cuando el escudo que atestigua nobleza, adquiere su marco más ornamentado. Los mojinetes del siglo XVIII son notables por su variedad y por sus adornos. En ellos se esculpen en piedra o en granito las armas reales, el casco de guerra de los caballeros de Oñate, las letras iniciales del Padre Nuestro o del Ave María, los símbolos de la religión, las virtudes en místicas alegorías y hasta los nichos de las imágenes de Quito a quienes veneran todos. Estas figuras representan gran parte de la historia de estos vecinos; nos revelan sus sentimientos religiosos, su sentido del arte, su fatuidad y su orgullo; en yeso,

\* Hemos contemplado rejas de este tiempo en una colección particular.

piedra y adobes están expresados su ensimismamiento y su vanidad.

El alero de dos aguas es muy común en las construcciones domésticas de esta época, y ha sobrevivido en las que de entonces nos quedan. Muy usado es también en este mismo tiempo la columna o pilar de ángulo; queda de ella su recuerdo en la Posada del Corregidor, y en la de Santo Domingo se mantuvo hasta que este edificio se destruyó.

Otras novedades de las construcciones son los estribos, los canes metidos y acuñados con llaves en la pared, los clavos de cobre y bronce en las grandes puertas. Estas además tienen los adornos costosos ya nombrados: mascarones, argollas, llamadores, etc., que poco a poco adquieren cierta profusión, dando la nota de arte sobre la tosquedad y llaneza.

Tanto en las puertas como en las ventanas se emplean luego maderas especiales y se trata de hacer con ellas una obra primorosa por sus adornos y entalladuras; adquieren así una nota arquitectónica bien manifiesta. Las ventanas de las mansiones suntuosas ostentan, además, las rejas de primorosos dibujos o balaústres de madera torneada. Sobre estas puertas tan aderezadas resalta el recio blasón.

Hacia el último cuarto del siglo el lujo o novedad en cuanto a construcción doméstica se refiere es «el altillo» o piecicita que se edifica ahora sobre el zaguán, y que le da a la casa, desde el exterior, una variedad y la hace aparecer como de dos pisos. Las casas de esta construcción pueden enmarcarse en un triángulo. Se conservan algunas, entre ellas la de la calle Santo Domingo esquina de Mac - Iver y la de la calle Huérfanos frente a la Plaza del Brasil.

En esta obra en la que hemos tratado de seguir la iniciativa y desarrollo del arte en nuestra colonia que, aunque pobre y distanciada del mundo poblado, no dejó de apreciar lo bello, de amarlo, de sentirlo y luego de crearlo, debemos nombrar a los jesuitas. En el tiempo que analizamos ellos contribuyen en mucho a su creación. Puede decirse que son los introductores de las nociones del arte; entre ellos hay notables artífices: usan el cincel con propiedad; diseñan los planos de sus colegios y conventos; enseñan a precaver las construcciones de los terremotos y a darles seguridad junto con belleza estética. Entre sus obras son notables el reloj, que ya hemos

nombrado en la época en que apareció, señalador del tiempo inexorable que en esta villa parecía detenido y el caliz \* y la custodia con que oficiaban en las ceremonias religiosas.

La ciudad está llena de sus obras arquitectónicas en la medianía de este siglo XVIII: iglesias, conventos, colegios, casas.

Sobresale entre ellas la iglesia de la Compañía por su riqueza y suntuosidad, el noviciado de San Borja por sus extensos claustros y jardines y la casa quinta de la Ollería \*\* que convierte en pequeña población un barrio suburbano.

Estos son los rasgos señaladores del arte constructivo en este siglo y se mantienen inalterables hasta la revolución que hace Toesca en la arquitectura santiaguina.

## MOMENTO COLONIAL

Talán, tin, tin, tan, suenan las campanas en los oídos de los vecinos de la villa de Santiago del Nuevo Extremo.

Es necesario precisar estos llamados. No es difícil; se oyen muy claros y nítidos. Es la campana grande de la iglesia Catedral, secundada por las otras dos pequeñas que tiene una manera muy peculiar de hacerse oír. Sus sonidos combinados resuenan en la ancha Plaza de Armas, que aun conserva restos del primitivo fortín que allí existiera; . . . tin, tan, se oye en las rectas y solitarias calles; . . . tin, tan, resuena en los zaguanes lóbregos — pues están los grandes portalones herméticamente cerrados en la hora de la siesta — de los grandes caserones solariegos; talán, tin, tin, tan, cantan las campanas sobre el pórtico de la iglesia mayor.

Es jueves. Son las dos y media de la tarde. Quietud colonial. El sol se ha empeñado en derretir los gruesos teja-dos. Un cielo infinitamente azul colora este momento del verano del año 1712.

Y los moradores de esas estancias tan cerradas hasta hace un momento empiezan a salir a sus puertas; otros se asoman a las ventanas de los sobrados o altillos que hay debajo de los anchos aleros; aprovechan la comodidad de su situación para

Catedral.

\* Este cáliz se conserva hoy en la iglesia

\*\* Barrio de la Avenida Portugal.

vislumbrar un mayor espacio de ciudad. La mayoría se aleja de sus viviendas en que parecía que estaban petrificados.

Un perro ha ladrado a lo lejos; luego le ha hecho eco otro desde más lejos aún. También ha cantado un gallo; acaso por este movimiento y estos sonidos inusitados que parecen de amanecer.

Por las calles empiezan a transitar los mercaderes. Y los niños y los grandes, y los señores y los criados, y los negros y los que no lo son.

La campana de la iglesia mayor sigue llamando «a la escuela de Cristo», a recibir catequísticas instrucciones.

Pero hay una mayor algarada que la que debe haber para ir a una iglesia en la que sólo se necesita beatífico recogimiento. ¿Por qué? Porque a esta hora se vende el pescado fresco en el sitio de mejor talante de la ciudad: la Plaza de Armas.

El llamado cristalino y cadencioso que rompe la modorra de la siesta colonial, al mismo tiempo que señala la hora de ir a recibir la piadosa enseñanza, marca aquella en que se debe ir a buscar pescados y sirve para condicionar los reflejos, pues despierta el apetitoso deseo del congrio frito.

Y mientras unos se aprontan, ya para ir al lugar de la venta, ya para ir a instruirse en religión, ya para hacer las dos cosas, la campana grande de la iglesia mayor de la villa de Santiago y las otras dos más pequeñas siguen tocando y haciendo resonar todo el ámbito con su triple talán, tin, tin, tan, . . . . .

## UN OBSERVADOR DE 1740

DON PEDRO DE CÓRDOBA Y FIGUEROA

Hacemos un esfuerzo para imaginarnos, remontando los años lejanamente pretéritos, la figura de este observador de la ciudad de Santiago y el medio en que vivió y escribió su minuciosa crónica.

Se nos ocurre que un día entró por una de las callejas del pueblo que desembocan en los caminos en un tosco vehículo de viaje. La ciudad, en estos tiempos, aun generalmente llena de silencio, alcanza un bullicio inmenso cuando alguno de

estos coches avanza; sobre todo cuando llegan a las calles empedradas, el estrépito de tablas y de herrajes es grande.

Sin duda los vecinos que salen a la puerta para oír a los viajeros, y que desconocen inmediatamente las caras nuevas, ven llegar a este caballero vestido a la usanza de los capitanes españoles, con una cruz sobre el pecho y unos galones a los lados. Luego lo ven detenerse en un espacioso solar de dos pisos, de cal y ladrillo, pintado con los colores nuevos de la época, de enrejado zaguán, de patio empedrado, de ancho corral, lleno de aves, que señalan ruidosamente el amanecer.

Aun se nos ocurren algunos detalles sobre este solar grande y elegante.

Seguramente una tosca escalera de piedra arranca de una piececita interior que comunica con el recio zaguán; arriba hay salones vastos, apartadas y silenciosas estancias que sólo resuenan cuando alguien pisa su suelo enladrillado y apenas cubierto con una pequeña estera de juncos. En el primer piso otras piezas extensas van a dar a un luminoso patio. No tienen ni alfombras ni muebles elegantes: mesas de variados portes y escasas sillas, algunas hechas de totora; varios retratos colgados en los muros; también algunos santos quiteños. A éstos dan deseos de pasarle el dedo para apreciar el realce y el grosor que presenta su tosca pintura. Eso es todo.

Allá arriba, en las cámaras solitarias, hay menos muebles todavía; las puertas están siempre cerradas; nadie trajina por muchas de aquellas piezas. Se las mantiene guardadas y se las ve como algo espectacular solamente, a pesar de lo exiguo de su mobiliario. Si contra el misterio con que permanecen cerradas, se penetra en ellas y se cierran las puertas, se ve que por las hendiduras y resquicios de las maderas ligeramente carcomidas y alabeadas por la humedad — pues en el invierno también han estado cerradas — entran sutilísimos hilillos de claridad vivísima que señalan, en las horas de sol, unas franjas luminosas sobre el pavimento de ladrillos rojos.

Cerradas están, generalmente, como estas puertas de las cuádras, las ventanitas del sobrado en lo alto de la casa.

Detrás de esta gran mansión se extiende una huerta; esta huerta está algo abandonada; todas las huertas, por esta época, están casi abandonadas. No hay el sentido de pulcritud, ornamentación y simetría para los jardines y las huertas. Los

árboles, los arbustos y algunas plantas de jardín están entremezcladas y no colocadas en mielgas para facilitar su riego.

Algunas huertas, como ésta de una gran casa, tienen una puertecita. Sirve para sacar las basuras de los patios, corrales y huertos interiores, pues el sentido del aseo ha comenzado a preocupar a estas gentes. Cuando están cerradas y miradas desde afuera, estas puertecitas parecen misteriosas. Innúmeras veces han dado pábulo a la leyenda, a la fantasmagoría y a la chismografía estas simpáticas curiosas puertas que respaldan las casas.

En una vasta cámara de este solar sobre una gran mesa que tiene algunos tallados, maneja este cronista que ha venido a la capital del Reino con ansias de trajinarlo todo, la pluma de ave que le sirve para fijar en nuestra mente el Santiago de su época.

En la villa hay ya muchos solares semejantes al en que este caballero se ha hospedado. Pero éstos no cogen su atención. De ellos, lo que admira son las portadas «con labraduras de mucho costo». Estas generalmente son de piedra de cantería extraída «de una cantera que está en la Chimba». Se la saca con facilidad, lo que hace que esté empleada con cierta abundancia y «por ser muy blanca resulta más resaltante.»

De la construcción en general o de otros adornos, no se preocupa; tal vez porque no ha visto el lento e impreciso avance con que estas moradas han comenzado a aderezarse. Frente a otros aspectos de las cosas es muy minucioso. Y por lo preciso de sus detalles, se supone que sus cuadros son conforme a la realidad. ¿Cuál es esa realidad? En primer lugar admira la plaza y los lugares adyacentes. En su centro hay una pila donde el aguador recoge el agua; por este motivo adorna y es útil. ¡Qué necesaria es esta fuente al vecindario y qué servicial es el aguador!

Cuando don Pedro deambula por éstas calles, se han construido nuevas cañerías para la pila, de allí que esté ahora convertida en «un deleite y proporcione un agradable frescor».

Se supone que son días de verano por el interés y agrado con que mira este adorno.

Fuera de él la plaza no tiene otros; no es aún ni un vergel ni un jardín. En uno de sus costados están construídos los «tendales», lo que le da alguna animación al conjunto. ¿Por

qué tienen siempre un sucio aspecto estos negocios que después toman el nombre de «baratillos»? «Estos tendales reducen el área de la plaza, pues ocupan un costado completo de ella.»

«En el flanco setentrional está la Real Audiencia, que es edificio regiamente construído». Su capilla recién termina «tiene buenas pinturas».

Los patios y las antesalas de este palacio están a algunas horas llenos de gente: hidalgos, soldados, criollos. Los estantes, llenos de archivos y memoriales.

En el primer patio están las «Arcas Reales», oficinas que se han arreglado con todo el moblaje necesario.

Al lado del edificio de la Real Audiencia está «el palacio de los gobernadores y presidentes del Reino». Este «es de bastante capacidad por si tienen familia numerosa».

«La casa del Ayuntamiento está en el opuesto extremo de la acera; sobresale por tener dos pisos con hermosos portales a la plaza.» «Allí están las cárceles que son muy espaciosa.»

«En el contrapuesto lienzo, hay una arquería de ladrillos que abarca toda su extensión.» Es una obra admirable por la simetría y adorno que ofrece.

Salen de la Plaza Mayor «ocho calles tan derechas que se ven sus extremos a través de su prolongación».

A tres cuadras de ella tiene su cauce el río «superficial y espacioso». Es tanta su anchura que frente a la Recoleta Franciscana lo atraviesa un puente de 19 arcos. Es muy concurrido, porque por él se transita a los barrios de la Cañadilla y de la Chimba, «ambas ya de alguna extensión y población.»

Como al capitán le interesa todo lo peculiar de esta villa, tanto las semejanzas como las diferencias que tiene con la que él conoce y aprecia, que es Concepción, se preocupa muy especialmente de las fábricas eclesiásticas, del estado en que se encuentran después del terremoto de 1730 y de las proyecciones que tienen las reconstrucciones. Todas las recorre con gusto, observándolas en sus detalles. Pero la que le produce mayor admiración es la de la Compañía. De ella muestra «sus tres naves», «sus bóvedas sostenidas por arcos de singular proporción,» su cúpula inmensa afirmada por «cuatro pilastrones de enorme grandeza y elevación». En el interior de la iglesia hay un balconaje que circunda todo el templo y le da «un aire

gracioso» que le quita la austeridad que producen los otros adornos arquitectónicos, independientes del conjunto.

La iglesia tiene tres portadas que se abren frente a una plaza muy bien cuidada; de ella se descende por escalones en los cuales también se ha puesto arte, pues son «enteramente labrados».

De la Catedral admira sus «dos órdenes de arquería de fina cantera de piedra, de admirable simetría y proporciones».

Junto a Santo Domingo añora su pasado esplendor, pues Córdoba y Figueroa en relación con los claustros e iglesias no sólo se conforma con observarlos en el momento en que le toca conocerlos, sino que averigua su historia y deplora no haberlos conocido tal como antes de la destrucción del terremoto de 1730.

En su deambular por las calles se encuentra con oficiales santiaguinos que han servido en «la frontera» y a ellos les averigua algo de su aspecto en otro tiempo. No obstante, no se preocupa intensamente por los daños, porque presente el ánimo de reconstrucción y esto le pone alegre para notar y enumerar.

Así pasa sus días de descanso este cronista en observación minuciosa. Encuentra muy agradable el aspecto de huerta o quinta que tiene toda la ciudad y que se manifiesta a través de las muchas calles y callejas que ya tiene Santiago. Están más o menos pobladas las ochenta manzanas que le destinara su fundador.

Ahora el afán de la Conquista ha cedido su parte a otros afanes; también la religiosidad ya no es tan intensa. De aquellos tiempos aún quedan ancianos capitanes que conservan en sus estancias armaduras bruñidas, pesadas y toscas espadas, mazas recias llenas de agudas puntas, acaso quitadas a los indígenas en un combate muy recordado. Algunas familias guardan en grandes arcones de madera labrada unos pergaminos que señalan un escudo de armas, copia del que se ostenta en la puerta. Bien analizado muestra unas armas y dice de unos hechos que su poseedor jamás ha esgrimido ni realizado. Está allí porque es conveniente ostentarlo.

Por las mañanas, sobre estas calles céntricas en cuyas casas resaltan los recios blasones, marcha lentamente este curioso viajero en requisitoria de rincones y recovecos; a la tarde va hacia el San Cristóbal o el Santa Lucía; quiere otear todos



los rincónes. Al anochecer retorna al lugar de su hospedaje y en las cuartillas, con su frágil pluma de ave, anota sus documentaciones y lo que ha encontrado interesante o histórico. Otras veces, cuando el calor del medio-día es muy intenso, se encierra — largas horas — y escribe menudamente sobre unos toscos infolios.

Hay algo más en su obra que el ansia y dilección por las descripciones y esté más es el afán de perpetuar el momento por que atraviesa esta ciudad que admira; la ve forma de una materia en evolución y quiere sujetarla en las páginas de su «Crónica» en este momento de su existir. Entonces desmenuza sus datos con gran paciencia y con gran relieve nos pone frente a los ojos la ciudad que él va conociendo. Por nuestra imaginación cruza la época y pasan de nuevo los días de entonces.

¿Qué es lo que más le impresiona a nuestro cronista en la ya estereotipada capital del Reino de Chile? No hay duda que su mayor observación la ha puesto en apreciar el conjunto y en los templos. En un día y otro llega junto a San Francisco, a San Agustín, a la Merced, al claustro de San Diego, al de San Pablo.

En San Francisco admira sus «robustas paredes de cantería», pero, por sobre todo, «la sillería del coro que es de costo y finas proporciones». También le interesa su primer claustro.

De San Agustín, «iglesia muy imponente», le atraen «los arcos que sostienen su techo de mucha elevación y corpulencia» y «su portada entre dos torres de moderada altura». El altar mayor no puede apreciarlo bien, porque aun no lo reconstruyeron del todo.

En la iglesia de la Merced no hay más que muros derruidos. Todavía se recuerdan sus magníficas bóvedas sostenidas «sobre dos órdenes de arquería». Ahora sólo puede apreciarse la extensión de su convento y su sitio adyacente.

Fuera de estos sitios religiosos también ha visitado don Pedro de Córdoba otros de menor importancia por ser más pobre su arquitectura, su espacio más reducido o menor su influencia en la sociedad. Estos son las parroquias de San Isidro y de Santa Ana, las capillas de San Saturnino y de San Lázaro. Menos grande aún es la intensidad emotiva que ejercen las regiosas en la sociedad de su época por su exagerada vida contemplativa y estática; de allí que como su vida sean

sus conventos y sus capillas: chicos, pulcros, silenciosos, con murmullos de oración, zahumados de incienso y de flores; estos son: el de Santa Clara, el de Capuchinas, el de Agustinas, el de Teresas y el beaterio de Rosas.

Entre las calles, la Cañada tiene la dilección del cronista. La recorre con calma; admira de ella su perspectiva. «Es muy amena», nos dice; «tiene muchos árboles diseminados aquí y allá y algunos prados.» Aunque los árboles se han puesto sin simetría y ordenación, su conjunto es muy agradable.

«La Cañada es una calle de extensión y latitud; corre por ella un arroyo grueso y pone en movimiento dos molinos, establecidos en los primeros años de vida de la ciudad. Al margen del arroyo hay también varios árboles; el conjunto da un colorido de fresco y rústico verdor».

Don Pedro es el primero que nombra estos molinos; nadie ha hablado antes de ellos, pero se nos ocurre que son, como la generalidad de los españoles, con unas ventanitas minúsculas por las que se puede atalayar el panorama de esta ciudad de dos siglos, y que hacen un sordo rumor al moler el grano.

A veces Córdoba y Figueroa se aleja de la ciudad hasta sus aledaños. Allí, en los confines se acerca al cerro Santa Lucía atraído por su aspecto imponente y, acaso, por los molinos primitivos. En una de estas andanzas se tiente por treparlo para contemplar el panorama ciudadano. «A un lado se sube a él con suma facilidad; por los otros lados que lo circundan ésta se hace algo difícil por la brusca pendiente con que se inicia. Su cima está cubierta de peñascos de un gran porte; es interesante verlos en su forma desafiante e irregular». Probablemente nadie ha subido a este cerro con ánimo de ver la ciudad. También será nuestro guía en este caso. En su ascensión ha tenido a ratos que ir a gatas, pues ha escogido para subir aquel de sus lados que le pareció más pintoresco, aunque coincidiera con la pendiente más brusca. Luego desde la cima dice: «Es agradable contemplar desde aquí el conjunto urbano.» Lo primero que sus ojos descubren es el verdor de las muchas plantas y el claror de las flores. Los huertos apretados de hojas muestran grandes espacios de verdura. La vista penetra en los resquicios que dejan las hojas y se presume del fresco que allí se inhala en los momentos del caluroso estío sobre todo. Las paredes anchas y como aplastadas y los te-

chos chatos recubiertos con sus tejas pintorescas adquieren un aspecto de mayor abrazo a la tierra o dan idea de una mayor aproximación a ella por los árboles y enredaderas que han trepado sobre los muros y se apoyan en los techos.

Córdoba, observador de gran visión, divisa las campañas de trigo, de hortaliza y legumbres de las chacaras vecinas y asimismo las muchas viñas que hay en los alrededores, «algunas de las cuales se inician ya en la Cañada.» Con penetración asombrosa, para tratarse de visiones distantes, muestra las diferentes florestas, ya de almendros, ya de olivos, higueras, limones y duraznos.

Desde este punto se ve también muy nítida la distribución de las aguas en las acequias que pasan dentro de cada solar y las calles, de aquí entonces la abundancia de jardines y huertas.

Limitado su mirar a la área urbana, ve que sobresalen con imponencia los edificios religiosos y sobre ellos las pequeñas torres. «Descubro las cúpulas abovedadas de los templos — dice — con su cruz en la punta.» Y mientras contempla se enhiesta sus poblados bigotes.

Cerca se levantan nítidas frente al cielo diáfano, azul las torres de San Agustín y algo más distante, las de la Catedral.

Y así sigue indicando notas de edificios, de color, de lo exótico y novedoso hasta que inicia el descenso muy contento del hallazgo que, del panorama urbano, ha hecho desde un flanco elevado del cerro.

Vuelto a su estancia, su actitud es de recogimiento, de placidez; es entonces cuando coge los rumores ciudadanos. Allá en el corazón del pueblo se siente un ruido: son los nuevos carruajes sobre el empedrado. Varios coches recorren la ciudad; están recién llegados, pero el polvo, viajero infatigable, les da un aspecto opaco de vetustez. Los hidalgos — pelucones y copetones — pasean en estos vehículos por las calles empedradas; también los ocupan sus señoras para hacer sus visitas.

Otro momento diferente. Noche. Nuestro cronista está también con el oído atento a cualquier rumor. Ya ha pasado la queda hace muchas horas. De repente se oye, en la impasibilidad de las horas nocturnas, el campaneó de menudas campanitas. ¿Qué significa esta interrupción de la noche serena y callada? Es el campanil del convento de las Teresas que ha quedado cercano y que llama a las monjas, con leve toque

de oración, a suplantar a las que ya han orado. Y así sigue la noche interrumpida brevemente, mediante suave «tintineo», llamando de dos en dos a estas religiosas contemplativas «de adoración perpetua».

Y ya que de la noche se trata, alguna vez también el cronista contempla estas calles en las horas nocturnas y nos da la idea que se destacan misteriosos, confusos, los anchos balcones, los mojinetes, las rejas formadas por ramajes y filigranas, las recias puertas con clavos y llamadores formidables. ¡Ay del noctívago! Aun en las noches serenas de luna, todo lo hace pavoroso y adusto el camino. Sólo el reloj jesuíta, como ya hace tanto tiempo, en estas noches en que las sombras se alargan, es un compañero y un confidente, y lanza despacio, grave, de hora en hora, sus lánguidas campanadas.

\*

Terminado ya su permiso, después de dos meses de observación y calma, el Capitán don Pedro de Córdoba y Figueroa ha tomado un vehículo semejante al que lo trajera y se ha alejado dejando una nube de polvo que se ha perdido poco a poco a lo lejos y un ruido que se ha ido distanciando a medida que el coche se alejaba. Al pasar frente a la plazuela de la iglesia de la Compañía le ha dado una última mirada al conjunto y a los detalles en deseo de absorber todo el continente armonioso y severo del templo.

Va complacido de su acopio de material, de la prolijidad de su observación y decidido a seguir trabajando en su Crónica del Reino de Chile que ahora enriquecerá con el capítulo referido a la «capital del centro» y su estructura material en el tiempo de su visita.

\*

Es así como obtenemos estas visiones y aspectos de Santiago al finar la primera mitad del siglo XVIII en que todo está subordinado al mundo exterior; sus descripciones son sin seres humanos, sin habitantes. Nunca muestra las ceremonias religiosas que se ofician en las iglesias que describe, ni la figura humana en alguna de esas calles que recoge su pupila. Los san-

tiaguinos, la vida social, no le interesan. Nada de política, de movimientos y aspecto de la vida humana. Ni siquiera le interesan los ojos de las mujeres que, como en el siglo XVII, con los párpados semi-entornados, se dirigen a los templos. No le preocupa — por lo menos no lo manifiesta de viva voz — qué luz de inteligencia, de sentimiento o de tristeza resplandece en ellos. Todos sus cuadros son panoramas y descripciones de la ciudad.

\*

Esto fué cuánto vió don Pedro de Córdoba y Figueroa y cuánto hemos podido hacer revivir para evocar el aspecto y semblante de esta villa en aquel tiempo en que los «calesines» y «furlones» eran sus adornos más bulliciosos.

## UNA PROCESION

Han pasado un buen número de años desde que presenciámos la procesión de la Vera Cruz. A pesar de la lenta evolución que durante este tiempo han tenido las costumbres y los sentimientos en esta apacible ciudad, trastornada sólo cuando algún cataclismo hace perder su equilibrio a las cosas y por añadidura natural a los seres, se nota que el sentido y tono de sus fiestas religiosas tiene otro carácter. Parece que descubrimos en ellas menos misticismo y más ostentación. Esta fiesta de *Corpus Christie* celebrada en un año de la medianía del siglo tiene algunos detalles de carácter religioso - pagano.

En la Catedral, que es donde se efectúa, empiezan las ceremonias previas a la procesión.

La iglesia, refaccionada después del terremoto de 1730 y mantenida por dentro y por fuera con primor, está llena de gente. Desde la puerta ya se siente el olor a incienso del cual está impregnado todo el lugar. Al entrar lo primero que descubren los ojos es una hermosa imagen de María que está en sitio preferente, porque esta iglesia le fué consagrada a la Virgen desde sus comienzos por anhelo de Valdivia.

Dentro de ella se admira «el pulido maderamen de su techumbre» que está colocada «sobre canes y corpulentas trabes costosamente encolleradas».

La gente distribuída en las tres naves asiste al ceremonial con religiosa unción. Ocupan la del centro los personajes más importantes y dentro de ella el sitio de más gran notoriedad que son sus primeras filas junto al retablo principal. Cada cual tiene el lugar que le corresponde a su jerarquía. Es esa la costumbre y todos la siguen sin sublevarse.

La arquería de piedra, que «es de admirable simetría y proporciones», se destaca en medio de la profusión de adornos de flores, guirnaldas, grandes velones, escudos y emblemas. Los cánticos religiosos traspasan los corazones y los encienden en entusiasmo de fe y amor.

Concluída la ceremonia de la iglesia, empieza la que se efectúa alrededor de la plaza. Frente al templo, en la plazuela, esperan formados los asistentes que no pudieron entrar a él.

Todos los balcones de las casas por donde pasará la procesión están repletos de guirnaldas y de macetas floridas. También hay en ellos muchos semblantes curiosos y devotos en que los ojos expresan el asombro y el júbilo avivado por el sentimiento religioso.

En el aire se derraman nubes de incienso cuyo perfume penetrante vence al de las flores que adornan las mansiones.

De lo hondo de la calle, mientras avanzan las andas profusamente adornadas, sube un rumor quedo de rezos apagados, de piadosos clamores femeninos, de ave marías repetidas una y otra vez.

Algunas jóvenes, en un emotivo gesto de piedad, arrancan pétalos de las flores que enguirnaldan las casas o de otras que tienen para este fin y las arrojan al paso del Santísimo Sacramento.

Las andas avanzan con majestad debajo de los arcos de ramas de pinos y de cipreses. Todos los asistentes marchan con sumo recogimiento junto a ellas, detrás o adelante, según la cofradía o asociación a que pertenecen.

Cada cual luce su traje más elegante, tanto las damas como los caballeros. Se ven en profusión trajes de seda, terciopelo, tisú de oro o lama. Entre todos se distinguen los oidores de la Audiencia por sus grandes pelucas rizadas, sus bastones con pomos de plata u otro y sus casacas ornamentadas. Sus ademanes, sus gestos, la manera de andar, de saludar, de

seguir el ceremonial, todo en ellos es meticoloso y obedece a reglas que ponen en práctica sistemáticamente.

¿No encuentra el pueblo una diversión en observarlos y en ver sus trajes de etiqueta? ¿No sienten con esto un esparcimiento o el respeto es tan grande que aun en la intimidad de su mente se les tiene miramiento?

Cómo son los personajes más importantes, un número de ellos lleva el palio; los demás se han situado junto al estandarte de la ciudad y a la Cruz Capitular. El primero es el símbolo de la autoridad civil; la Cruz, el emblema de la religiosidad.

Al llegar el gentío a la esquina de la calle del Rey y de la Merced se detiene, porque hay allí un altar en el cual debe colocarse el Santísimo para la adoración del pueblo. Una vez puesto ahí, las campanas que no habían dejado de tocar un solo instante, se callan. Todos se arrodillan en la calle. Las grandes señoras en una alfombrita que ha llevado su «china» o «mulatilla» con tal fin. Mientras mantienen la cabeza inclinada, rezan una oración y suplican. Cuando se silencian los tres tambores que, hasta este momento, han tenido la parte musical, se oye el coro vivo, lleno y armonioso de toda esta gente que agradece la presencia de Jesucristo en la eucaristía.

Resignación, ensueño y fe es la conjunción de estas almas que respiran este ambiente tan lleno de paz y fervor.

La ciudad tiene en esta hora este momento especial, momento profundo, momento expresivo en que muestra su sentido de religiosidad.

Después de éste instante en que se expone la custodia en el altar de la plaza, la procesión vuelve a tomar su orden para volver a la Catedral.

Empiezan entonces, los cohetes y voladores a encenderse. También algunos cañonazos se disparan cada cierto número de minutos. Los indios dan algunas notas de musicalidad ayudados de sus flautas y pífanos.

Todos estos ruidos se hacen con el objeto de contribuir a solemnizar la fiesta. Pero no siempre resulta con ellos una mayor compenetración religiosa, porque el bullicio predispone más bien a fijar la atención en las cosas externas. Los tambores, el cañoneo y los demás sonidos hacen repercusión en el pecho de los asistentes que no saben si es el sentimiento de

piedad el que los emociona en esta forma o el fenómeno físico-auditivo de las fuertes detonaciones.

Estos elementos, nuevos en el siglo XVIII, son los que hemos llamado religioso - paganos.

De todas maneras la procesión resulta solemne, aunque contraste en ella la sencillez que aparentan los corazones con los lujos de los trajes y con la aparatosidad de estos asuntos externos.

Con una breve ceremonia en la Catedral se pone fin a esta procesión para la cual se han hecho preparativos con mucha anterioridad, referentes a que se «adornen y limpien las calles» y a que «en dicho día no trafiquen por ellas ni mulas ni carretas».

## EN DIRECCION A LA POSADA DEL CORREGIDOR

Estamos en la Plaza de Armas; de aquí iremos en camino hacia la Posada del Corregidor.

Queremos que todo lo antiguo se ubique frente a nuestros pasos. El edificio de la Dirección de Correos y Telégrafos, en el lado norte de la plaza, nos complace; tiene la estructura de los edificios oficiales de la colonia; sus ventanas son aherrajadas y en el centro hay una pequeña torre que da armonía al conjunto y cierta severidad solemne. Una lápida en el exterior habla de nombres ya perdidos en las páginas de la historia y señala como fecha de su construcción 1805. Esta lápida grande que ostenta estos datos, es muy poco observada; todos pasan sin señalarle importancia. Para nosotros la ha tenido; nos ha hecho pensar en que estas calles circunvecinas, aquella iglesia, esa plaza han visto desfilas los «facedores» de esta ciudad: capitanes de la conquista, aventureros, soñadores, místicos; hidalgos arrogantes; mercaderes; oidores de la Audiencia; emisarios del Santo Oficio; traficantes; estafetas. Sobre estas calles que podían estar convertidas en callejas por el tiempo que las ha cruzado y que sustentan ahora otros edificios, en otros días, en espaciosas estancias, afirmados en mesas toscamente labradas, en sillones anchos, sin pulimentos, han pasado largamente los señores de la Real Audiencia y los miembros del Cabildo, escribiendo menudos documentos y decretos en grandes «fojas» que ahora nos han servido para informarnos sobre aquel existir.



A medida que avanzamos descubrimos, perdidos en esta ciudad nueva que ahora contemplamos, algunos escasos patios, supervivencias de otros tiempos; en ellos las mujeres entrelazaban sus amores con las plantas, porque crecían en la misma forma que ellas: callados y sin darse cuenta de su avance.

Los muros de los templos antiguos con que tropezamos, nos ponen visiones femeninas en actitud de oración y súplica. Junto a estas imágenes austeras y santos dolorosos y estáticos que se veneran bajo estos paredones, han deprecado y orado generaciones y generaciones de santiguinas con sus mantillas negras primero, con sus mantos terciados después, de traje obscuro siempre, con las manos exangües y mustias, extendidas en cruz en fervorosa demanda. (Así las vemos en el pasado.)

Luego los pocos zaguanes anchos e iluminados de resolana que aun se conservan sin transformarse, han servido de puentes entre la casona vetusta y la ciudad moderna.

La casa esquina de Mac - Iver y Santo Domingo nos envuelve de nuevo en el pasado; su construcción corresponde a un palacio del siglo XVIII. Tiene características análogas a la que vamos a visitar, únicamente que lo antiguo de sus muros está resguardado por pinturas de poco tiempo, las que no le han quitado su aspecto típico. Una prueba más de su antigüedad la dan las lozas de piedra que pavimentan su vereda. Por una ironía de las cosas, esta casa de característico estilo hispano - colonial pertenece a gente inglesa.

Este edificio, la Posada del Corregidor, San Francisco, la Casa Colorada de los Condes de la Conquista, la Moneda, Santo Domingo, la ermita de Monserrat son nexos que nos unen al pasado, a la historia y a la tradición. Son expresiones artísticas de una época en su reflejo social o religioso. Sirven como de hilos conductores, a través de las generaciones, del sentido de la ciudad en tiempos pretéritos. Afianzan el conocimiento de la historia patria.

Recordamos un pequeño episodio en relación con esto. Habíamos estudiado en un pueblo del Norte — Vicuña — lo relacionado con 1810. Un detalle ilustrativo de la página de nuestro libro representaba la «Casa de don Mateo Toro y Zambrano». Cursado nuestro primer año, vinimos a Santiago, y grande fué nuestra estupefacción primero y nuestro pláceme después cuando reconocimos en la calle Merced la mansión de

nuestra *Historia de Chile*. ¡Qué alegría de ver que era una cosa real, tangible ese palacio y que perduraba a través de los años! Podemos decir que con este encuentro el estudio de la historia fué desde ese momento, para nosotros, una sucesión y encadenamiento de hechos reales, verdaderos: tenían aquí en Santiago un monumento que señalaba un grupo de ellos; tal sucedería entonces con otros y con todos. Pensamos que igual les acontecerá a cientos de niños chilenos, de allí lo imprescindible de la conservación de estas simbólicas mansiones. Hay además quien afianza nuestra opinión: «la historia de los pueblos, ha dicho Thiers, es la historia de sus monumentos.»

Mientras llegábamos hemos divagado y recordado. Ya estamos a una cuadra de nuestro objetivo. Se le ve desde lejos, a pesar de ser bastante baja, inmutable ante el avance avasallador de las construcciones modernas; aparece llena de cierto aire grave y sereno; es un trasunto fiel del espíritu en fuga de esta vieja ciudad en el que estaban unidos la discreción medida y armoniosa en el vivir con el recato de sus gentes, profundamente arraigado en la fe de Cristo.

Llegamos hasta la esquina en que está ubicada; en aquel momento preciso en que lo hemos deseado. «Todas las cosas tienen durante el día un breve instante en que irradian su verdadero espíritu», ha dicho Azorín. Y es en ese corto minuto en que hemos querido visitar este viejo edificio. Se nos ha ocurrido que está ubicado en esta tarde otoñal. No hemos caminado en vano. Un poco de tristeza que irradia desde los árboles despoblados del parque nos predispone para encontrar belleza en todos los deterioros que ha puesto allí el tiempo. Además, suavizados por el calor de la tarde, sus rasgos se nos muestran en una síntesis expresiva, en una armonía de conjunto que nos hace trasportarnos a la medianía del siglo XVIII, época en que tuvo toda su apoteosis y refulgencia de hidalga mansión.

Ahora, desde afuera, parece una casa largo tiempo abandonada. Esto le da un matiz de misterio y de poesía profunda. Todo está en silencio. Esta soledad nos hace pensar un momento en las vidas que aquí se vivieron y que dejaron de ser. ¡Todo en esta casa es rememoración! ¡Qué de almas habrán cruzado su umbral en otro tiempo!

Las techumbres de tejas tienen polvo de tiempo. Sobre los muros rojizos las ventanas y puertas aparecen cerradas;

sus maderas están gastadas, de allí que sólo queden entornadas y no completamente unidas. Las ventanas tienen los cristales rotos y polvorientos; rejas saledizas se destacan en las del primer piso.

El color rojo de los muros es una novedad en el tiempo de su edificación. Esté matiz vivo venía a desplazar a los tonos ocres, pardos y mate que se había usado antes. Este color rojo contrasta muy bien con las molduras y el balcón, de matiz café, que la adornan. Este balcón es volado o al aire, como también se le dice. Este resguarda la pared interior del segundo piso. Está hecho de madera de nogal. Es un trasplante morisco en tierras de Chile. Las columnas que lo forman, muy unidas entre sí, tejen una especie de enrejado que deja pequeños espacios entre las curvas del dibujo para las miradas que se lancen desde el balcón a la calle. ¡Qué de recuerdos, qué de suspiros guardará ese balcón!

Asomada tras de las celosías más de una dama de 1766, 1789 o 1804, lanzaría, con sus ojos clavados como dardos, una mirada de angustia por la callejuela pintoresca por la que se alejaba su galán, sobre cuyo empedrado las pisadas, resonantes en su corazón, destruirían el silencio.

Esta casa ostenta, como la mayoría de su tiempo, una columna o pilar de ángulo, motivo muy generalizado en el siglo XVIII. Este pilar se hacía de piedra para sostén de la morada por los continuos terremotos que había padecido esta ciudad; se empezaron a construir con cierta repetición después de 1730. Además tenía otro fin: proteger la esquina de los desvíos de las carretas que eran muy frecuentes en estas calles sin veredas.

En esta mansión el pilar está en el ángulo que forman grandes puertas de gruesa madera con curiosos detalles muy significativos del tiempo a que pertenecen: dos ventanitas minúsculas cubiertas de rejillas para observar, sin temor al que golpea y una chapa muy grande, muy ruda y tosca, cuyos resortes sencillos ceden al empuje de una llave no menos tosca, ruda y grande. La bocallave no tiene especialidad alguna. Al lado izquierdo de la puerta que enfrenta con el oriente está el blasón, enseña de sus antiguos moradores. En esas casas que tenían el nuevo aderezo del balcón al aire se colocaba el escudo sin el característico mojinete sobre el dintel o a cualquier

lado de las jambas sin marco especial de ostentación. Esta es también una novedad del tercer cuarto del siglo XVIII más o menos.

Contemplando esta vivienda de antaño, no podemos dejar de evocar las vidas que aquí se vivieron. Es una casa que tiene la efusión de muchas almas y con sólo mirarla se puebla de imágenes. ¡Qué intensidad de ensoñaciones se guardaría ahí! Además, esos adornos algo derruidos le prestan un encanto indefinible a esta morada, encanto que está en su conjunto, en el relativo aislamiento en que se encuentra y en sus matices característicos. Las molduras, el balcón, el ancho alero — morisco también —, cualquier detalle agujijonea nuestra imaginación para que reconstruya su pasada vida interior.

Siempre nos sugestionó este edificio cuando leíamos sobre las reuniones de artistas que allí se efectuaban sin imaginarnos que, una vez, vendríamos a él en demanda de evocaciones.

Estamos siguiendo la ruta de las que nos ha traído cuando, de repente, sentimos unas campanadas suaves, lentas, tamizadas por la distancia que pretenden señalar la separación del crepúsculo de la tarde. ¿Es una idea nuestra? Posible, porque nos hemos compenetrado del pasado que ese edificio representa y nos place creer por un momento que son un signo de esa realidad que estamos proyectando en conjunción con lo pretérito.

La tarde va cayendo. . . . La luz se va fundiendo en un resplandor cada vez más tenue; sobre nuestras cabezas se extiende anchurosa, sin dimensiones, la bóveda azul - pétrea. Son las 7. De nuevo creemos sentir las campanadas. Tal vez es el Angelus que se anuncia para las enclaustradas de algún convento vecino.

A través de los resquicios que dejan el agujero de la gran llave y las viejas y gruesas maderas de los postigos, hendidas y desvencijadas por el tiempo, vemos que dentro se van espesando las sombras, que se van haciendo los rincones cada vez más y más misteriosos; sobre todo se intensifican las tinieblas en los ángulos. Volvemos nuestra mirada hacia la cordillera que apaga sus últimos resplandores. Luego nuestros ojos se posan de nuevo en el vetusto edificio; notamos que sombras foscas se adentran bajo su alero y junto a su balcón volado. Se nos ocurre que una sombra invisible quiere traspasar el umbral y

que una mano trémula se posa junto a la enorme chapa, sosteniendo una tosca llave. Ya las blancas cumbres nevadas se han deshecho, perdido, en el azul plomizo del cielo. . . . Y los árboles del parque vecino semejan espectadores silenciosos del desprenderse la luz de las cosas.

## EL ALUVION DE JUNIO

Invierno de 1783. Sobre la tímida e indefensa ciudad de Santiago caen gotas y goterones, en lluvia intermitente, ya durante largos nueve días. El poblado se transforma bajo la amenaza constante del agua que quiere avasallar completamente. El Mapocho trae un caudal tan abundante que amenaza con cubrirlo todo. Con siniestro empuje, las aguas ya se han llevado el puente de palo y empiezan a tapar los ojos del otro hecho de resistente material. Sus columnas que reciben recios embates de las ondas rizadas, van cediendo.

Sin rumor, como suceden las cosas en los sueños, va amenazándolo todo. Poco a poco se le ve crecer, ensancharse misteriosamente. El pavor va cundiendo. Sobre sus ondas se ven adornos extraños, desconocidos: enseres domésticos quitados a las casas pobres más vecinas que ya ha devastado. Y a cada instante, coronado con estos pobres trofeos, se le ve fluir más a prisa, más soberbio y despreciador hacia el poniente por el medio de la Cañada, por San Pablo y por su cauce ordinario.

—«¡Qué grande viene!» , exclaman unos.

—«¡Parece un mar!» , agregan otras voces atéridas.

—«¡Cada vez se ensancha más y con más ímpetu!» , dicen otros.

Sólo se oyen cosas semejantes por todas partes.

Pero el río no vacila y se desborda finalmente; aniega todo lo que puede. La Cañada es como el álveo del río. El agua llega hasta los muros y empieza a horadarlos. Pero aquí no hace nada en comparación del lado norte. Allí lo llena todo con un dulce murmullo, ronco y persistente. Curioso y entrometido, invade las moradas de los hombres, y por sobre todo el Convento de las monjas de San Rafael. Las religiosas creen que es inútil todo esfuerzo que hagan para salvarse. Se resignan a morir. El coro de su templo es su último refugio. Allí,

a la par que el agua avanza con su ronco mugido destructor, inundándolo todo, ellas cantan las letanías y se preparan a un bien morir en medio de cánticos y de súplicas.

Este día, 26 de junio, noveno del aluvi6n, aciago para todos, hiere especialmente a estas enclaustradas y a su vasto y solitario edificio. El huracán no cesa un solo instante. En medio de su fragor se oye el apagado son de las plegarias y la voz de las campanas que llaman al socorro y a la oraci6n. Todos velan. Los que tienen habitaciones altas y azoteas, desde allí ven el alborozo del agua abarcadora. La ansiedad es terrible. Un día más de temporal y gran parte de Santiago desaparece bajo el ímpetu del agua arrasadora. Pero felizmente no es así. Pasadas las 3 de la tarde, la lluvia cesa y el agua a lo largo de las calles empieza pausadamente a rizarse trémula. En las iglesias iluminadas hay un constante clamor de plegaria; las roncadas voces de los hombres alternan con las suspirantes preces mujeriles. Van y vienen acongojados cortejos de rogativa. El agua sigue decreciendo. Su rumor se va suavizando. Puede decirse que las invocaciones producen efecto y que el mandato divino triunfa sobre el afán destructor del río inmisericorde.

Mientras tanto el cielo se despeja y por mil aberturas acristaladas deja pasar los rayos de un sol blanco y caliente, el sol del «veranito de San Juan» que secará la tierra barrosa sobre la cual los mulatos e indiecitos chapotearán con los pies descalzos. Un gran arco iris cruza la ciudad de oriente a poniente. Tocaban las campanas sin temor y en acci6n de gracias. Las monjas asiladas en mansiones hospitalarias comentan acerca del trágico momento que les trajo esta espantosa riada.

En cada mañana es más grande el espacio ganado a las aguas. Poco a poco la ciudad vuelve a recuperar sus terrenos que ya creía perdidos. Por fin al cuarto día queda de nuevo completamente descubierta la antigua planta.

Bajo el puente único que ha quedado vuelve a ser plácido y tranquilo el río revoltoso. Pero ya se sabe que es traicionero; los lugareños no se confiarán de su apocamiento y de su dulce son. Desde este momento nace la idea que su anchura esté limitada por severos tajamares que eviten que el río cometa otro atropello semejante.

## LA PIRAMIDE DE ROSAS, EVOCADORA DE UNA EPOCA

Hemos llegado a un rincón muy típico y muy nuestro: Rosas esquina de Brasil. Podemos considerarlo así ya que hay erigido en él un monumento de recordación. Ha sido hecho como una alabanza al progreso de la ciudad y para perpetuar la memoria de un hombre.

Es un punto de oriente; es un hito que señala los rumbos que tomó el desenvolvimiento urbano; está frente a una calle populosa y comercial

La pirámide tiene una fecha en su inscripción.\* Es una marca puesta en el tiempo que fija en nuestra mente los afa-nes que otros tuvieron frente a este devenir constante de las cosas, a este sucederse ininmutable. Y en la rinconada de Brasil detiene su mirada el que pasa indiferente sobre ese monolito pétreo, cuyas palabras, ya casi borradas, fueron puestas con fe en el porvenir de esta ciudad.

Está colocada sobre dos peldaños modernos de cemento. La rodea un jardincito mezquino. A ambos lados y como abriéndole camino, hay cuatro soportales que sostienen una fina enredadera que se abraza a ellos. Más allá, a una media cuadra más o menos, un negocio tiene por nombre «La pirámide», haciendo con esto alusión al pequeño monumento, evocador de toda su época.

Ya nada queda de la antigua carretera, pero allí erguida, enhiesta en su pequeño porte, esta pirámide nos recuerda desde qué punto los viajeros consideraban que habían llegado a la capital del Reino de Chile.

Si era un personaje principal el que arribaba, una cabalgata venía a esperarlo y un arco de flores se derrumbaba sobre sus sienas palpitantes de novedad y, acaso, de ligera angustia por el largo viaje y por lo polvoroso del camino con que se iniciaba lo que se llamaba la ciudad. Era un sendero tan poco delineado el de este comienzo urbano que a cada momento parecía que se le erraba.

\* La inscripción completa dice así:

*El excelentísimo señor  
D. Ambrosio O'Higgins  
Barón de Vallenar.  
Mandó hacer este camino  
Año de 1795.*

A los lados de lo que podía llamarse vía, se veían algunas excavaciones y en sus bordes había montículos de ladrillos en cocción; en otras partes, monolitos de adobes hechos o esparcidos en el suelo para que se secaran. Esto alentaba al peregrino, pues hablaba de la primera faz de construcciones que se proseguían en esta ciudad desconocida y le daba más seguridad a su entrada tan vagamente diseñada.

Al llegar a este lugar, en brusco recodo el camino tomaba el ancho callejón que hoy es la calle de San Pablo, y su forma irregular de desviarse indicaba el rumbo que tomarían las calles que partirían desde esa rinconada o llegarían a ella.

Esa vuelta que allí se hace, la ha creado, pues, el tiempo y un capricho de conducción no determinado.

Cercanas estaban las calles de Santo Domingo y de la Catedral, rectas, pero imprecisas a esta altura.

El que había hecho ya este viaje y volvía, tenía la impresión de que todo estaba lo mismo, únicamente más descolorido, más cabizbajo y opaco.

Cuartuchos, ranchos de pobres, medias aguas, chincheles abrían sus puertas pequeñas y de una sola pieza, dando una pobre impresión de su interior.

Estas eran las primeras manifestaciones constructivas.

El recién venido notaba desde el primer momento la quietud silenciosa de esta villa, la modorra de sus habitantes, la prolongación de los días y horas iguales. Se presentía que la gente vivía arropada en gustos, tradiciones, entretenciones que conocía desde mucho tiempo, que todos estaban acomodados a unas costumbres que preferían a todo cambio, a toda modificación. Y el que ya había pasado un día aquí, sabía que los demás serían igual a éste, porque todos estaban sujetos a normas fijas e invariables: sus fiestas anuales, la hora de sus comidas cotidianas, sus jubileos y visitas periódicas, todo prefijo e inamovible.

Puede decirse que ya en las proximidades de esta villa había algo que indicaba la tristeza, la monotonía, la rutina que había aquí. Y una intensa sensación de soledad y de abandono se apoderaba del visitante. En el último cuarto del siglo, época a que nos referimos, esta sensación ya no era tan intensa. Notaba esto el que llegaba a medida que avanzaba y que se interiorizaba de cierto espíritu que animaba ahora a la ma-



yor parte de los seres y las cosas; éstas tenían un hálito especial. La vida se vivía a través de un reflejo antes no visto en ella.

Las calles en el suburbio se veían desiertas; de rato en rato, perros, chicos y grandes, asaltaban al viajero, ladrándole furiosamente a la diligencia que avanzaba con estrépito de su eje rechinante. El canto de un gallo, el chirriar de una carreta, un galope tendido en la lejanía eran otros ruidos que interrumpían el amable sosiego.

Aguzando ya el oído y deteniendo el vehículo, se sentía el rumor suave del río; había algunos árboles a su margen que impedían que se le viera a la distancia. Y a los lados, anchos potreros o corralones.

La diligencia avanzaba dando tumbos, levantándose en los pedruscos, cayendo en los baches, de allí que no se pudiera observar bien los alrededores a medida que caminaba. A lo lejos, las torres de los templos, sus cruces y campanarios recortaban su perfil al cielo azul y la callecita anchurosa, de suave y pálida soledad, parecía terminar en las lejanas montañas.

Hasta San Pablo esquina de la calle del Sauce, todavía no se lograba precisar los edificios de cierto rango; grandes terrenos sin edificación, algunas arboledas rústicas de quillayes, algarrobos o espinos, agrupados frente a las primeras viviendas o a muros de pobre aspecto, salpicados de hendiduras y deterioros, daban una nota de belleza rústica. Luego se veía una ancha casona de bajos muros y gran portalón, después otra y otra. Todas semejantes: sencillas, monótonas, con aire de campo y vetustez, a pesar de ser algunas de poco tiempo.

No era una hermosa faz la que mostraba esta ciudad al que llegaba por el boquerón de San Pablo. El polvo volandero secaba las fauces si era verano, y si era invierno, los charcos barrocos daban una idea de villa malsana y desaseada. Eran, por lo demás, muy pocos los viajeros que llegaban. Algunos se aposentaban aquí en definitiva; otros se volvían después de un tiempo. La diligencia que traía la correspondencia de Valparaíso, pasaba cada semana. Los que tenían relaciones en otros lugares, se alegraban cuando la veían avanzar. Para muchos esto era indiferente; nada esperaban de más allá de estos límites.

Llegando a Teatinos, aparecían algunas altas y foscas paredes que pertenecían al claustro de San Pablo, ex - convento

jesuíta, enclavado en un lugar solitario y cuyos muros sombríos, elevados y oscuros, daban más soledad a la vía desierta, sobre todo al anochecer. Sus ladrillos apretados y unidos le daban también un aspecto de fortaleza, de mansión inhóspita.

Dos o tres «tenduchos» para pobres en los que se vendían, entre otras menestras, ojotas de clase inferior de las que había en los baratillos de la plaza mayor y una posada de descanso y albergue para los traficantes pobres era todo el comercio de esta vía.

Por aquí solían encontrarse algunas personas que le daban cierta animación a las calles desoladas; entre ellas un buhonero que pregonaba, con un farolillo en los hombros, cuando ya era atardecer, unas mercaderías de poco precio, bujerías que alguien le daba fiadas para que empezara a traficar. Este era «el falte», personaje muy común por estos días.

El que venía de Valparaíso o lugares intermedios debía forzosamente a la altura de la calle de los «teatinos» o beatos\* tomar hacia Santo Domingo para entrar a uno de los barrios más poblados del Santiago de esa época. En Teatinos esquina de Santo Domingo estaba el Correo. A mediados del siglo XVIII lo había construido el francés de La Morandais. Se caracterizaba por tener dos «altillos» bajos sobre la puerta de entrada. Aquí ya se patentizaba el rumor de la ciudad. Empezaban las tiendas; en ellas se tertuliaba. Este era «el barrio del Correo».

Las casas, desde lejos, se encontraban sencillas, modestas, pobres. Una vez junto a ellas se veía que tales edificios tenían otra faz, una faz noble, severa: ancho portalón sostenido por columnas, blasones barroqueros, muros recios, fornidos. En los balcones había hierros forjados, saledizos, que solían rematar en una cruz; torneados balaústres, en otras. A través de las rejas de los zaguanes se veían los patios floridos. Este detalle hacía que la mente poblara estas casas que, a primera vista, parecían deshabitadas. Estos patios indicaban que había gusto por el ornato. Otro detalle pintoresco era el verde que volteaban los árboles sobre los solares tapiados.

Por estas cuadras de Santo Domingo había cuatro casas en cada manzana y a veces una intermedia entre los solares

\* Los teatinos, enclaustrados dependientes de la Compañía de Jesús, habían vivido en la calle, a la cual le dieron el nombre, en un solar que después formó parte de la «casa de la moneda».

de cada extremo. Los gallineros, patios y huertos daban a las calles atravesadas. Más o menos desde el año 1784 que estaba de moda esta calle y desde entonces se construía bastante en ella. Se aprovechaban para terraplenar los sitios de los nuevos edificios los desperdicios del basural que estaba cerca.

Sólo las casas principales eran las que aparecían enlucidas y pintadas, a veces tenían un aspecto pintoresco estos murallo-nes en los que se destacaban anchos ventanales ceñidos y her- méticos y algunos con pesadas cornizas. La mayoría de las casas de esta calle eran de una sola planta, porque no podía considerarse un segundo piso el doblado formado generalmen- te por una sola pieza, pero que, con su ventana o puerta ceñi- da de un balcón de madera, le daba al conjunto un aire gracioso y típico. Había cuadras y cuadras, cuyas casas no tenían ni altillo ni doblado. El conjunto impresionaba entonces en el sentido de que las casas estaban impedidas de elevarse por la caparazón de los tejados.

Las aceras de estas casas se empinaban escasamente sobre la calle; en ella no había árboles; éste, como elemento urba- no popular, no había aparecido aún.

Aquí la tranquilidad de la villa se interrumpía de vez en vez con el rodar de los furlones y de las pesadas calesas que es- tropeaban las calles empedradas. Una baraúnda espantosa de fierros, tabla, piedra y látigos se sentía cuando pasaban por estas vías. De allí que, generalmente, se les viera venir por las calles atravesadas que, por no estar empedradas, hacían menos rudo el choque de las ruedas sobre el piso.

En la plaza y sus alrededores parecían apoltronados los viejos caserones; menos la iglesia Catedral y las construcciones de las «Casas de Cabildo y Cárceles de Corte y Ciudad». En ellas ponía su mano Toesca. Estas edificaciones y otras como la Moneda, San Juan de Dios, la casa de la familia Alcalde, los Tajamarés del Mapocho daban ese aire de renovación, de vida agitada, de trabajo, que recién venía a soplar con relativa intensidad para la adormilada colonia. Había ya un afán de actividad. Apuntaba un espíritu de sutileza, de creación. Se notaba el comienzo de una nueva era. Los días empezaban a ser más cortos, más vertiginosos: la época del trabajo había comenzado; el estacionamiento empezaba a tener fin. Dos hombres se disputaban la palma de la actividad, del progreso,

del esfuerzo: el gobernador Ambrósio O'Higgins y el arquitecto Toesca que secundaba sus planos de adelanto urbano y arquitectónico. Colaborador de la obra de Toesca era Agustín de Argüelles, alarife de plana mayor.

Trabajadores más humildes, menos conocidos que también laboraban para estos edificios, eran los carpinteros y entalladores que labraban pulidamente las diversas maderas y formaban complicadas y prolijas taraceas. Ya este oficio se había perfeccionado aquí. Tallaban caprichosas figuras y grotescos mascarones para muebles de casas adineradas y para las suntuosas puertas de las iglesias.

En la plaza había dos edificios nuevos; seguían la línea antigua; en uno de ellos se tejía a telar para el comercio. Siempre la plaza se hallaba espaciosa por la falta de adornos, aunque ahora tenía algunos árboles, tres escaños de madera y dos faroles. Estos, aunque estaban recién puestos, parecían sucios y se veían opacos. Había algunas tiendas poco tiempo instaladas; también otros baratillos.

En el crepúsculo y cuando había cesado ya el tráfigo del día, cuyo primer impulso lo daba el trabajo de los nuevos edificios, todo empezaba a dormir y la ciudad recobraba su faz de antaño. Era, entonces, cuando pasaba por las calles «el penitente», infundiendo pavor, aunque menos que antes, vestido con su saya gris - penumbra, debajo de la cual escondía sus dolencias y martirios.

Aun no era grande, pues, este pueblo, pero ya apuntaban en él ambiciones de serlo. Aquí no había aún fastuosidades ni atracciones mundanas. De tarde en tarde había fiestas sociales y, entonces, en los salones las damiselas y sus galanes seguían el ritmo largo, cadencioso, suave de los «minuets» y de las pavanas.

Generalmente todo marchaba al mismo compás. Estaban en armonía las construcciones domésticas con su paisaje adyacente, las usanzas familiares, las inflexiones de la voz, el tono de ésta (medido: ni alto ni bajo), los gestos de la mímica, el modo de andar. Todo era aún etiqueta, orden y método.

## JUNTO AL TEMPLO DE SANTO DOMINGO

Desde las calles circunvecinas oteamos su elevada y maciza figura. Parece una estampa de la Edad Media en nues-

tras tierras. De su conjunto monumental se desprende una orientación de fuerza, de solidez. Ya junto a él se nota su grande armonía.

Hemos escogido el crepúsculo para contemplarlo. (No sabemos por qué se nos ocurre que es en esta hora en que los edificios antiguos o grandiosos entregan todo su espíritu.)

En este momento pálido de la tarde, en que tremolan las sombras alrededor de la luz, es cuando la bizarra fisonomía del templo se presenta con toda su potencia y con su gesto más altivo esculpido en la piedra, gesto que se vuelve humilde junto a la desnudez de su ancho murallón lateral, apenas pulido y afirmado por toscos contrafuertes.

De frente su fachada es hermosa y sencilla; está adornada de imágenes. Sus líneas, precisas y severas, dan idea de quietud y del reposo interior; contribuye a esto la seriedad del conjunto. Se destacan sus macizas y achatadas torres de forma cuadrangular que se divisan desde la distancia; a pesar de su pesadez están provistas de cierta gallardía y elegancia.

La iglesia de Santo Domingo no es sensitiva; su piedra no puede crujir ni sufrir gran detrimento con los desmanes del tiempo. Pero, a pesar de su rudeza y tosquedad, su interior es cordial y acogedor. Se penetra a él después de subir una gradería de piedra de acompasados escalones algo gastados.

El interior de este templo es admirable por el efecto de imponencia y de elevación que produce en los sentidos, sobre todo si se entra a él por las naves laterales. El alma también se penetra de ese anhelo de buscar a Dios en las alturas y presente la eternal bienandanza. El efecto lo producen la prolongación vertical de las líneas en los altos y elevados paredones y las gruesas pilastras.

Luego a esta primera impresión suceden otras de magnificencia, armonía y serenidad. Su piso de madera contribuye a darle un aire serio e íntimo.

Frente a los altares de los santos de caras angustiadas y solemnes en los que siempre hay velas encendidas — cuya pavezuela crepita como antaño con la suave ventisca que se produce cuando se abre la gran puerta — oran continuamente personas penetradas de piadoso recogimiento.

En el crepúsculo se arrinconan sombras pálidas dentro de sus muros y los ciñen de tenues y mortecinas obscuridades.

Entonces brillan con más resplandor estas luces violáceas que iluminan las caras contritas de los santos.

Poco a poco este espíritu esencialmente piadoso que domina en este lugar, lleno de zahumerios de mirra e incienso, atrae nuestros sentidos hasta reducirlos en la contemplación absoluta. Contribuyen a ello sus espaciosas naves teñidas de suave penumbra, comedidas y religiosas, que llenan el espíritu de elevación supra - terrena, de éxtasis místico.

La luz muy bien dispuesta, desciende cernida desde la altura. Esta semi claridad en conjunción con toda la austeridad del templo predispone el ánimo a un religioso embeleso. Y de pronto, al llegar a la parte superior se recibe un conjunto de luz enviada por suaves luminarias que descienden desde los ventanales de la cúpula. Esta se eleva por sobre la techumbre de las naves y desarrolla su magnífica concavidad entre líneas arquitectónicas de delicadas proporciones frente al retablo mayor. Estas líneas le dan su belleza y elegancia, y el color azul de que está teñida y su gran altura hace dar la ilusión, por un breve instante, que miramos un pedazo de firmamento.

Los ventanales de la cúpula tanto como las ventanitas de las naves están colocados de manera que repartan la luz con intención de claro - oscuro. Este es detalle de gusto español; el predominio de las sombras sobre la luz aumenta la seriedad de los templos; las naves envueltas en suave opacidad llaman a contrición más ferviente; predisponen a una mayor meditación, a un mejor encuentro de la persona consigo misma. Se cumple aquí el anhelo deseado.

Las naves laterales se yerguen imponentes y dan la sensación de grandes masas; casi tienen la misma elevación que la principal. La del centro sobrepasa a las de los lados únicamente por la disposición en arco de medio punto de su cielo. Este motivo se repite entre las gruesas pilastras y en las puertas de entrada.

Este arco, que no se quiebra ni se dobla, le da un aspecto de firme solidez. Parece representar la idea cristiana en su deseo de sobrepujar los tiempos sin variantes, sin que la afecten en su esencia ni los hechos ni las cosas.

Al penetrar en este templo lleno de somnolente reposo y silencio, su gris - penumbra hace imprecisos los detalles, pero a medida que se avanza por sus naves — con paso inaudible

a fin de no desentonar —, la luz que desciende de las ventanitas de la altura, cubiertas con vidrios de colores montados sobre encintado de plomo, hace nítidos los detalles. Estas vidrieras además presentan algunas historias religiosas de las que se desprenden sencillas enseñanzas o motivos bíblicos a través de sus composiciones.

Los gruesos paredones interceptan los ruidos y dan al recinto una suave quietud que la transmiten y hace grata la permanencia en este lugar.

Las paredes de piedra pintadas de blanco sirven de fondo a valiosos elementos decorativos; entre ellos sobresalen los altares del Rosario, de Santo Domingo de Guzmán, de Santa Rosa y de Santo Tomás de Aquino, todos de mármol negro. Se destacan muy bien estos altares oscuros, de línea simple, llenos de austeridad y devoción. Este detalle de poner colores en fuerte contraste, muy propio del estilo español, aparece en otros interiores y en otros fondos.

Hay también otros altares, muy armoniosos en sus líneas, adornados de finas columnas y de rosetones y follajes dorados.

El altar mayor, muy lleno de equilibrio, hace admirables la justeza de sus proporciones, la delicadeza de sus columnas y la ornamentación de sus capiteles.

Estos adornos no le quitan, sin embargo, su aspecto serio y austero al conjunto.

En las paredes hay muchos santos: en cuadros, de bulto y en medallones de relieve. Por su antigüedad sobresalen la Coronación de la Virgen, medallón tallado en madera de alto relieve y el cuadro de Santo Domingo de Guzmán. Este santo que tiene una actitud de meditación y súplica hace pensar en las personas que han orado en este templo. ¡Cuántas plegarias se habrán dicho aquí con gesto suplicante!

En general el ambiente está impregnado de reminiscencias; todavía parecen resonar himnos que cantaron otras voces en otros tiempos que ya no son, voces que también se apagaron. ¿Dónde resonarán ahora? ¡Con qué fe no entonarían sagrados cánticos llenas de místico alborozo!

Santo Domingo, con su semi-claridad, con su silencio y su calma en medio de la febricitante inquietud de la urbe, nos habla de otra época; es un remanso de paz en medio del ajeteo y de la intranquilidad. Nos evoca el pasado.

Surgen las cuatro fechas que marcan las etapas de su construcción, cifras que señalan épocas de alegría, de expansión, de contento, de esperanzas. En cada una de ellas esta ciudad vivió momentos especiales señalados por este templo que también sabe tener aire rememorador. Pensamos en la procesión suntuosa de 1771, fecha de su inauguración, en los innúmeros repiques que durante tres días mantuvieron en alerta a la ciudad, en el holgorio de todos, en los magníficos arcos torales construídos junto al templo.

Y así, como ésta, viene después la fecha de 1781. En ella su estructura ya está perfecta; le falta sólo la coronación de las torres; nuevos repiques la señalan, otras luces, otras fiestas.

1808 es la de su terminación completa. Lo volvemos a ver lleno de luces y de flores; de resplandores y de emblemas en la apoteosis de su festividad. Recordamos a los oidores de la Audiencia que la festejan con especial solemnidad; acaso presienten que es la última fiesta de esta índole que solemnizarían en tierras del Huelén. En ésta algunos de los personajes que actuaron en las otras ya han desaparecido o se han alejado de esta ciudad.

Después vienen otras épocas en que el templo es señor de momentos ya distantes hasta que llegamos a éste en que nos toca admirarlo a nosotros.

El órgano empieza a sonar. Acompaña a las voces que dicen cantos y rezos de atardecer. Su musicalidad nos hace resucitar a todo un mundo desaparecido. Nos compenetrarnos del sentir silencioso de esa gente de antaño, y comprendemos este llegar de unos y desaparecer de otros, este construir de unos y destruir de otros, este ser y dejar de ser. El templo, la luz mortecina que se filtra pálidamente por los vitrales multicolores, las lápidas, lo heterogéneo de los altares, las imágenes austeras contribuyen a que nos demos cuenta del cortísimo actuar de cada uno sobre el escenario del mundo. Recorriendo templos como éste, es cuando tropezamos con seres que participaron brevemente en el devenir incesante del tiempo, ya como reyes, ya como damas, ya como peones sobre el tablero de ajedrez.

La música se acalla. . . . . Las voces también. . . . . Vuelve el templo a recuperar su gesto de silencio. Y ahí seguirá hasta quizás qué épocas, hasta quién sabe cuánto tiempo. . . . .



## VISION DE SANTIAGO AL COMENZAR EL SIGLO XIX

Imaginemos un pueblecito en las márgenes del Mapocho. Las casas, en su mayoría, vestidas con su uniforme de siempre. Por la mañana a los primeros rayos del sol, fulgen los colores fuertes de las paredes. El pueblo está cercado de chacras y de ermitas, como hace ya mucho tiempo. Sobre las tapias de los solares, surge la verdura de los huertos.

Las campanas de los conventos lanzan — como en los primeros días coloniales — sus campanadas clamorosas, solemnes, anunciadoras. En las celdas rezan silenciosas las monjas.

La diligencia llega cada semana trayendo la correspondencia; sólo el estafeta no es el mismo de algunos años atrás.

Todos los miércoles y sábados viene una mujer al centro de la ciudad; allí va de casa en casa; ofrece oblea para pegar cartas, sólímán para afeitarse y una crema de su especialidad que tiene propiedades de belleza. Se llama Tránsito. ¿Brote de un viejo tronco español que fructifica en la América? ¿Tendrá algo de Celestina esta ventera de gestos apocados y muy suspiradora que lleva brujerías para las niñas y gusta de conversar con ellas? Por lo menos se parece muchísimo a aquélla.

Una diferencia con los días de otros tiempos es que éstos tienen sonidos nuevos en sus horas. Ahora hay dos herrerías en medio del poblado. El sonido claro y nítido del hierro llena con su canto, desde el amanecer al ocaso, muchos momentos y espacios de la antes silenciosa ciudad. Sus sonidos le dan ya un matiz especial a todo. En las horas claras, frescas, alegres de la mañana comienzan los operadores de este nuevo oficio a encender su fragua. Y a poco se inicia el son fuerte, claro y rítmico del hierro que se forja y se retuerce a compás del martillo que lo va modelando. Es agradable pasar frente a estas herrerías; la llama de la fragua, que se divisa desde lejos, da un sentido nuevo a estos lugares. Es el símbolo del trabajo de hombres esforzados, rudos y, a veces, artistas que modelan el hierro, lo tuercen y lo retuercen. Y mientras tanto se escuchan las vibraciones precisas que producen los martillos en su contacto en armonía con el fuelle que lleva el bajo a esta canción.

Los trabajos de estas herrerías se inician bien. Primero se copian con bastante perfección las rejas y otros adornos de hierro traídos de Vizcaya y Andalucía. Luego se elabora aquí lo que la imaginación sugiere con arte no inferior al que tienen los objetos de hierro importados. Su labor es realmente ingeniosa, asemejándose especialmente sus lácerías a las finísimas forjaduras andaluzas. La reja que el Presidente Pinto hace construir para la Casa de Moneda es una prueba de ello.\*

En esta época aun nada es más auténtico y preciso que la fisonomía andaluza de la mayoría de las moradas; éstas revelan un conjunto de sencillez y aparatosidad, resultado de esa expresión arquitectónica en que aparecen conjuntamente el blasón nobiliario de Castilla, el incienso místico y el voluptuoso ensueño de influencia oriental; a veces sirven para destacarla detalles elegantes y costosos como una reja, una portada, el cimborio de una iglesia, los azulejos de cúpulas y patios, las archivoltas mudéjares de los pórticos, el retorcido de los frontones.

Pintorescos elementos importados de la península o que llegan hasta nosotros a través de ella, encuentran su pleno sabor local sobre nuestra tierra. Lo comprobamos en este momento de la evolución constructiva. Bajo nuestro cielo y nuestro sol aquellos adornos que festonearon las mansiones andaluzas tienen su proyección, su complemento, su réplica, su remedo junto a los Andes chilenos. Hasta este momento lo típico nuestro ha puesto muy poco en la arquitectura; ésta ha cogido, según la influencia social, diferentes corrientes, cualquier estilo, extraño a lo auténtico nuestro. En veces, muy raras, nuestros aborígenes han servido como un elemento decorativo. La austeridad y sencillez de la construcción española no perdió ni ganó nada aquí. No surgió la expresión del alma chilena en la arquitectura, ora por no haber riquezas, ora porque el aspecto ingente de nuestras montañas, siempre presentes, empujaba la creación del artista o la destruía en ciernes. Pareció que allí estaba nuestra arquitectura típica en aquellos baluartes en ciclópea actitud.

Los edificios civiles, algunos templos y casas tienen la línea y el colorido que les dió Toesca. En general predomina

\* Esta reja que adornó por mucho tiempo el zaguán de la casa de Moneda, se conserva ahora en el Cerro Santa Lucía.

en ellos el estilo dórico. Tal en la «Casa de la Moneda», por ejemplo. En la arquitectura eclesiástica — no hechura de Toesca — hay predominio del barroco andaluz, pero con cierta ornamentación de influencia americana.

En este tiempo existen en Santiago tres o cuatro casas que tienen el lujo de una torre. Este adorno es reciente. Sobresale entre ellas la casa de Alvarez de Toledo, situada en la esquina de la Plaza con Merced. Es posible que estas casas con torre, si se tratara de una ciudad muy accesible a los ataques, le dieran un aspecto muy peculiar de defensa. Pero aquí estas torres no son más que un adorno, un mirador y un lujo en el cual se simboliza el orgullo de los criollos. La frágil torrecilla les da a su mansión el aspecto de un castillo y sirve para que los poseedores se sientan encastillados y, por lo tanto, inaccesibles.

Su finalidad en la creación arquitectónica es bien diferente: otear los caminos lejanos, enderezar el rumbo de los viandantes y peregrinos; y en España, el de los juglares, mensajeros de canciones y «fablas» distantes, trasportadores vivos de la creación artístico-literaria. Pero, después, desaparecida su finalidad primitiva, que nunca fué tal en esta ciudad, quedó como un adorno más o menos inútil que contribuyó a dar al exterior de las viviendas cierta armonía imponente y a sus dueños exagerada presuntuosidad. Este último fué el móvil de su construcción en Chile.

En estas casas con torres y en algunas otras, ya hay vidrios; éste es el lujo adquirido últimamente. Aun son muy pocas las viviendas que lo ostentan; en la mayoría se mantiene el antiguo lienzo o una rejilla de alambre. Hay interés por ver cómo brillan al sol estos vidrios, cómo refulge en ellos. En verdad, es agradable ver cuando el sol descende cómo sus rayos se quiebran en los vidrios, en los charcos, en las aguas que corren por la acequia abierta a tajo herido en la mayoría de las calles. Parece que debido a este milagro de iluminación dorada, las aguas nunca debían formar pantanos putrefactos.

El movimiento, el tráfico aún no le dan vida a estas calles, las cuales lucen con frialdad sus fachadas más o menos simétricas, estas torres, algún balcón volado, un altillo, sus hileras de ventanas cerradas, sus esquinazos y sus ángulos.

Desde una altura cualquiera — verbigracia el Santa Lucía — se ve esta ciudad como una perspectiva de tejados. Aun

no interrumpen su continuidad los nuevos adornos. Hacia el oriente se destaca la larga pincelada azul cobalto de la cordillera. También desde allí se observa la profusión de verde. Sobresale el árbol serio, grave, de follaje oscuro — el ciprés —, que prodigó la mano del español en esta tierra, entre el verde de las otras plantas. Su extremo puntiagudo en afán de cielo se destaca por su altura. No hay duda que es en las plazuelas y en los patios de los conventos en donde hay dos o tres reunidos.

Hay una serenidad profunda, grandiosa en el ambiente; forman un conjunto de armónica gradación los cipreses, la cruz de las torres, el cielo azul límpido, la cordillera, el río que ahora marcha encauzado en firmes tajamares, recuerdos de Badarán y de Toesca, y la apacibilidad pueblerina. En medio del silencio intenso, extenso, reposado de algunas largas horas puede pensarse, a veces, que el tiempo se ha detenido. Nadie se imagina qué pensamientos, qué locos afanes oculta esta paz tan austera, esta visión tan lugareña.

## SEMBLANTE DE LA CIUDAD EN LA INDEPENDENCIA Y TIEMPOS POSTERIORES

El tiempo que, en su devenir constante, ha traído el siglo XIX, siglo de la independencia, de Portales, de la Constitución del 33, del movimiento literario del 42, de Chañarcillo, de la guerra del Pacífico, de las salitreras, de la revolución del 91, de las levitas de color, del manto, de las patillas y bigoterías, ha traído también nuevos rumbos y direcciones.

La ciudad del apóstol Santiago, ubicada en un nuevo extremo desconocido, se estira soñolienta y perezosa y asoma sus ojos empañados por tantos renunciamientos, prohibiciones, obediencias forzadas a una era nueva de constitucionalidad propia, de autonomía.

Con el nuevo siglo brota espontáneamente en las conciencias y en los ánimos la idea de una mutación poderosa, profunda, inconcebible en este pueblo de calma centenaria, de andar meticuloso, de voz apagada.

Llegamos, pues, a otra época.

Hemos comprendido el espíritu creador y ordenador de los que la precedieron, su mayor o menor grado y como los

más fuertes y mejor equipados tenían que luchar con el medio de ignorancia, pereza y desidia.

Ahora nos toca ver qué fisonomía, qué semblante tiene esta ciudad en esta era de revolución, libertad, trabajo y anhelo de afianzamiento de todo ello.

\*

1810. Hay en todo un sentido de Patria.

El aire está impregnado de ideas, de soldados, ejércitos, batallas. Nos sirve para afirmar esto algo que nos cuenta Zapiola. Una fila de muchachos marcha muy bien alineada. Obedecen a un jefe que tiene aplomo y suficiencia. Van por la calle de Santo Domingo en dirección al tajamar. Hablan, con entusiasmo, de la libertad de la Patria.

1811, 1814, 1818. Revolución, inquietud, zozobra, arrojo, valor, amaneceres iluminados por la luz de un sagrado sentimiento, de un afán estimulante. Se vive vertiginosamente en oposición al tiempo pausado anterior. Esta ciudad colonial adquiere de pronto una vida novísima; nada ha cambiado en ella de como la hemos visto al empezar el tiempo marcado con la cifra de 1800, pero el ánimo, el presentimiento de una vida nueva, el impulso que hay en las mentes y corazones de sus habitantes, la visten de novedad. Parece que estuviera recién creada. Ha adquirido una refulgencia extraña, una transformación repentina. Sus calles, su Catedral, su plaza, todo tiene una frescura de resurrección. Y el palacio de los capitanes generales ¡qué mozo parece!: la bandera de la Patria, recién creada, lo engalana. Las campanas tocan a repique de alegría a juicio del sentir de los patriotas. ¡Independencia!, dicen en sus sonos.

Ha alboreado la mañana de una nueva era; ha teñido el palor del crepúsculo la anterior.

\*

Primeros tiempos de la Independencia. Son para Santiago como aquel momento que sigue al sueño. En ese instante casi tenemos conciencia que algo real ha pasado que nos ofusca o nos deslumbra y, por lo mismo, nos sigue manteniendo en un letargo. Así fué para Santiago este primer tiempo. Su despertar fué muchos años después.

En los conventos no se nota mutación alguna. Allí sigue incólume el viejo espíritu feudal de la colonia. En el exterior, vencido ya el postrer letargo, empiezan algunos cambios que modifican algo la faz de la ciudad. Pausadamente la República va derrotando a la Colonia. Su firme espíritu supervive aún en mucho. Surge a cada instante en ideas y decretos. Son llamas, crepitaciones de un leño que no ha logrado ser completamente apagado. Tampoco cambian los antiguos hábitos y modos de vida. Los títulos nobiliarios y sus signos exteriores se conservan intactos aun cuando desaparecen los escudos de armas del frente de las puertas. El mojinete queda, entonces, vacío y no es destruído del todo en todas las casas blasonadas en espera de poder colocarlo de nuevo. En cambio de este lujo que sólo ostentaban algunos, se levanta el peculiar palo de la bandera. Este es el adorno de las casas en el tiempo posterior a la Independencia. Es un ornamento oficial que inaugura O'Higgins. Este palo es una especie de símbolo de igualdad de ricos y pobres ante el galardón de la Patria.

Poco a poco las casas coloniales van perdiendo el lujo de su puerta principal en beneficio de las otras ventanas y puertas. Estas reciben, entonces, algún adorno, ya una moldura bordada, ya una reja de barrotes torcidos en simétricos dibujos. También el vidrio se hace más común y en los interiores las piezas adquieren empapelados muy vistosos.

El dintel de la puerta de calle conserva sus farolitos que ahora pasan encendidos durante la noche y que apaga el último que llega. Las calles adquieren alumbrado, pero aún es muy escaso; por eso estos farolitos se hacen imprescindibles.

En las casas continúa predominando la anchura, de allí que las torres siguen sirviendo de oriente, y se destacan con severa imponencia.

La Moneda, uno de los edificios más altos, está en una explanada casi sin edificación. Mirada desde la calle de los Teatinos esquina de la de las monjas agustinas, sobresale por su elevación. A pesar de su contextura severa y armoniosa no es huraña ni déspota. El aspecto general de la construcción da una idea de tranquilidad y reposo. Parece que tomara voz para indicar que es lugar de silencio y tranquilidad. Está lejos de aparentar lo que realmente habría de ser: sede del gobierno; lugar en que se lucha, se discute, se aguarda, se te-

me, se anhela; lugar en que suenan los rifles y las voces de mando en los cambios de guardia.

Pero no nos alejemos. Estamos en 1822. Siempre en la misma esquina. A la distancia se ve una torre: la de San Francisco. ¡Qué alta se ve! Mas, no menoscaba la figura de este edificio que en este lugar reina solitario en medio de la calma. ¡Están muy distantes los tiempos en que la dejarían empequeñecida los edificios altos!

Hasta este lado no llegan las guerras de piedra, costumbre nueva de los muchachos que así manifiestan su instinto combatiivo. Las más encarnizadas de estas luchas se efectúan en el Mapocho entre el Puente de Cal y Canto y el de la Purísima.

\*

Después de algún tiempo empiezan a vacilar las ideas antiguas y el teatro, que había servido a los patriotas para algunos de sus fines, encuentra ahora en este nuevo ambiente lugar propicio para realizarse. Se hace necesaria su creación, la que se efectúa en la calle de la Compañía. En este tablado se representan las comedias románticas que encuentran su proyección fuera del escenario. La mayoría de los que asisten a estas representaciones se identifican con los personajes de las farsas, sobre todo las mujeres que se figuran que la vida real es una representación. Poco a poco los sentimientos románticos llegan a una exageración que se manifiesta en el vestuario y en los rostros, en las actitudes de ensoñación y en la presencia de la «poltrona», mueble dedicado a «meditar sentimentalmente».

Pero este poético sueño tiene un despertár brusco de atoldramiento. ¡Chañarcillo! es un grito que llena la atmósfera. Después éste se cambia por el de ¡California!

La vida se vuelve agitada. Comienzan las especulaciones. Toda la gente se contagia con el deseo de enriquecerse, y nacen diferentes modalidades y otros gustos que producen un nuevo cambio en la fisonomía de esta ciudad.

## LA BELLEZA DE LOS PATIOS

En camino por la ciudad con el ánimo de encontrar vestigios de otro tiempo en ella, descubrimos en la calle de la Cate-

dral, en la de la Merced, en la de Santo Domingo o en la de las Rosas uno que otro antiguo patio, muestras de aquellos que tanto se prodigaron en los siglos XVIII y XIX.

Estas visiones se presentan bruscamente; a veces nos asaltan cuando vamos en tranvía o en otro vehículo y nuestro conocimiento resulta fugitivo como si realmente fuera el de una representación repentina del pasado.

Nos hemos detenido frente a un patio de una de estas calles, en aquél que hemos encontrado con especiales adornos y motivos arcaicos, en la creencia de que éste es más o menos semejante a los demás con pequeñas diferencias de época solamente.

En él resaltan los menudós cantos de que está empedrado. ¿Cuántas pisadas que ya se ha llevado el polvo del tiempo tienen sobre ellos? Sin embargo, no han logrado mondarlos completamente, pues aun presentan sus aristas agudas. En el centro hay una palmera por la que sube una hiedra y alrededor un montículo de plantas. (En otro puede haber un pino de Australia.) En el suelo debido al agua que se filtra de las jardineras, crece un pastillo, menudo y fino entre las pedruzuelas.

Las habitaciones rodean al patio y se comunican con él por medio de puertas bajas con balaústres de madera torneadas. Las paredes son de color mate, con alguna guarda azul o de otro color vivo.

El verdor de las macetas se presiente que esparce, en los días de verano, brisa refrescante. Allí entre ellas están los alielis, los claveles, los pensamientos, la resedá, promesas augurales de belleza, de flores, de verdor, de frescura.

Este patio ancho que observamos, es atrayente y confidencial. La entrada a él es un ancho zaguán, también de otra época, limitado por la clásica reja de torcidos rizos. Está solo, aislado dentro del tumulto y cercano a un convento para hacer más evocador el cuadro de otra época, y semeja un remanso de quietud en medio del ajetreo de estas calles de ahora. Este lado de la ciudad fué en otro tiempo una barriada de pardas y bajas casonas, de aleros y balcones salientes, de mojinetes berroqueños.

En el pasado, buen número de ocupaciones de la casa se concentraban en el patio: el riego de las plantas, la distribución



de las macetas, la gufa de las enredaderas, la limpieza del surtidor, si lo había, el cuidado de los pájaros.

En las horas de calor del estío alguna persona que se sentía agobiada por el peso del silencio, venía al patio, entre las plantas iniciaba un canto sencillo, casi religioso, muy grato a las mujeres piadosas que en ese momento trabajaban en el telar o en otra sencilla ocupación doméstica. Entoncés una frescura mayor se sentía sobre el ambiente.

En otras ocasiones la tranquilidad poética de algunos momentos se turbaba con el pesado ruido que hacía la gran puerta, empujada con energía por cualquier vendedor ambulante o algún mendigo. El vendedor lanzaba su oferta que resonaba en el patio, esperaba un instante y luego se alejaba. El mendigo llegaba hasta la cancela de hierro, decía una salmodia triste en la que imploraba una limosna por las llagas de la Pasión, la recibía de una mano caritativa y luego partía. Volvía el sitio a recuperar su presencia de lugar ajardinado y sereno.

Junto al patio, en el zaguán, esperaba también mientras contemplaba la belleza de las plantas o el desarrollo de la flor de la pluma a través de la reja, sentada en un escaño hecho para tal efecto, «la criada de razón» que había traído un dulce de almíbar para festejar a la dueña de casa en el día de su onomástico, además de los más finos cumplidos y parabienes.

Tanto hoy como entonces, estos patios, engalanados de verde, en los que reina el sol al mediodía y comunican calor y luz a las habitaciones, son agradables de atravesar. Al cumplirse la irradiación solar, la tierra humedecida por el riego despidе su aliento característico y las flores exhalan sus más puros aromas, perfume que antaño se unía a un vago zahumerio de incienso que venía de algún templo u oratorio vecinos. Estos ámbitos tienen siempre sus bellezas, ya velados por la luna, mojados por la lluvia o dorados por el sol, belleza que era más ostensible en aquel tiempo de reposo y quietud inquebrantables.

La luz y el silencio que se concentraban en el patio, eran a veces tan grandes que las golondrinas abatían su vuelo hasta la altura de los capiteles de las columnas que sostenían un corredor angosto, casi un alero, y se alejaban chillando, asustadas, temerosas de estar prisioneras como otros pájaros que piaban enjaulados.

La dulzura del cielo azul, las nubes fugitivas, las bandadas de pajarillos que se veían desde el patio seducían más intensamente que ahora.

Entonces hacían promesas de serenas alegrías estos espacios anchos, llenos de cielo.

## SANTIAGO DE 1850

1848, 1851, 56, 60, . . . . Medianía del siglo XIX. Evocamos la ciudad lejana en el tiempo a través de don Crescente Errázuriz. La visión que él nos muestra, sirve para comparar las épocas. Leyendo sus páginas, recuerdos de lo pretérito que surgen cuando él deambula por estas calles de ahora que le son nuevas,\* indiferentes a las que él conoció y recorrió con seguridad, se percibe ese conflicto íntimo y espiritual que resulta de darse cuenta que todo se lo lleva el tiempo inexorable, que todo sucumbirá en un futuro próximo o remoto.

El se siente parte integrante de este poblado — acaso un gran árbol de profundas raíces y vasta ramazón — y trata de establecer una íntima relación entre su persona y esta vieja ciudad. Su obra responde a una desarmonía entre él y su medio. Conoció otro ambiente, otras costumbres. Habitó en casas distintas de las que ahora se edifican en estas calles. Y añora y evoca aquella ciudad que amó y en la cual pasó su adolescencia y su mocedad. «Uno es extraño en la ciudad que lo vió nacer», anota en el siglo XX.

Con algo de imaginación retrospectiva podemos volvernos a la ciudad que él recuerda con tanto cariño. Intentémoslo.

Ella tiene por límites: «el Carmen de San José por el oriente; San Lázaro por el poniente; por el sur, pasada la Cañada, hay algunas calles como San Isidro, Santa Rosa, San Diego y otras con casas muy semejantes a las de un pobre villorrio de provincia; en el norte esta ciudad puede considerarse terminada en el río.» Aun es la gente muy austera y devota, por eso los templos tienen especial realce y además de dar el sentido de orientación espiritual, dan el material a quien quiera

\* Nos referimos al tiempo en que escribe sus artículos, recopilados posteriormente por don Julio Vicuña Cifuentes, depositario de sus memorias tituladas *Algo de lo que yo he visto*.

traficar por estos linderos que aun tienen todas las deficiencias de otros tiempos.

Las calles son angostas y comúnmente fangosas; el agua de las acequias que pasan por el centro se sale del cauce. Apenas pueden traficar por ellas las carretas, los birlochos y una que otra calesa. Hay un número mayor de empedradas que al iniciarse el siglo; los guijarros puntiagudos u ovalados producen como antaño un gran bullicio en contacto con las ruedas de estos vehículos.

El piso de las aceras, aún de las más centricas, está hecho de toscas baldosas rasgadas o disparejas y en las demás es de piedra redonda. En las esquinas, recuerdo de la Independencia y residuo colonial, en lugar del pilar de ángulo que algunas casas tienen, se coloca un cañón inservible que las defiende, como aquél del golpe de las carretas o un macizo de piedra.

Hay muchas casas pintadas de blanco. Este color y el verde de las huertas forman un contraste agraciado. El sol resfulge en ellas. Las paredes blancas son las que primero recogen la luz naciente y las últimas que le dicen adiós. Cuando el día declina, esas paredes blancas dan una sensación de claridad en medio de las tinieblas; tienen un vago resplandor, algo así como una sombra de luz. Hay algunos edificios nuevos de dos pisos que tienen balcón corrido, nuevamente puesto de moda. Este balcón combina con el alero saliente. Pero la mayoría de las casas son de un solo piso edificado al nivel del suelo; también tienen éstas un gran alero, prolongación o adorno muy útil; les da un aspecto curioso y las defiende de la lluvia y del excesivo calor.

Hasta este momento supervive en plenitud la gran casona colonial: sencilla, sin ornamentación alguna fuera de la que le proporciona el mojinete y los adornos que lo rodean. Este ha vuelto a ser colocado y ostentado. La puerta de calle sigue bastante aderezada; tiene algunos tallados y grandes clavos. Las viguetas o tijerales llevan también su punta labreada al aire; sobre ella se apoya una armazón de ladrillos que sostienen la última fila de tejas. Estos van pintados de blanco cuando la morada tiene color rojo o bermejo.

Un lujo muy común que perdura aún es el de las rejas. Pero ahora adornan un lugar en el que antes no se usaban: la ventana de la cuadra situada frente al zaguán en el medio de

la pared del lado paralelo a la calle. Los fierros, ahora en buen número nacionales, hacen múltiples contorsiones simétricas. Se unen, se separan, se vuelven a juntar mediante soldaduras. También se enlazan por medio de uniones externas como anillos remachados bajo la cabeza de un clavo de gran porte o de un rosetón. Después de ondular terminan en puntas agudas en forma de triángulos o lanzas.

Las casas de construcción moderna son pocas todavía; pero ya hay algunas — 2 o 3 — que difieren del gusto colonial y que están situadas en las esquinas más céntricas. Estas ostentan con pretensión el estilo novedoso que poseen; se destaca en ellas el gusto francés o italiano. A los constructores de esta época, sucesores de los alarifes españoles, no interesa tanto la comodidad como el aspecto decorativo que gustan de dar a los edificios. Estos pocos contrastan notablemente con los otros de sencillez castiza. Hay una tendencia naciente de pasar de lo simple a la ornamentación exagerada. Sobresalen las escalerillas que dan complicación y colorido a la arquitectura de la moderna fábrica, aunque éstas se coloquen sin mayor necesidad. De todas maneras estos escasos edificios no rompen la línea de tejados y aleros. En el centro las torres se ven agrupadas; también sobresale desde lejos la balaustrada blanca de la Moneda.

En los meses de primavera y verano hay gran entusiasmo por ir a los tajamares y a la Cañada, paseos de moda.

Nos imaginamos a las elegantes de 1856 o 1859 llegar en elegante calesa a pasearse en los días primaverales bajo la armonía del sol de Septiembre con ostentosos vestidos nuevos, llenos de recamados y filigranas o bien en el crepúsculo vespertino cuando el aire tiene una voluptuosa tibieza. Las vemos avanzar con su paso menudo, sus sombreros llenos de plumas de avestruz y su silueta acinturada tan femenina, tan insinuante tras los innúmeros ropajes, frente a los hombres de patillas y barbas, luciendo con ostentación sus levitas de color. Y a los lados una ringla de esbeltos álamos, perfilándose en el horizonte con su belleza verde y ondulante.

Otras veces vemos a las mismas figuras y a otras junto al sólido murallón del Mapocho que se prolonga hacia el oriente. La vista es hermosa en este lugar; la cordillera le da su nota de mayor belleza; se la ve alzarse desde la base al fin del ancho le-

cho del río, donde el agua turbia y escasa corre con ligereza entre las piedras, la basura y la arena; luego llega a los tajamares y ahí corre con más vertiginosidad como con ansias de buscar la libertad absoluta.

Luego sentimos alejarse estos coches que ya son inseparables de estas calles y su paisaje. No dejamos de advertir el chasquido del látigo sobre las bestias engalanadas si el lujo de la calesa lo permite; de adentro se oyen sonrisas femeninas; ya ha pasado un tanto el tiempo de la discreción y mesura absoluta.

Las vemos perderse en esas calles pavimentadas para luego detenerse frente a casonas de tres patios, de un cuarto de cuadra de frente y media cuadra de fondo.

Como en el tiempo antiguo a las 10 de la mañana y a las 7 de la tarde, después de comida, es cuando la ciudad alcanza algún movimiento. A estas horas la gente va al «centro» y a estos paseos nombrados.

En los otros momentos del día aun es solemne el silencio; la hora de la siesta se conserva como antaño; la ciudad se vuelve entonces semi-soñolienta, amodorrada y perezosa. En las calles, tostadas de sol, de tiempo en tiempo cruza una carreta y el chillido de sus góznos y el arrastre del pesado maderaje abre como un paréntesis de sonido en el rumor vago de la ciudad - aldea.

Un grito peculiar interrumpe también la semi-somnolencia: el del aguador. Aun supervive este curioso personaje de otro tiempo, de otra época que con su grito agudo — ¡aguatero! —, propone a las casas la venta del agua que, en barriles, recién llenados mediante sus calabazas en la pila del centro de la plaza, lleva en su caballo. ¿Cuándo fenecerá este personaje? No sabemos con seguridad, pero suponemos que con el establecimiento de las cañerías de agua potable, efectuado a fines del siglo. Entonces también silencian su sonido centenario las norias que existían en los huertos de muchas casas.

El día sábado el rumor apagado del conjunto se ve soliviantado por el grito del leñador, del carbonero o del vendedor de gallinas lanzado en las calles solitarias. Vienen desde el campo a dejar su mercancía en la ciudad.

La viejita que vendía oblea para las cartas, solimán y crema para la tez hace tiempo que dejó de pasar, no porque haya dejado de existir, sino porque alguien dijo que su mixtura te-

nía aceite de muertos y cayó en descrédito. También contribuyó a ello su vejez, su nariz encorvada y, en general, su mayor semejanza con Celestina, su antepasada española.

En las tardes las leñas quemadas en los aledaños despiden perfumes aromáticos que invaden todos los sitios con olor a campo. Esencias sutiles de palos de guayacán y de coliguay, que son las que se emplean con este objeto, trasladan a los santiaguinos en medio del agro.

En los meses de invierno, los humos de las chimeneas se hacen más pesados; a veces se acercan extendiéndose por lo bajo y forman capas de color gris - azulado; otras veces los disipa la ventolera y entonces viene ese olor de resinas rurales.

En el Santiago de 1850 cualquier detalle es un rasgo típico, decidor, inequívoco. A pesar de la semejanza y uniformidad que ha tenido la ciudad en sus diferentes épocas, ha logrado adquirir para este momento ese tono privativo, peculiar de cada esquina, de cada detalle. Cualquier rasgo habla a la imaginación y es evocador de un pasado que está unido por nexo indisoluble al presente. En general se respira en todos los ámbitos un rancio perfume de abolengo colonial; en sus casas, en sus iglesias, en sus muros, en sus tejas y aleros, en sus personajes característicos. No es una ciudad cómoda ni elegante ni fastuosa, pero habla a la imaginación y señala con elocuencia los momentos por que ha pasado. Todo está teñido de cosas idas, alejadas, pero que insisten en presentarse en el más insignificante detalle; los grandes portales tienen todavía la soledad de los que por allí pasaron definitivamente y la tristeza de los adioses que ahí se dijeron; las manecillas de bronce aun insinúan un golpe que resonó en lo pretérito; los órganos de los templos graves, solemnes y macilentos musitan con fervor y austeridad notas que rimaron con una vida lenta, pausada, monótona; las callecillas con árboles de ramas desgajadas dicen de las sacudidas que dieron al tiempo calmado, y los faroles en las puertas de las casas, medio empañados y polvorientos, hablan de los escasos trasnochadores soñolientos cuyo camino iluminaron tenuemente en horas largas, iniciadas por una queda letárgica y monótona.

Pero hay algo que no conocieron los antiguos: el juego del volantín. Esta es una entrefención que absorbe todas las demás. En los tiempos de las grandes comisiones la ciudad adquiere

un aspecto especial de entusiasmo y alegría. El pueblo entero participa en él con apasionamiento. Santiago entero es un vasto campo propicio a este juego sin dejar de haber sitios especialmente destinados como la Pampilla,\* el Tajar y en las vecindades de la Ollería.\*\* No hay hilos de telégrafos, teléfonos y alumbrados que obstaculicen ni enreden los hilos; no hay vehículos que estorben a los encumbradores. Es un espectáculo curioso que anima e interesa a todos y que le da al ambiente desde agosto un aire más primaveral. No se sabe ciertamente si sopla un aire y brisas con efluvios de primavera, porque los muchachos comienzan a elevar sus volantines o los volantines son elevados por ese aire terso, transparente que los empuja y los sostiene. Es una coincidencia perfecta. Todo resulta conforme a un conjuro mágico: flores rojas y blancas, volantines multicolores.

A veces puede considerarse el juego del volantín como un «combate heroico», tal es la fe, el entusiasmo y la gloria que en él cifran. Otras entretenciones son el juego a la pelota vasca, el trompo y la chueca. Hay algunas canchas destinadas también para ello.

\*

Hoy de aquel juego del volantín tan febril y glorioso, tan favorito y predilecto queda la deliciosa brisa primaveral que les daba brío. De vez en vez hemos encontrado un chico aquí y otro allá que encumbran su volantín, aislados, en pequeña forma. Viéndolos, hemos pensado en aquel tiempo en que generaciones y generaciones gustaban de la visión aérea simbolizada en un volantín y a ella le entregaban su energía sana.

Hemos pensado entonces que este ambiente de ahora, con sus dilecciones, en el que nos ha tocado vivir y actuar, formado por los impulsos de lo pretérito — sociología y tradición — y por el bagaje espiritual que cada cual aporta al momento presente, ha de desaparecer. Este ambiente moral y físico formado por innúmeros seres, cosas, ciudad y paisaje, que nos

\* Recibía el nombre de Pampilla el lugar donde ahora está el Parque Cousiño, lugar anchuroso y despoblado entonces.

\*\* La Ollería era una casa que había sido para ejercicios espirituales de los jesuitas. Se encontraba en la que es hoy Avenida del Portugal.

parece tan estable, tan contrapésado ha de esfumarse, ha de evolucionar o ha de cambiarse rotundamente en otro; su destrucción, su cambio los presentimos; más aún, los vemos después de leer estas páginas de don Crescente que él en su larga vida ya comprobaba. El nos da una absoluta sensación de la mutación constante a que todo está sometido mediante la ayuda del tiempo.

Todo se irá destruyendo para transformarse, acaso para superarse y alcanzar perfección.

## AMBIENTE PSICOLOGICO

Esta es una época que ofrece contradicciones; por un lado el aspecto de la ciudad sigue siendo absolutamente colonial, como lo hemos indicado; por otro, ciertas ideas nuevas pesan sobre el ambiente, ideas que no tienen todos, pero que, poco a poco, lentamente, van influyendo en su espíritu, en su esencia y contribuyendo a que esta ciudad antigua desee transformarse y adquirir oropeles de otras vestimentas desconocidas hasta ahora.

Un fulgor de novedad y de quimeras asoma en el horizonte. El oro, múnitor de pueblos y de hombres, ostenta su refulgencia imperiosa en un mundo lejano, pero siempre lo suficientemente cerca para la codicia, el lucro, el deseo de enriquecerse o simplemente para el ansia de buscar hazañas. Se ha despertado la inquietud, el deseo de correr riesgos, el afán aventurero del chileno, latente, pero siempre presente cuando se trata de peligros, de luchas, de afanes innúmeros y que tiene, si no una coronación de fortuna, la epopeya heroica, la hazaña aventurera, el azar.

En muchos está este pensamiento; las imágenes vuelan hacia la patria del oro. Santiago, la ciudad recién tres veces centenaria, ha sido engalanada y luce todavía las últimas joyas adquiridas; sin embargo, no ofrece atracción alguna. California, real o imaginaria, en un lejano mundo desconocido, ejerce poderosa influencia.

En Diciembre de 1848 sale el primer gran número de traficantes en esa dirección. En este año empieza la época del gran auge del mineral. Aventuras y hazañas tienen allá los



chilenos, aventuras y hazañas que redundan en oro californiano que, traído a Chile, transforma nuestra villa que guarda aún, como joyas preciosas, sus monumentos coloniales.

Ya Chañarillo, fuente de riquezas, había dispensado fortunas, miserias, ilusiones, decepciones, noblezas, todo lo cual había contribuido de cerca o de lejos a modificar el aspecto de nuestra ciudad vetusta, modificación que redundaba en mayor número de casas de balcón al aire y alero saliente, de rejas, de vidrios, de adornos de bronce.

Pero el amor a las riquezas se intensifica con el deslumbramiento que ofrece California. Nace un sentimiento muy contrario al romántico y espiritual que antes había predominado. Ahora se ansían los goces y alegrías materiales, y los espíritus se llenan de febricitante inquietud en deseo de correr en pos del vellócino de oro que parece de tan fácil alcance.

A esta expedición de 1848 siguen otras. En los intertantos Santiago recupera su serenidad y su verdadera apariencia de ciudad colonial y es entonces cuando tiene la faz descrita.

Los preparativos de estas aventuras son de inolvidables recuerdos. El ansia de riesgos se manifiesta en el criollo en esta ocasión, como en otras, en intenso anhelo colectivo de tener peripecias; es el espíritu de Manuel Rodríguez que supervive en todos y en cada uno.

Pronto se modifica el sentido de esta ciudad, si no en la realidad, por lo menos en la mente de los que la habitan. Influyen los que regresan y los transeúntes norte-americanos que, de paso hacia California por la vía de Magallanes, vienen a visitarla. También, el oro que llega hasta aquí a través del trigo y de otros productos que obtienen buen mercado en aquel conglomerado humano. Junto con el dinero llegan lujos desconocidos en esta tierra. Todo esto tiende a una transformación de lo típico y auténtico que se acentuará algunos años más tarde.

## SOBRE EL MAPOCHO

Tanto hoy como ayer el viento entona a nuestros pies su suave y eterna canción y las aguas corren raudas, turbias, rizadas.

Hoy como ayer el Mapocho está cruzado de puentes.

Ayer, en la misma posición que tiene éste sobre el cual nos hemos detenido, había «un puente de palo» frente a otro monumental y firme de cal y canto. Aquél nos place imaginarlo muy pintoresco, pues los cronistas e historiadores lo recuerdan con especial afectuosidad y camaradería. Este puente de palo fué la entretención de la niñez y de la primera mocedad de cientos de hombres que después lucían su medida y su gravedad y que, para el puente aquél, tenían un especial cariño.

A su alrededor vivieron sus primeras hazañas todos los muchachos de Santiago y la Chimba. Allí se refugiaban cuando no iban a clases; allí surgía el instinto combativo, avivado con la guerra de piedras.

Hoy queremos evocar la visión que ellos tuvieron de estos alrededores, y, para hacerlo, nos hemos situado sobre un puente que nos parece que es el que coincide con aquél; queremos que nos ayude, a más del lugar, esta visión huidiza de las aguas, ya que de aquél entonces es lo único que supervive.

Estamos en 1860. El río corre sobre su lecho de piedras. Los tajamares limitan sus costados. Hacia el norte la visión es amplia, despejada. Sobresale entre un modesto caserío la Recoleta franciscana. Más allá, el campo despoblado. Las iglesias se yerguen imponentes en medio de pobres y sencillas moradas. En general son simples, pero ya por sus torres, ya por otros detalles de ornamentación, ya por sus severos entrepaños, vemos que se destacan. Distinguimos el Carmen de San Rafael entre un humilde rancherío en la parte nor-poniente.

Más distante la Recoleta Dominica, casi aislada, en medio de las chacras. La Cañadilla se divisa desde lejos; sus árboles son llamativos y, seguramente, sirven de oriente a sus humildes moradores. Entre el Carmen «bajo» y el Curato de «la estampa volada» es donde vemos reunidas el mayor número de viviendas. Este es un lugar zahumado por el perfume de las leyendas y los milagros. De vez en vez una carreta o una diligencia pasan por la Cañadilla. Van o vienen. Es el camino de Aconcagua.

Hacia el lado nor - poniente hay algunos cuartos perdidos en medio de las verjas y del verde. ¿Por qué se han situado allí cuando no hay ninguna iglesia inmediata? Probablemente deben pertenecer entonces a gente de labranza y a los posa-

dores de esas carretas que van o vienen. En la lejanía nuestra visión se pierde en el campo sin confines.

Este puente de palo junto al otro se ve insignificante, pero no por eso es menos útil. Los dos caminos puestos sobre el río parecen los símbolos de los dos lados de la ciudad: el de palo representa el barrio ultra Mapocho; el de Cal y Canto, con su arquería de piedra y su imponencia, la ciudad antigua y principal. Por el de palos — se nos ocurre — pasan los que van a enfrentarse con el campo y con las pequeñas agrupaciones de viviendas; también los que tienen fe, creen y esperan, pues la mayoría de estos santuarios silenciosos son centros de milagros y hay en ellos imágenes que la fe ha consagrado.

El de Cal y Canto es más apropiado para volver a enfrentarse con la cancha de gallos y luego traficar por alguna cuadra de Santo Domingo muy concurrida y llena de tiendas.

En el cristal del río se copia vagamente el paisaje; vemos en él reflejado lo poco nuevo que hay aquí y allá; también se ha copiado lo más antiguo. Aquí se ve el puente de palo; allá el de Cal y Canto.

Un pitazo en la estación Mapocho nos saca de nuestra visión. No ha sido muy fuerte ni muy precisa nuestra evocación, pues aunque queremos ubicarnos con seguridad en el pasado, nos absorbe el encuentro que aquí tienen la vida y la muerte. Cortejos fúnebres pasan y pasan. . . . Y la vida sigue aquí, como allá en la gran ciudad bullanguera, con su devaneo. Las aguas se alejan, hoy igual que ya hace tantos siglos.

Generaciones y generaciones han desfilado sobre este río cuyas aguas, como hace 400 años corren, en apariencia mansamente, hasta desaparecer allá abajo en un confín lejano.

Un corto instante aquí nos muestra variados aspectos de la vida, de la muerte y de lo que acompaña a una y otra.

Unos abalorios pobres y un cortejo reducido indican la situación social del que allí va; uno diferente nos hace comprender otra cosa. También el color nos indica algo sobre la época a que ha llegado en el transcurrir del tiempo el que ahora es llevado inmutable.

Además por aquí desfila lo vario y lo pintoresco: un carro de mudanza con muchos cachivaches. ¿Adónde irán a apostar la realización de su vida los que se cambian de vivienda?; una carreta cargada de frutas, exponentes de nuestra

tierra; carretelas con tres o cuatro personas que vienen, al parecer de algún campo cercano; un ciego con su violín y su lazarillo vuelve de su estacionamiento diario que es en una calle céntrica; un militar ceñido de orgullo; un grupo de mujeres piadosas en dirección a la Recoleta franciscana a cumplir una manda hecha, probablemente, a fray Andresito.

Hacia el norte los carros llevan pasajeros que sostienen haces de flores, y vuelven los mismos que hemos visto pasar u otros con un semblante de desencanto. Al ir — acaso fué una idea nuestra — presentimos que los animaba una esperanza incierta, vaga, quimérica, pero real. Y de regreso — prejuizamos también ahora — que los que iban anhelantes hacia allá han tropezado con lo imposible y traen mueca de desolación. Pasan autos. Algunos vienen hacia el lado sur de la ciudad; otros vuelven de una inhumación. Pasan rápidos; quizás deseosos de alejarse de aquel lugar en que un penoso deber los ha llevado.

Ningún sitio más a propósito que este tránsito obligado de los que van y de los que vienen para que en él se manifieste lo popular. Lo encontramos expresado en los puesteros ambulantes; junto a los postes o bajo los arcos expenden sus menudencias desde ya hace mucho tiempo. Los empezó a cobijar el puente de Cal y Canto, y allí siguen y continuarán aparentemente sin pensar en nada.

Cerca, en la populosa estación del Mapocho, también está la vida con su tráfico, su ir y venir de trenes, la leticia de las llegadas, la tristura de las despedidas, el alejarse hacia lo desconocido o el llegar a ello.

Junto a nosotros algunos muchachos ofrecen flores, símbolo de recordación, ofrenda de los vivos hacia los que ya no lo están o acaso viven ahora realmente. Y así siguen pasando, para acá o para allá, yendo o viniendo, peatones — entre los séquitos que sólo van — de toda la variedad y calidad que hay en el ganado humano.

De vez en vez alguno se detiene; mira las aguas torrentosas; hace una reflexión o una comparación y luego sigue. . . . Y las aguas indiferentes a estas miradas, indiferentes al paso de los años, indiferentes al trashumar de la gente, a la transformación constante, al tren que lanza su piteo de acercamiento o de despedida, a los que llegan o a los que se van, siguen co-

rriendo mansas, impasibles, al parecer inofensivas, engañadoras, como hace tantos años, como en aquellos tiempos lejanos de inundaciones y crecidas en que sólo las detenían precarios tajamares.

Si escuchamos, aunque no siempre el tráfago lo permite, el río tiene también su misma rítmica e inacabable canción de otros tiempos. Y ésta no se interrumpe por el desfilar de los vivos y de los féretros; es la misma de otrora y la misma que tendrá dentro de cien años. Entonces otros edificios rodearán este lugar; en algo o en mucho habrá cambiado. Alguna vez también, dentro de este plazo, podemos haber cruzado, sobre el río, inmóviles. Entonces, como ahora, las aguas irán a perderse en una lejanía que es difícil imaginar después de ver el río ciudadano ceñido por su cauce pétreo.

1870 - 1900

Estos años los siente el siglo como una mozuela que acaba de salir del convento al que no volverá y que está, por lo tanto, llena de retozos y de locuras. Así es esta época. En toda ella hay múltiples ensayos, cambios, ideas disparatadas propias de una libertad poco tiempo adquirida y apenas empleada. Se nota indecisión en los gustos y sentimientos, contraste violento entre lo que se dice y lo que se hace, volubilidad, capricho. Se manifiesta gusto por adoptar lo extranjero, deseo de dejarse influenciar, anhelo de tirar los ropajes tanto tiempo usados para vestir aquellos nuevos con arte francés o italiano. Sólo ahora viene el despertar definitivo. La estagnación colonial se transforma en una ansia de viajes, de nuevas orientaciones, de rumbos inciertos. Contribuye a ello Vicuña Mackenna quien saca a la ciudad del estado en que se encontraba y le da nueva ornamentación; contribuyen nuestros minerales que, explotados con éxito, producen riquezas fastuosas.

Al iniciarse las tres últimas décadas del siglo XIX, podemos hablar de Santiago como de una ciudad vetusta y es acaso cuando más lo revela su aspecto exterior, pues todavía no viene esa onda de derrumbamiento de lo antiguo, pero ya se aproxima y se dejan sentir sus efectos.

Hay algunos edificios modernos y de estilo diferente al vernáculo y familiar, pero como aun son muy pocos influyen para que se destaquen los otros en apreciable contraste.

Se alzan, erguidos y firmes, todos aquellos templos, en medio de sus claustros, que hemos conocido desde sus diseños cuando más bien existían en la mente de los monjes que, recién llegados, deambulaban por estas nacientes calles en busca de un terreno propicio que les donara la religiosidad ambiente.

La plazuela de la iglesia de la Compañía es un recinto español y colonial. En el lado sur está el antiguo Congreso, que sesiona en largas y simples salas. También es completamente colonial el lado norte de la Plaza de Armas.

Tres años después, con la administración de Vicuña Mackenna la ciudad alcanza considerable progreso; puede decirse que sólo entonces hace su estreno como ciudad. Este Intendente tiende a embellecerla, pero no a destruir lo típico antiguo. Son innumerables sus obras de hermoseamiento. Su fantasía y gusto artístico lo animan a crear una ciudad realzada por obras de belleza. Durante su administración se inauguran estatuas y monumentos, se trazan avenidas, se pavimentan las calles, se termina el Mercado Central y el Teatro Municipal empezado dos años antes. El arquitecto Chelli, que había trabajado en él, refacciona las iglesias y los templos.

Grandes obras se diseñan, un aliento de progreso lo invade todo. Reina la febrilidad del trabajo. Esto le da a la ciudad el aspecto de que se realiza en ella una obra imprevista y afanosa.

Vicuña Mackenna nos da la idea que está obsesionado por el tiempo que pasa, por el tiempo que nos trae las diferentes estaciones y luego se las lleva, de otra manera no se explica que en un año haya atendido a múltiples obras con una diligencia incansable.

El Cerro Santa Lucía es una de sus grandes preocupaciones. Antes de él todo el beneficio que dispensaba al público, se reducía a señalar con más o menos exactitud la hora del mediodía y a solemnizar las fiestas cívicas con las detonaciones del cañonazo disparado desde su cima. Tenía una figura adusta y sombría. Había en él dos fuertes de piedra que dominaban el centro y sur de la ciudad. Carecía de verde. La piedra estaba abrupta y formaba una pirámide irregular. La subida se buscaba con dificultad. Sus aristas filudas no habían

sido tocadas más que para colocar estos dos fuertes en la Colonia. Era, puede decirse, un triste eriazó. El baluarte que Pedro de Valdivia dejara a la ciudad, había dejado de serlo. Su cúspide ya no estaba coronada con la imagen que él le había legado; la ermita había sido despojada por el tiempo destructor. Con Vicuña Mackenna aparece un espíritu enemigo de la ariscosidad que había adquirido.

Mediante su impulso le rompen sus rocas más firmes, le abren caminos, le construyen calzadas de mampostería.

De una acuarela hecha por don Manuel Aldunate, se toman las líneas de su transformación. Expresaba ésta un poema de torres, ojivas, almenas en medio de las rocas o apoyadas sobre muros medievales. Era complicado el conjunto, pero había unidad en él. Su aplicación tenía especial significado en este tiempo, porque el cerro estaba situado junto a casas muy aplastadas.

Vicuña Mackenna eligió esta pintura, porque quiso transformar el cerro en una vasta fortaleza de la edad feudal, que recordara la época de la Conquista en que el antiguo y sagrado Huelén indígena pasó a ser el primer reducto de los conquistadores. Es por esto que le impone un tipo militar a todas las obras del cerro sin exceptuar las murallas de sus jardines, las almenas, los torreones, las garitas.

Así son los afanes de este Intendente. Quiere imponerle a todo su sello de historia y de recordación. Pero, contra su anhelo, presiente el afán destructor que se avecina y hace entonces la célebre exposición del coloniaje, acaso para despertar amor por el pasado. La hace en un edificio español típico, especial para el fin deseado.\* Logra reunir allí objetos de valores arqueológicos, artísticos, históricos, pero, según los comentaristas, no estremece esa fibra de amor a la tradición.

Nuestro pueblo era todavía muy joven para amar su pasado. Este desamor por lo típico y tradicional es una característica de las sociedades nuevas. Mientras más viejos los pueblos, tienen más amor por sus recuerdos y tradiciones. Les sucede lo mismo que a los seres humanos: cuando más decrepitos están y más invadidos por síntomas premonitores de destrucción, vuelven, en un anhelo de aferrarse a la vida, a sus

\* La actual Dirección de Correos y Telé-

tiempos de mocedad y a lo que en ella hubo de fiereza, de arrojo y de amor.

Embellecida la ciudad por este laborioso intendente, cambia su sentido y tono. Vientos de locura irrespetuosa y jovialidad soplan sobre las moradas seculares y venerables de estos santiaguinos del siglo XIX.

La transformación material y la politiquería que comienza a desarrollarse influyen sobre otros aspectos; empiezan a producirse con cierta frecuencia asuntos escabrosos y negociados ilícitos, amoríos de un matiz no conocido y variedad de especulaciones. Estos raros hechos traen a los ánimos cierta excitación removedora de la serenidad del criollo. Puede decirse que desde entonces se desea más la fortuna en cuanto ésta es dadora de beneficios materiales. Fué, pues, por los años de 1873 a 1875 cuando Santiago tiene la mayor transformación de orden psicológico, material y moral.

Al período de la Independencia sigue un estado de letargo cuyo total despertar se produce por estos años con el auge de los negocios y la mayor comunicación con Europa y Norte América.

Luego las principales calles de los años de la Conquista dejan de ser familiares. Se llenan de industriales y mercaderes; también hay algunas oficinas para el juego de la Bolsa y para los profesionales, Bancos y sociedades anónimas.

Las calles, ayer amparadas por una paz sedante, son recorridas por traficantes, mercaderes, corredores; les dan cierta novedad inquieta que se desea y que se teme.

De vez en vez se oye un polvorazo con que se abre un camino o se rompe una roca.

La Alameda, que aun muchos prefieren llamar «La Cañada», tiene varios palacios de estilo renacentista, según la moda imperante. También los hay de este estilo y de líneas francesas e italianas en la calle del Dieciocho, en la avenida de la República y en Huérfanos.

Estos se caracterizan por sus torrecillas, almenas, vidrios de colores, molduras doradas.

Engalanan sus zócalos con ladrillitos rojos y blancos o blancos y azules, simulando así azulejos árabes.

Algunos tienen torrecillas almenadas. Otros palacios de estilo italiano tienen tolderías de Constantinopla.



Entre los palacios de la Alameda sobresale el del descubridor del mineral de Caracoles de estilo árabe - moscovita.

A partir del período de Vicuña Mackenna se inician varias construcciones con diferencia de poco tiempo la una de la otra.

Lathoud dibuja, siguiendo la línea del palacio de la Industria de París, el de la Quinta Normal.

El arquitecto Chelli sigue la ejecución de Enault en el Palacio del Congreso en 1874.

La iglesia del Salvador, concepción de puro estilo gótico, la empieza el año 1876 el arquitecto Burchard. El proyecto tenía un par de torres agudas que debían dar la ilusión que herían las nubes; no se realizaron. Pero en su interior y exterior la fábrica resultó de perfecto estilo gótico; se cumple en ella el ideal que éste tiene, ideal de altura, ideal de cielo, ideal de llegar hasta Dios.

La ciudad del tiempo anterior y posterior a 1880 manifiesta algunos contrastes notables. Al lado de la casa estucada grande y suntuosa, está el conventillo pobre y el rancho sucio y enhollinado. Frente a costumbres muy sencillas y frugales hay gusto por lo europeo e interés por ello. Junto a barrios pobres, hay lujo, distinción y comodidad. Cerca de palacios con derroche de adornos, sencillas y humildes medias aguas. Particularmente éstas saltan al doblar la esquina de una calle atravesada; entonces surge el contraste violento entre el ambiente de distinción que tienen las calles principales y estos cuartitos sucios de feo aspecto.

Esta época completa es un debate entre la antigüedad y la novedad; es decir, entre la tradición y la innovación. Sobre una general aceptación de modificar lo antiguo, está el rechazo de los que quieren conservarlo, los menos.

Si se penetra en las mansiones elegantes después de haber visitado los barrios pobres, el choque diferencial es más violento aún.

Los salones de estos palacetes modernos están llenos de espejos y de molduras doradas; los criollos, enriquecidos con los valiosos minerales, tienen especial gusto por el adorno. Las estancias se llenan de espejos dorados, de chucherías finas, artísticas o vulgares. Los «dijes» de la industria francesa satisfacen esta modalidad y repletan los «boules», mueble intro-

ducido casi exclusivamente para guardarlos y lucirlos a través de cristales.

Los mármoles blancos y de color cubren todos los muebles que, además, se completan con un espejo biselado; también éstos se exhiben colgados y cubren gran parte de los muros. Todo es ornamentado y tiene reflejos de oro. Los santiaguinos sienten entusiasmo por lo ostentoso, brillante y pulido y lo manifiestan en esta forma. Los teatros, aun los de tiempos posteriores, tienen asimismo lujos de esta calidad.

En los palacios públicos, a más de estos adornos, hay estatuas de bronce y de mármol. Las tiene entre otros, el Club de la Unión que funciona en la calle de Huérfanos mientras se construye el edificio que ha adquirido en la Alameda de las Delicias.

Los grandes salones son decorados. Muchos de ellos por Filastre, artista que vino a terminar el antiguo Teatro Municipal.

El gusto por el mármol llega a tanto que algunos patios y escaleras están cubiertos de baldosas de este material; esto sucede en las casas suntuosas.

El paseo de moda es el del Parque Cousiño, donado por esta familia a la ciudad y arreglado por Arana Bórica. Se va a este lugar en elegantes cupées.

Desde mediados del siglo XIX era de gran concurrencia el paseo a la alegre Pampilla en los días de Septiembre. En este tiempo tenía carácter democrático. Transformado en Parque, se hace paseo aristocrático y entonces sólo se asiste en lujosos coches. Las modestas carretas se sienten poco a poco cohibidas de asistir a tan lujoso recinto.

Más o menos en el año 1887 soplan vientos de destrucción más devastadores. Se desprecia lo viejo, el pasado. Vibra el espíritu de remoción.

Hay anhelo de transformar la ciudad colonial desde sus cimientos y de levantar palacetes en lugar de casonas anchas y asoleadas.

Se busca el renuevo en la política, en los ideales, en las construcciones y hasta en los puentes. Por este tiempo es demolido el de Cal y Canto para dar paso al gran canal en que queda convertido el Mapocho, y por este espíritu analizado nadie se atreve a levantar la voz en su favor. Este puente

era un trabajo superior y de admirable consistencia que había resistido por años los golpes del agua.

Ni la Catedral se libra de caer en manos de los innovadores y obtiene retoques en su retablo y en los altares de las naves que la privan de su belleza colonial. La noble piedra de sus muros es revestida, lo que también le quita expresión.

Una extraña moderación deja en pie la Moneda; acaso su balaustrada anchurosa la hacía muy respetable.

Estos impulsos fueron, pues, los que nos privan del arte antiguo, de allí que casi conservemos únicamente las fábricas de los templos y sus esculturas. Y hasta este tiempo había aún mucho que admirar, sobre todo si se buscaba con intención: cornisas, balcones, portadas, rejas, artesonados de madera, algunas torres de estilo andaluz, altares, oratorios privados, moldurados, etc. Estas cosas tenían un sello, un distintivo, pero por lo mismo sentían un vivo deseo de verlas reemplazadas por estucos italianos, que era la moda, y cuando por éstos no se podía por carpinterías norte-americanas u hojalaterías nacionales.

En esta era de transformación de la ciudad desaparecen buen número de las casas de dos pisos con su misterioso y ornado balcón al aire que tenían un siglo de existencia y algunas más de eso: se habían construido un poco después de 1730. Entre ellas cae la de don Antonio Boza situada en la Alameda frente a San Francisco. Llamaba la atención por su fina ornamentación. Todos los viajeros dan una nota sobre ella. Tuvo la primera mampara con vidrios que hubo en la ciudad y una balconería baja, pero no de gruesa tablazón como la de otras casas con escasos resquicios para mirar al exterior, sino de valiosos balaústres de jacarandá trabajados en forma de espiral.

Las modas europeas se difunden notablemente después de 1890; se observan no sólo en la arquitectura, sino en detalles de vestuario; entre éstos está la flor en el ojal que lucen los hombres.

La sociedad, en general, sigue teniendo rasgos muy frugales y sencillos. Pero aunque el ambiente completo es muy colonial, predispone a adoptar cualquiera novedad interesante. La vida social pasa por fases que es muy curioso observar. Algunos pugnan por introducir las nuevas modalidades; otros, por conservar en toda su pureza las primitivas. Muchos via-

jan a Europa y se traen nuevos gustos y costumbres que desconciertan a los que han permanecido siempre aquí. También Santiago tiene una atracción inmensa para las provincianos. Todos tienen especial interés en venir a conocer los suntuosos edificios ya terminados; entre ellos se destaca la reciente construcción del Palacio de los Tribunales, el del Congreso y el de la Quinta Normal; y entre los privados la Alhambra, el edificio Meiggs, el Concha y Toro, el Irarrázaval, el Cousiño.

Esta es la modalidad y aspectos que ofrece Santiago al terminar el siglo XIX. Para reconstruir su fisonomía en las tres últimas décadas nos han servido los recuerdos y observaciones que de ellas han hecho B. Vicuña Mackenna y R. Suerbcaseaux.

## RASGOS DEL SIGLO XX

En los primeros años de este siglo, Santiago tiene de antiguo todo lo que observamos que quedó en pie, que no era muy poco, al finar el anterior; ha venido posteriormente el tiempo devastador de todo lo típico y recordatorio. Juntamente con destruirse lo material también se cambian las modalidades. «Muy otras son las costumbres, de tal manera que las de aquel tiempo ni siquiera se pueden imaginar mirando las de hoy», dice don Crescente Errázuriz. Luego agrega: «si se recorre la ciudad tampoco se encuentran rastros de lo de antaño.» Esto nos hace pensar que los que entonces vivieron y han conocido este otro sentir, han sobrepasado su época. Se nos ocurre verlos, como cuenta que le ocurría al mismo señor Errázuriz, buscando el rótulo de la calle que desconocían y sobre la cual habían andado durante 40 años, y luego orientarse tomando rumbos que siempre les parecían inciertos.

Pronto empiezan a desaparecer los antiguos edificios. En lugar de los modestos y espaciosos que se mantienen erguidos hasta los primeros diez o doce años de este siglo, comienzan a levantarse soberbios palacios o casas de varios pisos sin gran belleza. Son masas voluminosas que rara vez tienen sentido artístico.

Las calles principian a ensancharse y a perder el límite que le señaló Valdivia; luego siguen ensanchándose, porque así lo requiere el corte de la ciudad.

El tránsito callejero es una de las cosas que ha cambiado notablemente. Los coches ha tiempo que fueron suplantados con desparpajo e insolencia por los autos veloces, arrolladores, abarcadores de distancias. Ahora cuando nos toca ver algún victoria, su visión nos hace evocar las primeras andanzas de esta ciudad, los días en que hasta a Valparaíso se iba en ellos. Una evocación trae otra: vemos los calesones antiguos alineados en el paseo del Parque Cousiño a fines del siglo XIX y cómo en la explanada casi desprovista de ornato lucen todo su lujo.

De aquel tiempo tenemos ahora los vendedores ambulantes; con su pregón contribuyen a aumentar la animación de las calles; deambularon en épocas de pobreza pasada, volvieron a su escenario en este siglo en la época de la crisis.

Después de haber visto con los ojos de la imaginación la inacción, el reposo de los siglos pasados, observamos que aquello contrasta notablemente con la veleidad, el estruendo, la movilidad de las horas actuales.

En aquellos días del ayer, a estas horas, tremolaban las campanas con un repiqueteo monótono y al anochecer «la queda» se perdía en el silencio de las calles perfumadas de soledad que nada añoraban y que, sin embargo, parecía que guardaban recuerdos.

En cambio las de hoy, superpuestas sobre las de entonces, nada dicen del pasado. Al pasar por ellas nos dan la audición de su tráfico intenso y nos muestran la vestimenta de renovación que las cubre. No hay en ellas pátina que haya acumulado el tiempo. Se ve que es una ciudad que vive únicamente «su momento».

Las pocas joyas coloniales, miradas al pasar, tampoco nos dicen nada de su pasado si no forzamos la recordación. En medio de lo moderno se sienten refociladas con su aspecto nuevo que casi no contrasta con el último estilo por esa tendencia nuestra a modernizarlas; ella les hace perder su típico color y carácter. Acaso está en nuestra psicología el evitar los contrastes demasiado rudos y de allí nuestra tendencia a demoler lo antiguo, lo que tiene vestigios de tiempo o a transformarlo.

Cincuenta años han bastado para hacer de esta ciudad una otra ciudad, grande, fastuosa, pero ceñida de un desconcierto. No es para la gente que la ha conocido treinta años atrás una ciudad familiar, vernácula, por el contrario, en su lugar se ha

superpuesto otra que es necesario conocer en su conjunto y en sus detalles.

Sin embargo, esta transformación de Santiago que nos asombra y nos deslumbra después de haber recorrido su pasado, empieza sólo unos pocos años atrás. A la lentitud de los primeros siglos coloniales viene una vertiginosidad que se hace real sólo en el principio de este siglo. De tal nos damos cuenta cuando leemos las obras del argentino Martín S. Noel. El estuvo en Santiago veinticinco años atrás y nos cuenta que, tan pronto como atravesó los umbrales de la estación Mapocho, se sintió invadido por el espíritu de una ciudad española de auténtica casticidad.

Hoy sabemos que ya no tendría una impresión definida de esta naturaleza, porque sólo conservamos de aquello el cielo de añil, la cordillera lontana, los prados diseminados aquí y allá en parques, plazas y avenidas y las clásicas tejas de algunos techos, anchas y chatas, que tienen un vasto sentido característico.

Si nos detenemos a observar nuestra ciudad en este momento de su evolución arquitectónica, vemos que todo ha conspirado en ella para destruir la recordación del pasado. Los tejados, los aleros, los portones blasonados, las rejas de complicados dibujos, elementos fundamentales de la arquitectura española, han sido desterrados casi por completo o reemplazados por otros elementos simples, llanos, sin arte. En las construcciones religiosas es donde aun perdura algo de la pasada belleza colonial. Los conventos de San Francisco, Santo Domingo, la Merced, San Agustín, la ermita de Monserrat nos muestran en este siglo xx algunas de las características del genio español, estimulado por nuestro medio ambiente, junto con el espíritu que animó todo esto en otras épocas.

Nuestra mentalidad tiene en este tiempo la misma mezcolanza que la ciudad en lo referente a la arquitectura. Se ve de esto un ejemplo en los edificios que rodean la Moneda. En la política y en todo hay extrañas refundiciones que antes se hubiera considerado difícil de efectuar. Las ideas no tienen arraigo y de esto provienen cierta desorientación y descamino.

En estos últimos diez años, Santiago se ha desarrollado con ritmo más apresurado aún. En cuanto a su edificación presenta un aspecto cosmopolita: muchas casas modernas de construcción «standard», sin rango nacional ni típico. Al lado

de algunas construcciones antiguas, en su mayoría de apariencia andaluza, se alzan otras casas de diferentes estilos, pero predominando, entre todos ellos, en los barrios céntricos, el ya nombrado. Se caracteriza por su simplicidad. La línea recta o curva no tiene alíños ni quebraduras. Están dividida en departamentos muy confortables y cómodos, tibios y pequeños.

En tres o cuatro casas auténticamente coloniales que se conservan aún parece verse el mojinete, recuerdo colonial. El santo de Culto ya no se coloca en el exterior, pero a la entrada de la mayoría de las casas hay una pequeña imagen de Jesús, símbolo de cristiandad.

Hoy la ciudad ampulosa, extendida, elegante, confortable destiñe en sus rasgos típicos para tomar un color local indiferenciado; algunos de sus barrios son semejantes a los de muchas ciudades y capitales extranjeras.

En los barrios residenciales, Ñuñoa por ejemplo, encontramos, entre otras, algunas casas de reciente construcción con estilo español colonial y junto a su puerta se encuentran los motivos que entonces la decoraran o distinguieran: el escudo berroqueño, la jambas de piedra a sus lados, los farolitos, las ventanas ahérrrojadas y abajo, en medio del jardín, semi - derrumbada, semi - soñolienta, un atinaja de greda. La mayoría de estos motivos que antes tenían su utilidad, ahora sólo sirven de adorno. Estas casas, se hacen acaso, con un deseo tácito de manifestar al extranjero nuestro entronque hispano.

En estos barrios predomina el silencio como antaño; casi todos sus edificios son chalets rodeados de verde. Las calles son avenidas con árboles frondosos y en el suelo hay, sobre las veredas, un pastillo descuidado sobre el cual a veces brilla el agua. Esta invita a que en el verano los niños chapoteen sobre ella. La mayoría de los edificios están a la vista, pero hay algunos que cuesta descubrirlos entre los árboles altos de un gran jardín.

En las avenidas nuevas tropezamos a veces con casas que aparentan ser minúsculas: chiquitas, engalanadas, con techos puntiagudos y con adornos en forma de triángulo. A menudo nos han recordado esos dibujos que contemplamos en nuestra infancia de las casas de azúcar y chocolate de los seres de los cuentos. Estas avenidas primorosas por sus flores y por sus

árboles, cuando las atravesamos, nos llevan a un mundo de ensueño, por el cual hemos pasado en una época de la niñez y al cual parece que regresamos al ver estas moradas, que bien podrían ser de hadas o enanos, de estilo novedoso, menudo y lleno de adornos superfluos.

El cuarto cumpleaños la encontró, pues, a esta ciudad muy rejuvenecida, casi ya perdidos los rasgos que acreditan su hidalgo linaje español. La mayoría se ha decidido a teñirla de moderna. La sombra de los altos edificios de ahora se proyecta en la tierra que sostuvo casonas anchas y ásoleadas; ya casi no hay patios, rodeados de habitaciones, donde crezcan pensamientos, claveles y resedá junto a un surtidor; tampoco callejas coloniales de toscos empedrados. Perdidos en las avenidas y modernas calles adoquinadas, encontramos algún templo de estilo arcaico, la pared de ocre ladrillos de un claustro antiguo o alguna rancia mansión que tiene orgullo de argumentar de castiza: puerta adornada de tallada panela, zaguán de piedra con adornos de hueso, corredores con pilastras, alcobas interiores con muchas puertas, un oratorio muy íntimo y muy quedo, alguna pieza interior transformada en bodega o despensa con el envigado al descubierto. Y en el medio del patio: el motivo de la tinaja — eso sí que ya perdido su uso — con flores o plantas.

Con este eterno renovarse de todo es difícil que alguna vez se pueda hablar de Santiago como de una vieja ciudad de momentos y de recuerdos, ceñidos a una verja, a una columna, a una manilla de llamar.

No obstante todo lo expresado, no se pueden juzgar aún las influencias del siglo xx sobre esta ciudad, sino en aspectos muy parciales y señalados. Si lo pretendiéramos, sería como situarnos en el tope de una cumbre y desde allí querer verlo todo — alrededores y sima — de una sola mirada. Solamente podemos decir que hemos presenciado una época de ensayos: adaptaciones de sistemas, desplazamientos de los unos por los otros, copia exagerada de lo que no nos sirve, desproporción entre nuestra cultura y nuestras leyes. Puede decirse que hasta este momento no predomina lo nacional y esto mismo puede aplicarse a la arquitectura. En contadas manifestaciones se destaca lo auténtico nuestro. Vivimos sujetos a múltiples influencias y somos dúctiles, plasmables, y a veces presentamos



un gran espíritu de asimilación. Cuando éste surge, logramos una adaptación completa.

En 1818 logramos nuestra independencia política, independencia que no ha sido nunca total en el sentido de tener sujeción más o menos establecida a los ideales, afanes, costumbres, sistemas económicos, comercio de otros países. ¡Ojalá que no esté lejos el momento en que Chile destaque su personalidad con perfiles definidos y precisos y que en la adaptación que haga de lo del exterior le imprima sello y carácter de una bien cimentada nacionalidad!

## SOBRE EL CERRO SANTA LUCIA

Después de habernos situado en las diferentes épocas por que ha pasado esta ciudad, sentimos vivo deseo de mirarla desde el cerro Santa Lucía por estar en medio de toda ella y porque desde allí lo hiciera Valdivia para conocer el valle.

¿Por qué no poner en este tiempo, con este deseo *in mente*, nuestros pies donde sus plantas firmes, audaces se asentaron?

Las luces y las sombras, los crepúsculos y los amaneceres se han apagado y encendido durante cuatro siglos, contados por nosotros, sobre esas peñas que el tiempo ha hecho venerables. Ojala que siempre para esta ciudad y para el país entero a las sombras siga la luz y todo ensombrecimiento traiga un resurgir de brillo y firme esplendor.

Ascendiendo hacia la cumbre, vamos cogiendo nuestra ciudad cada vez en un plano más amplio; a veces lo extendemos tanto que llegamos a aquel confín donde se confunden la tierra pétrea y las nubes o se destacan enhiestas y resplandecientes las nevadas cumbres sobre un fondo de purísimo azul.

En la cima tratamos de superponer a nuestra visión real, la visión ideal que tuvo Valdivia cuando por vez primera oteó las mismas distancias y cercanías. Luego nos asalta el valle y comprendemos la preferencia que le señaló. ¡Magnífico paraje éste que rodea al Huelén, de allí que al osado capitán le fuese grato darlo por asiento de la ciudad de Santiago el apóstol! ¡Paraje resguardado por cerros majestuosos, fertilizados

por el Camaleón\* y cuidado por atalayas gigantescos de la cadena de montañas de las Andes chilenos!

Circunscribiendo nuestra visión, divisamos desde lo alto la confusa masa de una gran ciudad. Reverbera la lumbre del sol en los chapiteles metálicos de las torrecillas, en los techos de zinc brillantes, en las tejas barnizadas y grises de los palacios, en los cuadrados elevados de los bloques de cemento de los edificios modernos. En donde creemos que antes se irguieron muros anchos, toscos se levantan hoy pesadas moles de concreto, sin alma, tradición, sin reminiscencia de nuestro pasado. Los techos de tejas, evocación de lo español, se pierden en el maremágnum de lo moderno.

Es grato tener a nuestros pies la ciudad cuatro veces centenaria. Su historia de cuatrocientos años se ha desarrollado dentro del pañorama que tenemos delante de cordillera, llano y río, desde sus orígenes hasta ahora. Esta ciudad nació con el ansia de la extensión; así lo revelan, en este momento, el gran número de barrios modernos.

En algunos lados se ve como recostada en un océano de verdura, destacándose en medio de las plantas y de los árboles, elevadas terrazas, miradores, patios; algunas calles se ven recorridas por muchedumbres de viandantes y carruajes. Desde arriba se admira la perfecta delineación de la mayoría de los viales y de las anchas avenidas; por sobre todo predominan las techumbres.

Las cúpulas, las torres y las cruces que ahora vemos nos hacen pensar en aquel Santiago del siglo XVII, vasto convento que cobijaba a todos bajo el símbolo de la cruz.

Entre todas estas torres buscamos las de la Catedral; después de distinguirlas pensamos en los personajes que actuaron en otro tiempo, cuyos despojos se encuentran allí, entre ellos los del presidente Benavides que fué sepultado con gran pompa en un sitio preferente.

Al pie del cerro, donde antes se irguiera el molino de Bartolomé Flores, hay un hermoso edificio de corte moderno.

Estas breñas y rocas han presenciado inmóviles pasar una a una las generaciones que han poblado esta tierra y sus transformaciones.

\* Camaleón era el nombre que daban al Mapocho los naturales. Quiere decir «río de variados colores».

Por nuestra mente pasan las visiones que han tenido los que la han amado y se han interesado por ella; también las de los viajeros que la juzgaron y apreciaron por semejanza o contraste con lo que conocían. A través de ellos hemos encontrado el retrato moral, social y urbano de este pueblo en el que hemos vivido, el que hemos recorrido y observado y cuyo desarrollo hemos buscado en sus monumentos y memoriales. Nada más curioso que comparar la realidad que han visto los demás en los diferentes tiempos con la que tenemos presente. Todas ellas vienen ahora a nuestra mente desde esta cima del Santa Lucía.

Valdivia, Alonso de Ovalle, Córdoba de Figueroa, Frezier, Vancouver, María Graham, Vicuña Mackenna, entre otros, nos han mostrado esta ciudad de Santiago del Nuevo Extremo. ¿Cómo la han visto cada uno de ellos? ¿Cuánto hay de peculiar y afectivo en estas descripciones? ¿Cómo era realmente para los demás? He aquí lo que hemos pretendido mostrar en sus variadas fases y cambios.

Recordemos las cartas de Pedro de Valdivia. En sus noticias hay el gozo del creador. Aquel poblado indefenso que pinta era su obra y como tal la contempla.

El padre Alonso de Ovalle tuvo conciencia de este fenómeno de eterno transformismo de las cosas. El quiso aprisionar en su tosco volumen una de las etapas de esta perpetua mutación a que todo tiende. Dibuja un plano. Siguiendo sus líneas inciertas, nos hemos orientado en la ciudad de 1626. ¡Qué útil nos ha sido!

Desde esta atalaya en que nos encontramos atisbando el panorama de la ciudad, volvemos nuestra imaginación a lo que él nos pinta. Sentimos en rededor la tranquilidad de su tiempo, la apacibilidad de la Cañada cercana, el reposo de la ciudad, toda la impasibilidad de los campos circunvecinos. Luego fijamos nuestra vista en la cordillera inmutable y pensamos que en el valle todo ha cambiado; todo es diferente de lo que lo viera fray Alonso, pero esta cordillera magnífica, enhiesta, ¿no es la misma que contemplara desde el patio amplio y claro del convento, desde la Cañada o desde otro lugar tres siglos atrás?

Córdoba de Figueroa era de Concepción. Se creía que los de allá miraban con cierta molestia el pequeño progreso de Santiago sobre la capital del Sur, pero en su obra no observa-

mos tal; admira lo que encuentra digno de su asombro; describe minuciosamente y con sencillez lo que merece entusiasmo o loa.

Frezier, el francés naturalista, visitó los salones, las fiestas, las ceremonias religiosas; también trazó un plano que nos sirvió para conocer las nuevas vías, la mayor extensión de esta población en comparación con la que ya conocíamos. Este detalle panorámico del Santiago del segundo cuarto del siglo XVIII es enorme significativo. Tiene interés su obra, además, porque en ella están contenidos los detalles característicos de la ciudad en aquella época. Con pocos rasgos, breves, suscintos, expresivos traza lo que ven sus ojos en aquel lejano tiempo y es eso lo que vemos, recordándolo. . . . .

Vancouver tiene una apreciación que no nos agradó: no admira el jardín a través de la reja que separa el zaguán del patio, sino que ve en ella una especie de reja de cárcel que aprisiona a sus moradores.

Se torna interesante cuando hace la reseña circunstanciada de las ceremonias fastuosas con motivo de fiestas especiales; se entrevén en sus páginas breves paisajes, exactas y precisas apreciaciones, siluetas de algunos tipos característicos y de gobernantes.

Luego surgen las evocaciones que nos suscitara la obra de María Graham. Describe lo que encuentra pintoresco y juzga lo opuesto a lo que ella conoce. Por nuestra mente pasan los vehículos, los caminos, los salones, las calesas, los vestuarios de 1822.

Las visiones que nos muestra son muy originales. No se deja llevar por la impresión primera; en sus juicios, semblanzas y escenas penetra en el fondo. Se ve que era una viajera curiosa de inteligencia alerta.

Una mirada a nuestro alrededor inmediato nos muestra el cerro — árido peñón en el tiempo de Vicuña Mackenna —, ahora reverdecido, lleno de belleza natural, aliñado de arte, hermosísimo lugar de descanso, testigo inmutable de todas las transformaciones que ha tenido esta tierra. Nuestros recuerdos se remontan, entonces, al tiempo de Vicuña Mackenna. La vemos antes y después de su administración en la Intendencia. Primero sin buenos caminos, sin avenidas, sin saber aprovechar lo que verdaderamente tenía de bello; a la vuelta

de un año, con mercados, salones de exposición, monumentos, con caminos y avenidas nuevas. ¡Qué hermosa la encontramos con estos adornos!

Después recordamos que algunos viajeros peruanos y argentinos, entre otros, han mostrado alguna faz de esta ciudad; pero éstos ya no logran evocarnos nada, porque se trata de una apreciación casi para este momento que nosotros juzgamos en comparación con la realidad de hoy y hallamos más o menos acertada; todos la muestran con múltiples aspectos y la señalan como a una ciudad que hay que conocer con tiento y método.

\*

Nuestras evocaciones han terminado; desde la medianía de 1941 hemos vuelto a la ciudad de antaño. Por la ventanita de un altillo y a través de la reja de un balcón volado, hemos columbrado las calles de otros tiempos. Hemos aspirado el aire diáfano y puro sin olor a naftol ni a gasolina. Nos ha despertado el toque de las campanas, jubiloso, vibrante, de los diferentes conventos. La voz del aguador con su pregón sonoro ha retumbado en nuestros oídos. Un gallo ha cantado a lo lejos; un galope ha tremolado en la lejanía.

Este cambio de visiones nos hace pensar que Santiago no tendrá jamás, ni por un momento, de nuevo alguno de sus aires antiguos. Ya no se oyen desde quizás cuánto tiempo ni ladridos de perros, ni cacareos de gallo. Ya nunca se sentirán brisas de campo perfumadas por leños chamuscados.

Hemos contemplado, sentido y participado de este ir y venir, de este trajín ruidoso, de este tráfico intenso, de este despertar de la energía humana y, en conocimiento de las épocas pasadas, hemos sentido mayor su contraste junto al remanso de paz que en ellas hemos vislumbrado.

Animación, ruido, tumulto, color, sensaciones enérgicas, placeres vecindados de peligros produce la ciudad de hoy. La vida que en ella se desarrolla está llena de exaltaciones, de emociones fuertes.

Silencio, paz, recogimiento íntimo, emociones delicadas y tiernas producía la ciudad de antaño.

Esta sucesión de visiones que hemos tenido, nos hace reflexionar en que lo que ahora vemos desaparecerá, en que estás

cosas se transformarán en otras cosas. Pensamos también en las generaciones que han hollado esta tierra; en todos los seres que se han sentado, acaso, en esta misma roca en que nos afirmamos; en la curva con gradiente y pendiente de las múltiples vidas que ha cobijado esta ciudad. ¡Cuántas ilusiones, cuántos anhelos, cuántas decepciones se han forjado sobre esta tierra que tenemos bajo nuestros pies! ¡Cuántas alegrías, cuántos desengaños han tenido su expresión durante estos cuatro siglos!

Toda esta acción, sentimiento y fe de nuestros antepasados han creado este pueblo y han influido en nuestra sensibilidad. Sus emociones, sus entusiasmos, sus inquietudes nos hacen sentir ahora y logran conmovernos; acaso ellos han preparado nuestro ánimo para que responda en esta forma y comprenda.

## CONCLUSION

En este ensayo hemos ido bosquejando el largo y sencillo desenvolverse de nuestras líneas y formas a través de los tiempos, influenciadas por lo social y como una derivación suya. Hemos creído oportuno hacerlo a poco de haber cumplido esta ciudad sus cuatro siglos. Ojalá hayamos conseguido delinear el vasto e interesantísimo proceso con su intensidad e inclinaciones según la influencia que le diera origen en cada caso y la forma en que se realizó, influencia, como es de suponer, no de muy variada índole en los siglos XVI, XVII y XVIII.

Después de examinarlo todo hemos llegado a la conclusión de que en Chile no hubo una arquitectura colonial como en México o en Lima, porque aquí no existió el edificio suntuoso que se construyó allá sobre una base de riqueza. Nuestros palacios coloniales son inferiores a los que en otras ciudades americanas tuvieron este nombre; de allí que sus herederos y el espíritu de la ciudad toda tendiera a destruirlos y a cambiarlos por otros. Influye también en que no prevalezca aquí en mayor número de edificios lo típico colonial, los constantes terremotos. Las mansiones, muy marcadas con los vestigios del tiempo, perdieron su valor de monumentos.

También debemos decir en relación con las construcciones de este pueblo que no hemos tenido aquí una forma naciona-

lista que exprese en grado sumo el alma nativa en su manifestación más genuina, con unidad y equilibrio comprensivos de todos. Nuestra manifestación más típica la encontramos en la auténtica casa de campo que no tiene un valor artístico ni características especiales.

Junto a momentos determinantes de la vida de este pueblo, hemos anotado sobre su sentido del arte; para ello hemos debido recordar nombres y cataclismos: incendios, terremotos, inundaciones que han modificado las bases de construcción o las han orientado con gusto diferente. Cuando hemos hecho ésto, necesario para estudiar el desarrollo de esta ciudad, hemos tratado de recordar los datos y hechos más significativos. También hemos anotado con gusto algunos nombres, porque recordarlos es justicia y gratitud. En algunos casos hay monumentos o calles que perpetúan su memoria; nombrarlos en estas páginas equivale, entonces, a precisar los hechos en que actuaron y a manifestar cómo contribuyeron a dar vida y expresión al alma de los templos y gravedad a los palacios consistoriales y a indicar por qué se les recuerda.

Nos hemos compenetrado tanto de la visión que crearon épocas lejanas, cimentada sobre estos mismos espacios, que nos ha parecido que hemos existido en ellas; nos hemos vuelto hacia atrás en el tiempo con ojos reminiscentes de algo que creemos haber visto mientras vivíamos. Ojalá que, por esta certidumbre con que hemos procedido, nuestras evocaciones de los momentos más distintivos, más característicos, dentro de la uniformidad continuada que tuvieron las horas de otro tiempo, correspondan plenamente a una realidad que fué.

En documentarnos hemos sido diligentes.

Registramos con gesto ansioso los grandes infolios respetables y los pequeños y livianos volúmenes. A veces hemos aprovechado el registro que otros ya han hecho.

El plan que nos formamos al iniciar este trabajo, lo creamos realizado en uno y otro capítulo al realzar en ellos momentos peculiares por que ha pasado esta ciudad. Hemos repetido ciertos motivos en cada caso, porque eran determinantes de una época y de su expresión. Las campanas, los tejados, la queda, el reloj jesuíta, los balcones volados, las rejas, el «angelus» han surgido insistentes para muchas de nuestras visiones y ha sido imposible prescindir de ellos.

Acaso no hemos realizado en todas sus partes nuestro deseo de definir clara y distintamente los períodos sobresalientes de este pueblo y el espíritu que los animó, pero nos queda el contento de haber puesto en esta obra algo de la entereza y del arrojo con que la trazó la imaginación de Valdivia cuatrocientos años atrás cuando expidió el decreto de su fundación.

Creemos, además, que nuestro empeño pueda servir para llamar la atención hacia la herencia que nos legaron generaciones que ya yacen olvidadas; para hacer fijar las miradas sobre las pocas obras que, de otros períodos, conservamos y se expresen juicios en relación con ellas que tiendan a valorarlas, a fin de que no se olvide que son manifestaciones de nuestra cultura, estampas de su historia, hitos que señalan el progreso de este pueblo.

Al ponerle término a este trabajo le pedimos a todos que colaboren en la conservación de las huellas que las manos, la imaginación, la fe, la esperanza de otros tiempos nos dejaron. Son síntesis de recuerdo.

No las hagamos desaparecer so pretexto de tener una ciudad moderna, simétrica, uniforme y por el deseo de caminar holgadamente, considerando feo estorbo lo que tiene aspecto de vetustez y que, sin embargo, habla de nuestro entronque con otra vida necesaria para que surgiera la presente y le da una alma a la ciudad.